

LA ISLA DE
CEMENTO

J.G.
BALLARD

Lectulandia

Roger Maitland, arquitecto, de treinta y cinco años, descubre después de un accidente en la autopista de Londres, que no puede salir de la isla de tránsito donde ha caído y que se extiende bajo los tres carriles. Nadie se detiene a recogerlo, y como un nuevo Crusoe, Maitland no cuenta con otros recursos que el contenido del Jaguar y su propia fortaleza. Mientras intenta sobrevivir a esta ordalía física y psicológica, empieza a entender también los motivos ambiguos que lo han llevado a ese paisaje de hierba y cemento, imagen y escenario de su propia alienación.

Lectulandia

J.G. Ballard

La isla de cemento

ePUB v1.0

Kundalpanico 12.08.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Concrete Island*

©1974, J.G.Ballard.

Traducción: Manuel Figueroa

Editor original: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)

ePub base v2.1

1. A través de la barrera

Poco después de las tres de la tarde del 22 de abril de 1973, un arquitecto de treinta y cinco años llamado Robert Maitland corría saliendo de Londres por el carril rápido del cruce del oeste. A seiscientos metros de la unión con el recién construido ramal de la autopista M4, cuando el Jaguar había pasado ya la velocidad límite de cien kilómetros por hora, el neumático delantero izquierdo reventó de pronto. Robert Maitland tuvo la sensación de que el aire golpeaba el parapeto de cemento y estallaba dentro de su propio cráneo. Durante breves segundos antes del choque, aturdido por el impacto en la cabeza del borde cromado de la ventanilla, se aferró a los rayos del volante. El coche osciló de un lado a otro cruzando los carriles desiertos, sacudiéndole las manos como una marioneta. El neumático destrozado trazó una raya negra en diagonal sobre las líneas blancas de marcación en la larga curva de la autopista. Fuera de control, el coche irrumpió a través de la empalizada de caballetes de madera al borde del camino, y rodó cuesta abajo por el terraplén de hierba. Treinta metros más adelante, se detuvo contra el herrumbrado chasis de un taxi volcado. Apenas lastimado por la violenta tangente que le había rozado la vida, Robert Maitland permaneció tendido sobre el volante, la chaqueta y los pantalones tachonados con fragmentos de parabrisas, como un traje de luces.

En esos primeros minutos, mientras se recuperaba, Robert Maitland no pudo recordar del choque mucho más que el estallido del neumático, la oscilación de la luz del sol en el momento en que el coche salía del túnel, y los fragmentos del pulverizado parabrisas que se le clavaban en la cara. La secuencia de acontecimientos violentos, que sólo había durado unos microsegundos, se había abierto y cerrado detrás de él como una válvula del infierno.

—... Dios mío... —se oyó decir Maitland, y reconoció el débil susurro. Seguía aún con las manos apoyadas en los rayos partidos del volante, los dedos extendidos e inermes como si se los hubieran disecado. Apretó las palmas contra el borde del volante y se enderezó. El coche se había detenido en una pendiente entre las ortigas y las hierbas altas que llegaban al borde de la ventanilla. El aplastado radiador del Jaguar escupía gotas de agua herrumbrosa y un vapor siseante salía a chorros. El motor resonaba con un rugido hueco, un sonajero mecánico y letal.

Maitland clavó los ojos en la caja de dirección bajo el panel de instrumentos, advirtiendo la postura rara en que le habían quedado las piernas. Se veía los pies entre los pedales como si una misteriosa cuadrilla de demolición se los hubiera puesto allí de prisa luego de preparar el accidente. Movié las piernas y se tranquilizó al ver que

retomaban la posición de costumbre, a ambos lados de la barra de dirección. El pedal le presionaba la planta del pie. Maitland ignoró la hierba y la autopista, se miró el cuerpo, e inició un cuidadoso inventario. Se tanteó los muslos y el vientre, se sacudió de la chaqueta los fragmentos del parabrisas y se apretó el tórax, tratando de averiguar si tenía algún hueso roto.

En el espejo retrovisor se examinó la cabeza. Un magullón triangular, como la hoja de una paleta de albañil, le marcaba la sien derecha. La frente estaba cubierta de manchas de suciedad y aceite que el estallido del parabrisas había llevado al interior del coche. Maitland se masajeó la mandíbula cuadrada y las mejillas enjutas, tratando de dar alguna expresión a los músculos y la piel pálida. Los ojos le devolvieron la mirada desde el espejo, impertérritos e inexpresivos, como si Maitland estuviese mirando a un gemelo psicótico. ¿Por qué había conducido tan rápido? Había salido a las tres del despacho en Marylebone, intentando evitar el tránsito del atardecer, y con tiempo de sobra para viajar con seguridad. Recordaba haber virado en la intersección del oeste, y haber avanzado luego hacia el túnel del paso elevado. Todavía podía oír el ruido de los neumáticos mientras golpeaban a lo largo del borde de cemento levantando una nube de polvo y de envoltorios de cigarrillos. Mientras el coche emergía de la bóveda del túnel, el sol de abril se había irisado en el parabrisas, cegándolo por un instante...

El cinturón de seguridad, que usaba rara vez, pendía del soporte junto al hombro de Maitland. Como él mismo admitía con franqueza, conducía invariablemente muy por encima de la velocidad límite. Una vez dentro del coche, algún gene bromista, un rasgo de osadía ancestral, se imponía a todo el resto de su carácter, generalmente cauteloso y lúcido. Y ese día, mientras corría a lo largo de la autopista, fatigado luego de tres días de reuniones y preocupado e inquieto porque iba a encontrarse con su mujer después de haber pasado una semana con Helen Fairfax, él mismo había dispuesto casi deliberadamente el choque, tal vez como una forma extravagante de racionalización. Sacudiendo la cabeza, Maitland golpeó el parabrisas con la mano, quitando los restos. Frente a él estaba el taxi oxidado con que había ido a chocar el Jaguar. Ocultos a medias por las ortigas, otros coches destartados yacían alrededor, despojados de neumáticos y accesorios de cromo, con las puertas herrumbradas y abiertas.

Maitland salió del Jaguar y se detuvo en medio de la hierba, que le llegaba a la cintura. Al apoyarse en el techo, la pintura recalentada le quemó la mano. El sol de la tarde caldeaba el aire estancado al pie del terraplén. Algunos coches atravesaban la autopista, los techos visibles por encima de la balaustrada. Unos surcos largos y profundos, como las incisiones de un escalpelo gigantesco, habían sido trazados por el Jaguar en la tierra apisonada del terraplén y señalaban el punto en que Maitland se había salido del camino, a unos treinta metros del túnel. Esa sección de la autopista, y

las vías de salida hacia el oeste del cruce elevado se habían abierto al tránsito hacía sólo dos meses, y todavía había que instalar una buena parte de la valla de contención.

Maitland se abrió paso entre las hierbas hasta llegar a la parte delantera del coche. Le bastó una ojeada para convencerse de que no podía llevarlo hasta algún camino de acceso próximo. El morro del coche estaba metido dentro de sí mismo como un rostro que se ha desmoronado. Tres de los cuatro faros estaban rotos, y la rejilla decorativa se había incrustado en el panel del radiador. A causa del impacto, los muelles de suspensión habían desencajado el motor, deformando la estructura del coche. El olor áspero del anticongelante y de la herrumbre caliente le lastimó la nariz a Maitland cuando se inclinó para examinar los guardabarros.

Un desastre total... Lo lamentó, pues el coche le gustaba. Echó a andar entre las hierbas hacia un claro de terreno entre el Jaguar y el terraplén. Era sorprendente que nadie se hubiera detenido aún para ayudarlo. Los conductores que emergían de la oscuridad del túnel hacia la rápida curva de la derecha a la luz del sol declinante estaban demasiado ocupados para advertir los caballetes caídos al lado del camino.

Maitland miró su reloj. Eran las tres y dieciocho; habían pasado poco más de diez minutos desde el choque. Mientras caminaba entre la hierba, se sintió casi mareado, como alguien que acabara de presenciar algún acontecimiento horrible, un accidente múltiple de carretera o una ejecución pública... Había prometido a su hijo de ocho años que volvería a tiempo de ir a buscarlo a la escuela. Maitland imaginó a David en ese momento, esperando pacientemente a las puertas de Richmond Park, cerca del hospital militar, sin saber que su padre estaba a menos de diez kilómetros, parado junto a un coche inservible al pie del terraplén de la autopista. Irónicamente, en esa cálida tarde de primavera los mutilados de guerra estarían sentados en sillas de ruedas junto a la entrada del parque, como para mostrar al niño la variedad de lesiones que el padre hubiera podido sufrir. Maitland volvió al Jaguar, apartando con las manos la hierba áspera. Aun ese pequeño esfuerzo bastó para que el calor de la sangre le arrebatará la cara y el pecho. Miró alrededor por última vez, con el detenimiento de un hombre que examina una tierra ingrata que está a punto de abandonar para siempre. Estremecido todavía por el choque, empezaba ya a darse cuenta de los magullones que tenía en los muslos y el pecho. El impacto lo había arrojado sobre el volante como un saco de arena roto... lo que los especialistas en seguridad llamaban modestamente la segunda colisión. Mientras se calmaba, se recostó contra el Jaguar; quería grabarse en la mente ese lugar de malezas silvestres y coches abandonados donde casi había perdido la vida.

Protegiéndose los ojos del sol, Maitland vio que el accidente lo había arrojado a una pequeña isla entre tres autopistas convergentes, un triángulo de unos doscientos metros de largo. El vértice de la isla apuntaba hacia el oeste, donde declinaba el sol;

la luz cálida caía ahora sobre los lejanos estudios de televisión de White City. La base del triángulo era el paso que iba hacia el sur a unos veinte metros de altura sobre unos macizos pilares de cemento. Las chapas corrugadas que protegían de posibles salpicaduras a los vehículos que pasaban por debajo, ocultaban los cinco carriles.

Detrás de Maitland se alzaba el murallón norte de la isla, el terraplén de nueve metros de altura de la autopista del oeste, por la que había venido. Frente a él, y en el límite sur, se empinaba el terraplén del camino de tres carriles, que se curvaba hacia el noroeste por debajo del paso elevado y se unía con la autopista en el vértice de la isla. A pesar de que no estaba a más de trescientos metros de distancia, este terraplén de hierba reciente parecía velado por el resplandor recalentado de la isla, junto a las malezas, los coches abandonados y el equipo de construcción. El tránsito avanzaba hacia el oeste por los carriles del camino de acceso, pero los parapetos metálicos impedían que los conductores vieran la isla. Los postes altos de tres señales indicadoras se elevaban desde bloques de cemento contruidos a un costado de la carretera.

Maitland se dio vuelta en el momento en que el autocar de una línea aérea pasaba por la autopista. Los pasajeros del piso superior, con destino a Zurich, Stuttgart y Estocolmo, iban rígidamente instalados en los asientos como un grupo de maniqués. Dos de ellos, un hombre de edad mediana que llevaba una gabardina blanca y un joven sij con la cabeza envuelta en un turbante, observaron a Maitland, y durante unos segundos lo miraron a los ojos. Maitland les devolvió la mirada y decidió no hacerles señas ¿Qué creerían que estaba haciendo allí? Desde el piso superior del autocar, bien podía parecer que el Jaguar estaba intacto, y quizá los viajeros suponían que Maitland era un funcionario de tránsito o un ingeniero de caminos. Por debajo del paso elevado, en el extremo este de la isla, una cerca de malla de alambre separaba el triángulo yermo del terreno próximo, un vaciadero municipal clandestino. En la sombra, bajo la arcada de cemento, había varios camiones de mudanzas destartados, una pila de cartelones rotos, montones de neumáticos y desechos de metal. A unos cuatrocientos metros hacia el este del paso superior, visible a través de la cerca, estaba el centro de compras del barrio. Un autobús rojo de dos pisos daba la vuelta a una pequeña plaza, pasando frente a los toldos a rayas de las tiendas. Evidentemente, el único camino de salida eran los terraplenes. Maitland quitó del panel de instrumentos la llave de contacto y abrió el portaequipajes del Jaguar. Las probabilidades de que algún vagabundo o un chatarrero encontraran el coche eran mínimas; la isla estaba separada del mundo circundante por la altura de los terraplenes en dos de los lados y por el cercado de alambre en el tercero. Los contratistas no habían iniciado todavía la obligatoria remodelación, y el contenido original del terreno, con coches oxidados y malezas, aún estaba intacto.

Maitland aferró la manija del maletín, e intentó sacarlo del portaequipajes: se

encontró con que el esfuerzo lo mareaba. La sangre se le había retirado instantáneamente de la cabeza, como manteniéndose en circulación mínima. Dejó el maletín, y se apoyó débilmente contra la tapa abierta del portaequipajes.

En los paneles lustrosos de los guardabarros traseros, se quedó mirando la imagen distorsionada de sí mismo. La figura alta se estiraba como un espantapájaros grotesco, y la cara pálida se desangraba sobre los contornos ondulados de la carrocería. La mueca torcida de un loco, con una oreja sobre un pedículo a quince centímetros de la cabeza.

El accidente lo había afectado más de lo que suponía. Maitland observó el contenido del portaequipajes: el equipo de herramientas, una pila de revistas de arquitectura y una caja de cartón con media docena de botellas de vino de Borgoña blanco que le llevaba a Catherine, su mujer. Después de la muerte del abuelo, el año anterior, la madre de Maitland había estado regalándole algunos de los vinos del viejo.

—Maitland, ahora te vendría bien un trago —se dijo en voz alta.

Echó llave al portaequipajes y del asiento trasero retiró el impermeable, el sombrero y la cartera. Con el choque, algunos objetos olvidados se habían salido de debajo de los asientos: un tubo medio vacío de crema para el sol, recuerdo de unas vacaciones en La Grande Motte con la doctora Helen Fairfax, las pruebas de una ponencia que ella había presentado en un seminario pediátrico, un paquete de los cigarrillos de Catherine, que él le había escondido cuando intentó que ella dejase de fumar.

Con la cartera en la mano izquierda, el sombrero puesto y el impermeable sobre el hombro derecho, Maitland echó a andar hacia el terraplén. Eran las tres y treinta y uno; todavía no había pasado media hora desde el accidente.

Volvió la cabeza, mirando a la isla por última vez. La hierba, de más de un metro de alto, separada por los sinuosos corredores que él había abierto mientras iba de un lado a otro alrededor del coche, ya volvía a cerrarse, ocultando casi el Jaguar plateado. Una tenue luz amarilla se extendía sobre la isla, un resplandor desagradable que parecía elevarse desde la hierba, como un enjambre de insectos sobre una herida purulenta.

El motor diesel de un camión bramó bajo el paso elevado. Maitland dio la espalda a la isla, pisó el terraplén y empezó a trepar por la pendiente. Subiría por el terraplén, haría señas a algún coche que pasara, y saldría de allí.

2. El terraplén

La tierra se escurría alrededor como un río aluvial y tibio. En mitad del ascenso, Maitland descubrió que se hundía hasta las rodillas en la pendiente resbaladiza. Los brotes que asomaban a la superficie no habían consolidado aún la capa de tierra suelta, destinada sólo a sostener los terrones de césped. Maitland trató de avanzar buscando dónde apoyarse, usando la cartera como pala. El esfuerzo por trepar el terraplén casi lo había agotado, pero se obligó a seguir.

Al sentir un sabor a sangre en la boca, se detuvo y se sentó. Acucillado en la cuesta polvorienta, sacó el pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la lengua y los labios. La mancha roja parecía la estampa de una boca temblorosa, como un beso ilícito. Maitland se tanteó la piel dolorida en la sien y el pómulos derechos. El magullón iba desde la oreja hasta un lado de la nariz. Al oprimirse la fosa nasal con un dedo pudo sentir las encías lastimadas, y un colmillo flojo.

Mientras esperaba a recuperar el aliento, escuchó el ruido del tránsito que pasaba por encima. El zumbido de los motores retumbaba incesantemente en el túnel del paso elevado. En el otro extremo de la isla, el camino de acceso estaba atestado ahora, y Maitland sacudió el impermeable hacia los coches que pasaban. Pero los conductores sólo miraban las señales altas y el empalme con la autopista.

Los bloques de edificios de oficinas se elevaban a lo lejos en el aire de la tarde. Escudriñando el cálido resplandor que cubría Marylebone, Maitland casi alcanzaba a identificar su propio edificio. En alguna parte, detrás de los cristales y los cortinados del piso decimoséptimo, la secretaria estaba pasando a máquina los asuntos que se tratarían la semana próxima en las reuniones de la comisión de finanzas. Jamás podría ocurrírsele que su jefe estaba en cuclillas en este terraplén de la autopista con la boca ensangrentada.

Maitland sintió de pronto que le temblaban los hombros, un estremecimiento rápido que le llegó al diafragma. Al fin consiguió dominar el espasmo. Se tragó la flema que le cerraba la garganta y observó el Jaguar, pensando otra vez en el choque. Había sido una estupidez no hacer caso del límite de velocidad. Deseaba estar con Catherine y no veía el momento de descansar en la casa fresca y convencional, de habitaciones espaciosas y blancas. Después de pasar tres días con Helen Fairfax, en el apartamento cálido y cómodo de esa doctora razonable, se había sentido casi sofocado.

Maitland se levantó y subió de costado por la ladera. A tres metros por encima de él estaba el borde de la autopista y la empalizada de caballetes de madera. Arrojó la cartera pendiente arriba, y apoyado en los pies y los antebrazos, como un cangrejo,

trepó por la tierra suelta, alcanzó con ambas manos el borde de cemento, y se encaramó a la carretera.

Agotado por la escalada, Maitland se sentó vacilante en un caballete, y se frotó las manos contra los pantalones para quitarse la tierra. La cartera y el impermeable yacían a sus pies, en sucio montón, como el equipaje de un vagabundo. El sudor le empapaba la camisa y el forro de la chaqueta. La sangre le llenaba la boca, pero él volvía a tragársela una y otra vez.

Se incorporó y se volvió para enfrentar el tránsito. Tres líneas de vehículos avanzaban velozmente hacia él. Salieron del túnel, debajo del paso elevado, y aceleraron en la curva. Había empezado ya la hora de los atascamientos. Magnificado por el techo y las paredes del paso elevado el ruido reverberaba alrededor de Maitland, desde el cemento de la autopista, ahogando sus primeros gritos. De vez en cuando había entre los coches una distancia de unos quince metros, pero ya en los primeros minutos en que Maitland estuvo allí de pie, haciendo señas con la cartera y el impermeable, los centenares de vehículos que llevaban a casa a los presurosos conductores empezaron a aproximarse entre ellos, hasta avanzar con los parachoques casi unidos.

Maitland dejó caer la cartera y se quedó mirando el tránsito que pasaba rugiendo ante él. Los caballetes rojos eran una línea desordenada, derribada por coches apresurados. Ya más bajo en el cielo, el sol fuerte daba directamente en los ojos de los conductores que salían del paso elevado y tomaban la curva rápida a mano derecha.

Maitland se miró un momento. Tenía la chaqueta y los pantalones manchados de sudor, barro y grasa: pocos conductores, aun cuando lo vieran, estarían dispuestos a invitarlo a subir. Además, en ese lugar les sería casi imposible aminorar la marcha y detenerse. La presión del tránsito que venía detrás, liberado finalmente de los prolongados embotellamientos que a esas horas bloqueaban siempre el cruce del oeste, los obligaba implacablemente a seguir adelante.

Buscando una posición que fuera más visible. Maitland se desplazó de costado por el estrecho borde del camino. A lo largo de todo el carril no había ninguna senda o refugio de emergencia, y los coches pasaban a cien kilómetros por hora a no más de un metro de Maitland. Sin dejar de cargar con el impermeable y la cartera, Maitland avanzó junto a la hilera de caballetes, apartándolos uno a uno. Al mismo tiempo sacudía el sombrero en el aire contaminado por el humo de los escapes, gritando por encima del hombro, en medio del ruido de los motores:

—¡Emergencia...! ¡Alto...! ¡Paren...!

Dos caballetes que un camión había derribado al pasar le cerraban el paso. Las hileras de tránsito corrían bajo las señales desviándose hacia el cruce. Las luces traseras parpadeaban y la luz del sol fulguraba en los parabrisas como lanzas

eléctricas.

Una bocina vociferó detrás de Maitland que en ese momento esquivaba los caballetes. Un coche le pasó a toda velocidad a escasos centímetros de la cadera derecha, mientras un pasajero furioso bajaba la ventanilla. Maitland dio un paso atrás y en el carril más lejano vio la carrocería blanca de un coche policial. Avanzaba a unos ochenta kilómetros por hora, a un metro detrás del parachoques de otro vehículo, pero el conductor miró a Maitland por encima del hombro.

—¡Deténgase...! ¡Policía...!

Maitland sacudió al mismo tiempo el sombrero y la cartera, pero la ola de tránsito ya se había llevado el coche. Mientras intentaba seguirlo a pie, Maitland estuvo a punto de ser golpeado por el guardabarros de un taxi. Luego una limusina negra se precipitó sobre él desde la salida del túnel, y el chófer uniformado sólo lo vio en el último momento.

Al darse cuenta de que lo aplastarían contra los caballetes, Maitland se alejó. Un coche le había golpeado la mano derecha y un fragmento del parabrisas o el borde del espejo lateral le habían desgarrado la piel. Se la envolvió en el pañuelo manchado de sangre.

A trescientos metros, más allá de la entrada este del paso elevado, había una cabina telefónica de emergencia, pero Maitland sabía que si intentaba atravesar el túnel lo matarían. Retrocedió de costado por el borde de la autopista y se detuvo en el sitio donde el Jaguar se había salido del camino. Se puso el impermeable, se lo abotonó pulcramente, y enderezándose el sombrero hizo señas a los vehículos que pasaban.

Todavía seguía allí cuando empezó a anochecer. Los faros desfilaban uno tras otro y los haces de luz le cruzaban la cara. Las bocinas bramaban y las luces de cola se apagaban y se encendían en tanto se alejaban hacia el empalme. Mientras seguía de pie, vacilante, junto al camino, haciendo débiles señas con la mano, a Maitland le pareció que todos los vehículos de Londres habían pasado y vuelto a pasar junto a él una docena de veces, y que los conductores y pasajeros lo habían ignorado con deliberación, en una vasta conspiración espontánea. Se daba clara cuenta de que nadie se detendría a ayudarlo, por lo menos hasta las ocho, cuando hubiera pasado la peor hora. Entonces, si tenía suerte, tal vez podría llamar la atención de algún conductor solitario.

Maitland levantó su reloj para mirarlo a la luz de los faros fugaces. Eran las ocho menos cuarto. Ya hacía tiempo que su hijo habría llegado solo a casa. Catherine habría salido, o tal vez estuviera preparando la cena para ella sola, dando por supuesto que él había decidido quedarse en Londres con Helen Fairfax.

Al pensar en Helen, con el oftalmoscopio en el bolsillo de la bata blanca, observando con aire crítico los ojos de algún pequeño paciente, Maitland volvió a

mirarse la herida de la mano. Ahora se sentía más cansado y alterado que en ningún otro momento desde el choque. Pese al humo caliente de alrededor, se estremeció, irritado; sentía que unos cuchillos invisibles le estaban raspando el sistema nervioso, sacándole los nervios de las vainas. La camisa se le pegaba al pecho como un delantal mojado. Al mismo tiempo, empezaba a dominarlo una fría euforia. Pensó que la sensación de mareo era un primer síntoma de envenenamiento por monóxido de carbono. Continuó haciendo señas a los coches que corrían en la oscuridad, paseándose de un lado a otro como un borracho.

Un camión con acoplado que transportaba combustible se le acercó peligrosamente por el carril externo, un bulto amarillo que casi llenaba el túnel bajo el paso elevado. Mientras tomaba trabajosamente la curva, el conductor vio a Maitland que se tambaleaba entre las luces delanteras. Los frenos de aire silbaron y se bloquearon. Maitland se apartó con indiferencia, se quitó el sombrero y lo arrojó bajo las ruedas pesadas. Después, riendo entre dientes, observó cómo el camión desaparecía.

—¡Eh...! —gesticuló con la cartera en la mano—. Mi sombrero... ¡Se lleva mi sombrero...!

Un estrépito de bocinas resonó alrededor. Un taxi estuvo a punto de detenerse y le rozó las piernas. Mientras volvía a arrancar, el conductor le echó una mirada furiosa y se llevó la mano a la frente. Maitland lo saludó con un ademán galante, dándose cuenta de que se sentía demasiado cansado. No le quedaba otra esperanza que tratar de parecer un loco de atar y que la gente se detuviera simplemente para impedir que les dañara los coches. Se miró en el dorso de los dedos la sangre que le salía de la boca, pero en seguida apartó la mano bruscamente y observó otra vez el tránsito. Al alzar los ojos hacia el laberinto de calzadas de cemento iluminadas en el aire nocturno, comprendió hasta qué punto despreciaba a todos esos conductores y sus vehículos.

—¡Paren...!

Amenazó con el puño manchado de sangre a una anciana, que lo observaba con desconfianza por encima del volante.

—¡Sí, usted...! ¡Ya puede irse! ¡Váyase con su maldito coche! No... ¡pare!

De una patada arrojó un caballete al camino y se echó a reír cuando un camión que pasaba lo golpeó y volvió a echarlo contra él, lastimándole una rodilla. Derribó otro caballete.

Alzó la voz hasta que fue un aullido ronco que cubría los ruidos del tránsito, un amargo grito primal.

—¡Catherine...! ¡Catherine...!

Gritó el nombre de ella a los coches, con una cólera fría, chillando como un niño a la luz de los faros. Volvió a arrojarse a la calzada, bloqueando el carril exterior y

sacudiendo la cartera como un inspector de carreras de coches que hubiera perdido el juicio. Para sorpresa de Maitland el tránsito reaccionó, haciéndose menos denso. Por primera vez se abrió una brecha en la corriente de vehículos y Maitland alcanzó a ver a través del túnel el cruce elevado del oeste.

Del otro lado del camino estaba el refugio central, una estrecha isla de un metro veinte de ancho, con una senda para trabajos de mantenimiento entre las barreras protectoras. Maitland se apoyó contra un caballete, tratando de dominarse. Advertía que una parte de él mismo disfrutaba entregándose a esta rabieta, y con un esfuerzo se recuperó. Si conseguía atravesar el camino, entonces podría retroceder hasta el cruce elevado del oeste y encontrar un teléfono de emergencia.

Se enderezó fastidiado por haber perdido el tiempo. Mientras se le despejaba la cabeza, esperó a que apareciera un hueco en la corriente de tránsito. Una docena de coches avanzó en procesión, seguida por un segundo grupo, con el autocar de una línea aérea en la retaguardia. Una grúa que arrastraba un coche averiado pasó luego rugiendo junto a Maitland, mientras él retrocedía en la oscuridad, observando el pestañeo de los faros en los accesos del túnel.

El camino estaba despejado, y lo único que se acercaba ahora era un camión de dos pisos, un transporte de coches. El conductor le hizo señas como si se ofreciera a recogerlo, pero Maitland no le prestó atención, esperando con impaciencia que la larga sección trasera del transporte acabara de pasar. El camino estaba despejado hasta que apareciera el próximo grupo de luces. Maitland aferró la cartera y echó a correr.

Estaba en el medio del camino cuando oyó el alarido de un bocinazo de advertencia. Por encima del hombro vio la carrocería baja de un coche deportivo blanco, casi invisible detrás de los faros apagados. Maitland se detuvo y volvió atrás, pero el coche patinaba ya hacia él mientras el joven conductor luchaba en vano con el volante. Maitland sintió que el coche daba un salto y se le venía encima. Antes de que pudiera gritar, el vehículo se había estrellado contra un caballete que Maitland había pateado al camino. El armazón de pino voló hacia él y Maitland sintió cómo le levantaba las piernas y lo arrojaba de espaldas a través del aire oscuro.

3. Daño y agotamiento

— ...Catherine... Catherine...

El sonido del nombre se movía entre la hierba silenciosa. Tendido al pie del terraplén, Maitland escuchó dentro de su cabeza los ecos de las sílabas. A medida que lo reanimaban, se dio cuenta de que él mismo había dicho el nombre. En la oscuridad se oían unos sonidos débiles. Los ruidos del tránsito se habían extinguido, y encima del terraplén todo estaba en calma. A lo lejos, más allá de la rotonda central en el cruce elevado del oeste, un camión noctámbulo se alejaba gruñendo hacia el norte.

Maitland estaba tendido de espaldas en la oscuridad, con la cabeza apoyada en la pendiente blanda del terraplén. Las hierbas largas le ocultaban las piernas. A un centenar de metros los tres carriles de la ruta de acceso estaban desiertos. Las señales se elevaban por encima del invariable fulgor amarillo de las luces de sodio. Involuntariamente, al pensar en el nombre de su mujer, Maitland miró hacia el oeste. Recortadas contra la aureola crepuscular de la ciudad, las oscuras fachadas de los bloques de apartamentos colgaban en el aire nocturno como planetas rectangulares.

Por primera vez desde el accidente, Maitland sintió la cabeza despejada. Los magullones de la sien y del maxilar superior, lo mismo que las heridas en el abdomen y en las piernas, eran definidos y localizados, dejándole libre la mente. Ya sabía que tenía una herida grave en la pierna derecha. Una gran contusión que descendía desde la cadera se le extendía por la superficie externa del muslo. A través de la tela desgarrada de los pantalones se tocó la piel dolorida, una hinchazón rezumante que le humedeció la mano. Parecía que la articulación de la cadera se hubiera hundido en la cavidad de la pelvis, y los nervios y vasos sanguíneos desplazados palpitaban en la musculatura desgarrada, tratando de reacomodarse.

Maitland se tanteó con ambas manos el muslo lastimado. Eran las dos menos cuarto de la mañana. A unos veinte metros, el techo plateado del Jaguar reflejaba las luces distantes de la autopista. Maitland se sentó y cerró los puños mientras sofocaba un grito involuntario. Se daba cuenta de que la energía que le quedaba era limitada, quizás una media hora de continuo esfuerzo. Se puso de costado, sacó de entre la hierba la pierna izquierda y se levantó hasta quedar de rodillas.

Aspiró jadeante el aire nocturno y ya no trató de dominarse. Desesperado, se recostó contra el terraplén, hundiendo las manos en la tierra fría. Un tenue rocío le cubría el traje desgarrado, estremeciéndole la piel. Alzó los ojos hacia la abrupta pendiente y durante un momento se rió de sí mismo en voz alta.

—¿Cómo diablos se supone que voy a subir...? Daría lo mismo que fuese el Everest.

Mientras seguía allí acucillado, intentando sobreponerse al dolor de la cadera herida, a Maitland le pareció que la situación era en verdad una broma de mal gusto, que había sobrepasado todos los límites. Un fallo en un neumático, un golpe en la cabeza, y de pronto lo habían sacado de la realidad. Pensó en Helen Fairfax dormida en el apartamento, como siempre del lado izquierdo de la cama doble que ocupaba casi por entero el minúsculo dormitorio, con la cabeza apoyada sobre la almohada de la derecha, como si hubiera dispuesto las distintas secciones de su cuerpo para que la representaran a ella y a Maitland. Cosa curiosa, que una mujer profesional, médica, calma y tranquila tuviese un sueño tan inquieto. En cambio, Catherine estaría durmiendo apaciblemente en el dormitorio blanco, la garganta pálida atravesada por un rayo de luz lunar. En realidad, en ese momento toda la ciudad estaba dormida, parte de una inmensa Europa inconsciente, mientras él, Robert Maitland, se arrastraba por una olvidada isla de tránsito como la pesadilla del continente amodorrado.

Un par de faros relampaguearon contra el techo del túnel del paso elevado. Un coche pasó zumbando por la carretera silenciosa.

—Socorro... Pare...

Sin pensarlo, Maitland sacudió una mano. Escuchó cómo el coche se perdía a lo lejos, llevando cómodamente dentro al conductor, con las llaves bien guardadas en el bolsillo, rumbo a una abrigada cama suburbana.

—Bueno... Intentémoslo de nuevo...

Trepó medio metro por la pendiente, arrastrando detrás la pierna lastimada, antes de desplomarse sobre la tierra suelta. El pequeño esfuerzo le había multiplicado el dolor en la articulación de la cadera. Incapaz de moverse, Maitland se arrodilló con la cara apoyada en el suelo resquebrajado, la tierra fría contra la mejilla. Sabía que nunca sería capaz de subir por el terraplén, pero intentó arrastrarse cuesta arriba, apartando con los brazos los terrones sueltos, avanzando como una serpiente herida por la superficie que se desmoronaba.

—Catherine...

Por última vez susurró el nombre de ella, comprendiendo que de algún modo la hacía culpable de toda la situación, del dolor en la pierna lastimada, del frío aire de la noche que se le extendía sobre el cuerpo como un sudario húmedo. Un profundo abatimiento se había adueñado de él, reemplazando al fugaz brote de confianza. Catherine no sólo supondría que se había quedado a pasar la noche con Helen Fairfax, sino que no se preocuparía demasiado. Sí, él mismo había creado casi a propósito esa situación, como si preparara el terreno para el accidente...

La noche y el silencio se tendieron sobre el sistema de autopistas. Las luces de sodio brillaban sobre la cima del paso elevado y subían al cielo como una olvidada entrada de emergencia. Maitland se levantó sobre la pierna izquierda, apoyándose con los brazos en la pendiente del terraplén. La pierna derecha le colgaba delante como

un animal muerto que llevara sujeto al cinturón. La hierba alta se mecía en el aire nocturno; un corredor de tallos aplastados señalaba la ruta que él había seguido esa tarde. Cojeando, sosteniéndose con ambas manos el muslo lastimado, siguió adelante por entre la hierba.

La carrocería plateada del Jaguar se destacaba entre los despojos en ruinas. Ocultos a medias por la hierba, los bultos herrumbrados eran casi invisibles. Maitland llegó a la puerta de atrás. Agotado por el esfuerzo, estaba a punto de treparse al asiento trasero cuando recordó las botellas de vino.

Fue tambaleándose hacia la parte de atrás del coche y abrió el portaequipajes. Sacó una botella de borgoña blanco y torpemente le quitó la envoltura. Luego abrió la caja de herramientas y tomó la llave inglesa. Al segundo golpe arrancó el cuello de la botella. El líquido claro salpicó alrededor en el aire frío.

Tumbado en el asiento trasero del Jaguar, Maitland bebió los primeros tragos de borgoña caliente. Se estremeció cuando sintió la mordedura del alcohol en las heridas de la boca y las encías. Segundos después sintió que el vino le calentaba el pecho y que el pulso le latía en el muslo herido. Estiró la pierna sobre el asiento y vació la botella metódicamente. Poco a poco, sintió que el dolor de la cadera empezaba a disminuir. No tardó en estar demasiado borracho para poder ver la hora en el reloj de pulsera, y decidió olvidarse del tiempo. Moviéndose por el aire nocturno, la hierba se apretaba contra las ventanillas, ocultando los terraplenes. Maitland se recostó con la botella en las manos, la cabeza apoyada en el pilar de la ventanilla. Uno a uno, los puntos de dolor que le cubrían el pecho y las piernas como una serie de constelaciones empezaron a desvanecerse, y el atlas de heridas en que se había transformado se extinguió como un cielo muerto.

No quería compadecerse de sí mismo y pensó otra vez en Catherine y en su hijo. Recordó la helada euforia con que se había tambaleado en la autopista, gritando a los coches que pasaban el nombre de Catherine. En todo caso él tenía que agradecer que ella lo hubiera abandonado en esta isla. Los momentos más felices los había pasado casi siempre solo: las vacaciones de estudiante en Italia y Grecia, el viaje en coche de tres meses por los Estados Unidos, después de haberse graduado. Hacía ya años que había transformado los años de infancia en una nueva mitología.

La imagen de un niño que jugaba siempre a solas en un amplio jardín suburbano, detrás de una cerca alta, le parecía extrañamente reconfortante. La vanidad sola no explicaba que la fotografía enmarcada de un niño de siete años que guardaba en la mesa de la oficina no fuese de su hijo, sino de él mismo. Quizás aun el matrimonio con Catherine, un fracaso si se lo medía con las normas de cualquier otra persona, había sido un éxito precisamente porque recreaba para él ese desierto jardín imaginario.

Empinando la botella decapitada, se quedó dormido tres horas antes del amanecer.

4. El depósito de agua

Cuando despertó era pleno día. La hierba rozaba la ventanilla junto a la cabeza de Maitland: y las hojas bailaban un minué apremiante, como si hubieran pasado mucho tiempo tratando de despertarlo. Un panel de tibia luz solar le atravesaba el cuerpo. Sin poder moverse durante varios segundos, Maitland restregó el sucio cristal del reloj. Eran las ocho y veinticinco de la mañana y él yacía despatarrado y rígido sobre el asiento trasero. No alcanzaba a ver los terraplenes de la autopista, pero un tamborileo continuo, tan amenazante y en cierto modo, sin embargo, tan tranquilizador como la banda sonora de una pesadilla familiar, le recordó dónde estaba.

Era la hora matinal de mayor tránsito, y millares de vehículos volvían en torrentes al centro de Londres. Las bocinas sonaban por encima del rugido de los motores diesel y del estampido incesante de los coches que atravesaban el túnel del paso elevado.

Maitland sostenía la botella de vino bajo el brazo derecho, con el cuello roto casi clavado en el codo. Se sentó y recordó el efecto anestésico del vino, y en seguida, como un recuerdo humillante escondido en el fondo de la mente, el fugaz arrebató de autocompasión.

Bajó la cabeza examinándose el cuerpo y apenas si pudo reconocer la desastrada figura sentada en el asiento de atrás. Tenía la chaqueta y los pantalones manchados de aceite y sangre. La grasa del motor le cubría la herida de la mano derecha donde lo había golpeado uno de los coches. La cadera y el muslo derechos se le habían hinchado como una sola contusión, y ahora le parecía que la cabeza del fémur se había soldado dentro de la concavidad pélvica. Maitland se inclinó por encima del asiento. Magullones y cardenales le cubrían el cuerpo como las clavijas de un instrumento de percusión excesivamente tenso.

—Maitland, esto nadie te lo va a creer...

Las palabras, pronunciadas en alta voz como señal de autoidentificación, sólo sirvieron para hacerle notar lo lastimada que tenía la boca. Se masajeó las encías doloridas, sonriendo con un humor fatigado, y se miró en el espejo retrovisor. Un magullón lívido le atravesaba el lado derecho de la cara, como la mitad de un exagerado bigote de manubrio.

Ya era hora de que saliera de allí... Echó una mirada al terraplén de la autopista. Los techos de los autocares de las líneas aéreas y de los camiones de caja alta se deslizaban por el carril que iba hacia el este. Los que llevaban al oeste estaban casi desiertos. Una camioneta de reparto y dos coches particulares pasaron rápidamente

hacia los suburbios. Una vez que hubiera conseguido trepar el terraplén, no pasaría mucho tiempo sin que algún conductor se detuviese.

—Encontrar una cabina telefónica... llamar al hospital de Hammersmith... a Catherine y a mi despacho...

Mientras preparaba esta lista mentalmente, Maitland abrió la portezuela y salió a la luz del sol. Tuvo que sostenerse con ambas manos la pierna derecha, como si fuera un trozo suelto de carne, y la puso en el suelo. Luego se reclinó vacilante contra la puerta, agotado por ese esfuerzo mínimo. Profundas puntadas de dolor le nacían en la cadera y le atravesaban las ingles y las nalgas. Si se ponía de pie y se quedaba quieto, apenas alcanzaba a sostenerse sobre la pierna herida. Se apoyó en el coche, aferrándose al borde acanalado del techo, y observó la corriente de tránsito. Los conductores habían bajado los parasoles para protegerse los ojos de la luz natural. Ninguno de ellos advertiría la astrosa figura de Maitland, de pie entre los coches abandonados.

El aire frío le golpeaba el pecho. Pese a la débil luz del sol, se sentía cansado y entumecido. Había sobrevivido al impacto y a los golpes en la autopista sólo porque era un hombre robusto de cuerpo macizo. Un coche deportivo robado, los faros delanteros sin encender, conduciendo sin licencia... se podía apostar diez contra uno a que el joven conductor no denunciaría que había atropellado a Maitland.

Levantó la pierna herida y la puso entre las hierbas. Pensó en el vino que tenía en el portaequipajes del Jaguar, pero comprendió que el Borgoña se le subiría directamente a la cabeza. Olvídate del vino, se dijo. Déjate caer entre la hierba y nadie podrá encontrarte. Te quedarás ahí tendido y morirás.

Con los brazos extendidos, consiguió saltar hacia adelante, sin usar la pierna herida y aferrándose a la hierba alta para mantenerse en equilibrio. —Maitland, esto te va a llevar todo el día... Dio el segundo paso. Jadeando, observó el autocar de una línea aérea que iba hacia el oeste. Ni uno solo de los pasajeros miró hacia la isla. Maitland se rehizo y dio tres pasos más, casi hasta alcanzar la carrocería azul de un coche de turismo que yacía de costado. Mientras tendía una mano hacia el metal herrumbroso, se golpeó la pierna herida contra una rueda abandonada. La rodilla izquierda se le dobló haciéndolo caer entre las hierbas largas.

Tendido e inmóvil entre la espesura húmeda, se quedó esperando a recuperar el aliento y se enjugó con la hierba la boca magullada. Todavía estaba a unos seis metros del terraplén... y aun si llegaba hasta allí, jamás podría trepar por esa pendiente, empinada y de tierra suelta.

Se sentó, ayudándose con las manos y aferrándose a la hierba. El eje enmohecido del turismo se levantaba en el aire, por encima de él. Al coche ya le habían quitado los neumáticos y el motor, y el tubo de escape colgaba casi suelto del carburador. Maitland se estiró y sacudió el tubo con las manos. Lo desprendió del soporte y

tironeó del caño oxidado de dos metros, que se extendía detrás del eje. Los brazos fuertes lo doblaron por un extremo, transformándolo en un tosco mango de bastón.

—¡Bueno...! Ahora ya podemos ir a alguna parte...

Maitland sentía que volvía a tener confianza. Se apoyó en la improvisada muleta y echó a andar, tanteando el terreno con la pierna herida.

Llegó al pie del terraplén e hizo señas con un brazo, gritando a los pocos coches que corrían por los carriles del oeste. Ninguno de los conductores podía verlo, y menos aún oír aquellos secos graznidos, de modo que no insistió, ahorrando fuerzas. Intentó trepar por el terraplén, pero a los pocos pasos se desplomó sobre la pendiente fangosa.

Deliberadamente volvió la espalda a la ruta y por primera vez se puso a inspeccionar la isla.

—Maitland, viejo, estás aquí varado como Crusoe. Si no te cuidas, te quedarás en esta isla para siempre...

No había dicho otra cosa que la verdad. Ese terreno abandonado en la conjunción de las tres autopistas era literalmente una isla desierta. Furioso consigo mismo, Maitland levantó la muleta para golpear aquella tierra absurda.

Cojeando, fue hacia el coche. Veinte metros al oeste del depósito de chatarra, trepó por una ligera pendiente. Allí se detuvo a examinar el perímetro de la isla, en busca de una escalera de servicio o un túnel de acceso. Por debajo del paso elevado, la cerca de malla de alambre se alzaba como una pantalla interrumpida desde un terraplén de cemento hasta el otro. La pendiente que subía hacia el camino de acceso tenía cerca de diez metros de altura y era aún más empinada que el terraplén de la autopista. Donde se encontraban los dos caminos, en el vértice del oeste, las pendientes de tierra se convertían en murallas verticales de cemento.

Maitland se dio vuelta y regresó al coche, deteniéndose cada diez metros a abrirse paso con la muleta entre las matas de hierba. Cuando llegó al Jaguar abrió el portaequipajes y contó metódicamente las cinco botellas de Borgoña, alzándolas una a una, como si esa potente bebida fuera un último punto de contacto con la realidad.

Estiró el brazo hacia la pesada llave inglesa. Vamos, Maitland, se dijo, es un poco temprano para beber, aunque el bar esté abierto. Pero espera un minuto. Piensa, necesitas agua.

Mientras el sol de la mañana se hacía más fuerte y empezaba a calentarlo, volvió a recordar que tenía el estómago vacío y que luego de unos pocos tragos caería en un sopor de borracho. En alguna parte entre esos coches tenía que haber agua.

El radiador. Maitland cerró de un golpe la tapa del portaequipajes, recogió la muleta y avanzó balanceándose hasta la parte delantera del coche. Se metió debajo del parachoques, tanteando con las manos magulladas entre los frenos y las ballestas, buscando el borde del radiador. Encontró la espita y la forzó, ahuecando las manos

para recibir el líquido.

¡Glicol! Escupió el fluido amargo y se quedó mirando la mancha verde en la palma de la mano. El sabor áspero del agua enmohecida le irritaba la garganta.

En seguida advirtió que los reflejos se le aceleraban. Se inclinó sobre el asiento y soltó el cierre del capó. Se incorporó lentamente, levantó la tapa, y hurgó en el motor hasta encontrar el depósito de agua de los limpiaparabrisas. Con un extremo de la muleta retorció el armazón de metal y quitó los alambres del recipiente de plástico.

Estaba casi lleno, y contenía casi medio litro de agua clara. Mientras saboreaba el líquido fresco, Maitland se recostó contra el coche, saludando con la muleta a los vehículos que pasaban por la autopista. Aunque no se trataba de una hazaña, haber encontrado agua le había devuelto la confianza y el ánimo. Durante esas primeras horas en la isla se había apresurado demasiado a suponer que recibiría ayuda inmediata, que hasta un gesto tan leve como saludar con la mano a uno de los coches bastaría para que en seguida lo rescatasen.

Se bebió la mitad del agua, refrescándose cuidadosamente la boca dolorida. Sentía ahora un agradable mareo; el agua le había excitado los nervios y las arterias como una descarga eléctrica.

Cojeando alrededor del coche, palmeó el techo con un buen humor casi infantil. Consiguió subirse al portaequipajes y se sentó allí a mirar la cerca de alambre, al otro lado de la superficie accidentada de la isla. En el equipo del Jaguar tenía herramientas más que suficientes para abrir un agujero en la cerca.

Maitland rió en silencio y se recostó contra la ventanilla de atrás. Por alguna razón sentía una súbita, abrumadora sensación de alivio. Alzó el bidón y sacudió el líquido transparente. Ahora estaba seguro de que podría escapar. Pese a sus heridas y a los daños del coche, el temor de tener que quedarse para siempre en la isla le parecía casi paranoico.

Todavía seguía riéndose algunos minutos más tarde, cuando un coche abierto aminoró la marcha en el carril del oeste. El conductor, un militar con uniforme de los Estados Unidos, miró sonriendo a Maitland, a quien sin duda tomaba por un vagabundo que disfrutaba del primer trago del día, y le hizo un ademán con el pulgar, ofreciéndose a llevarlo. Antes de que Maitland reaccionase y se diera cuenta de que era el primer automovilista que parecía dispuesto a recogerlo, el conductor lo había saludado cortésmente con la mano y había vuelto a acelerar.

5. La cerca de alambre

Tratando de dominarse, como un fatigado sargento instructor, Maitland descendió torpemente del portaequipajes del Jaguar. Sin prestar atención al dolor que sentía en el muslo, se apoyó lo mejor que pudo contra el coche, sacudiendo la muleta en el aire y tratando de llamar al conductor desaparecido. Sobrio ahora, se miró con repugnancia la pierna herida y las ropas desgarradas, furioso consigo mismo por haber cedido un momento a una histeria adolescente. El accidente no sólo le había destrozado el coche; parecía que además le había soltado las amarras del cerebro.

Maitland apoyó la axila derecha en la muleta de metal. Se dio cuenta de que sólo podía llevar a cabo las actividades físicas más simples. La figura mugrienta y lisiada, cuyo reflejo deformado centelleaba en la tapa del portaequipajes, era un resumen exacto de la situación: un hombre poco práctico y sin recursos abandonado entre calzadas de cemento.

Y además, de escasos recursos psicológicos, reflexionó Maitland. En estos días uno necesitaba llevar en el cerebro un equipo de emergencia completo, y haber aprendido cómo sobrevivir a los desastres, reales o imaginarios.

—Llave inglesa, llave de tuercas, berbiquí...

Metódicamente, Maitland registró la caja de herramientas, hablando consigo mismo en voz alta, como si estuviera burlándose de un recluta incompetente, descargando mal humor.

Cuando se guardó las herramientas en los bolsillos de la chaqueta, enderezó el bastón y se encaminó hacia el paso elevado, sin prestar atención a los coches que circulaban por la autopista. Eran poco más de las nueve y el tránsito había mermado. La cálida luz del sol extraía ya de la hierba esa débil bruma amarillenta que la tarde anterior se había extendido sobre la isla y que no dejaba ver los muros de alrededor.

Mientras avanzaba tambaleándose, Maitland recordó que esa mañana Catherine tenía que ir a retirar su coche nuevo de la distribuidora japonesa. Y Helen Fairfax estaría ocupada en la clínica pediátrica... Lo irónico era que ninguna de ellas intentaría telefonarle, ya que las dos darían por sentado que Maitland se había quedado a pasar la noche con la otra. En cuanto a la gente de la oficina, nadie se alarmaría demasiado, pues supondrían que estaba enfermo o que estaría de viaje. Maitland les había enseñado a que aceptaran sin hacer preguntas sus idas y venidas. Había volado varias veces a los Estados Unidos y deliberadamente no les había dicho nada hasta que estuvo de vuelta. Aunque no apareciese durante toda una semana, su secretaria no se preocuparía tanto como para telefonar a Catherine o a Helen.

Trabajosamente, moviéndose con dificultad por el terreno desparejo, Maitland fue

cojeando hasta la cerca de alambre. Debajo y entre la hierba podían verse los perfiles de viejos cimientos, las plantas de casas eduardianas construidas en terrazas. Pasó junto a la entrada de un refugio antiaéreo, resto de la segunda guerra mundial, sepultado a medias en la tierra y la grava con que habían rellenado los terraplenes de la autopista.

Cuando llegó a la cerca bajo el paso elevado, Maitland se sentía rendido. Apoyó la muleta contra los alambres y se sentó sobre la tierra negra. Sacó de los bolsillos las llaves y las pinzas. Las herramientas de metal le habían pesado en los hombros y le habían golpeado el pecho y el abdomen, magullados.

A la sombra del paso elevado no crecía una brizna de hierba. El aceite de los tambores rotos y abandonados que se amontonaban al otro lado de la valla ennegrecía la tierra húmeda. Los cien metros de alambre eran el muro de contención de montones de neumáticos y de latas vacías, de muebles de oficina desvencijados, de sacos de cemento endurecidos. Moldes de construcción, fardos de alambre oxidado y trozos de chatarra se amontonaban hasta una altura tal que Maitland no creyó que pudiera internarse en esa selva de desperdicios, aun cuando consiguiera atravesar la cerca.

Aún sentado, se volvió para observar la cerca de alambre. Muy por encima de él, casi junto al transparente cielo de abril, se extendía el cemento del paso elevado, reverberando débilmente bajo la presión de las columnas de coches. Maitland sujetó las pinzas con ambas manos y trabajó empeñosamente en uno de los eslabones, mordiendo el alambre de acero con los dientes de las pinzas. A la débil luz, advirtió que sólo había hecho una pequeña incisión. Se estremeció bajo el aire frío. Arrastrando las llaves por el suelo, se desplazó unos metros hasta el poste de acero próximo. Allí, los extremos de la malla de alambre estaban asegurados al poste por medio de un reborde de acero, sujeto a una chapa de refuerzo con tuercas de cierre automático.

Maitland ajustó la llave inglesa y se empeñó en sacar una de las tuercas. Estaba ya demasiado débil para sostenerla con firmeza, y más aún para conseguir que girara. Alzó los ojos hacia la alta valla de alambre: diez años antes, diez días antes quizá, hubiera sido capaz de escalarla con las manos desnudas.

Dejó caer la llave inglesa y con la otra rascó el suelo húmedo. Aunque brillante de aceite, la tierra oscura era tan impenetrable como un cuero empapado. Para abrir una zanja por debajo de la valla sería necesario excavar por lo menos un metro cúbico de tierra pedregosa, abrirse paso con esfuerzo a través de una pila de neumáticos de camión de más de tres metros de altura... y cada neumático pesaba cincuenta kilos.

El aire oscuro le dolía en los pulmones. Maitland se estremeció bajo la ropa húmeda y se puso otra vez las herramientas en los bolsillos. Cuando volvió a salir a la luz del sol, las hierbas altas se mecieron alrededor de sus piernas como si intentaran

darle algo de calor. La mirada vacilante de Maitland observó los terraplenes lejanos. Ya hacía casi veinticuatro horas que no comía, y junto con las primeras e inequívocas punzadas de hambre, enmascaradas hasta ese momento por el impacto del accidente, sintió que la cabeza le daba vueltas. Con un esfuerzo, clavó la vista en el techo del Jaguar. El coche apenas si se veía por encima de la hierba, que parecía haber crecido unos cuantos centímetros durante el frustrado viaje hasta la cerca de alambre.

Tratando de reanimarse partió a través de la isla, hacia el perímetro sur. Cada diez pasos se detenía para abrirse camino entre las ortigas a golpes de muleta. Llegó a un muro bajo y subió un tramo de escalera que se elevaba en el aire, desde los restos de un sendero de jardín. Esas ruinas eran lo único que quedaba de una casa de estuco victoriana, demolida unos años antes. La superficie de la isla era muy accidentada. El manto de hierba, que lo cubría todo, subía y bajaba como el oleaje de un mar embravecido. Un valle ancho descendía por el espinazo central de la isla, marcando el contorno de lo que había sido una calle de suburbio. A ambos lados, la hierba trepaba por rebordes y parapetos desgastados y se derramaba sobre los terrenos desiertos. Maitland atravesó el valle central y trepó por la pendiente del lado sur, escurriéndose entre dos pequeños saúcos que luchaban contra la invasión de las ortigas. La muleta golpeó contra un objeto metálico que había en el suelo, una placa de hierro asegurada a una lápida volcada: estaba en un cementerio abandonado. A un lado había una pila de lápidas viejas. Una serie de zanjas superficiales señalaba la hilera de tumbas, y Maitland dio por supuesto que habrían trasladado los restos a algún osario.

Por encima de él se elevaba el alto terraplén del camino de acceso. La valla de contención ocultaba el tránsito, que pasaba a casi diez metros de altura. El zumbido de los motores se confundía con los ruidos distantes y matinales de la ciudad. Maitland se balanceó a lo largo del terraplén. El suelo estaba atestado de paquetes de cigarrillos, colillas de cigarros, envoltorios de confitería, preservativos usados y cajas de cerillas vacías. A cincuenta metros, el bloque de cemento de una señal caminera sobresalía del terraplén.

Maitland apuró el paso, cojeando en la tierra blanda. Como había pensado, junto al bloque de cemento corría un canal angosto. Libre de suciedad y desechos gracias a la lluvia, bordeaba la pared de cemento y desembocaba en una alcantarilla. Detrás de la rejilla de hierro forjado, el desagüe se hundía dentro del terraplén para volver a salir a unos treinta metros.

Maitland golpeó la rejilla con la punta de la muleta y aceptó sin comentarios que no podría desarmar la pesada estructura metálica. Se quedó mirando los barrotes, y por alguna razón se preguntó si estarían bastante separados como para que él pudiera meter las manos. Luego se volvió y se alejó cojeando por entre las basuras, removiendo con la muleta los paquetes de cigarrillos.

Mientras avanzaba con la cabeza gacha, estalló de pronto en una furia

desapasionada y distante e interpeló a los invisibles vehículos que circulaban arriba.

—¡Paren, por Dios, ya es suficiente...!

No hubo respuesta y siguió caminando, más tranquilo. La brisa le arremolinaba envolturas de caramelos alrededor de la pierna lastimada. Mientras atravesaba la isla de cemento, la hierba ondulaba y se mecía detrás, moviéndose en olas interminables, en corredores que se abrían y volvían a cerrarse como para admitir a una criatura grande y alerta en aquella reserva verde.

6. La tormenta de lluvia

Durante el caluroso mediodía, Maitland durmió dentro del coche. A su lado, sobre el asiento trasero, estaban el bidón de agua y una botella nueva de Borgoña. Se despertó a las dos de la tarde, cuando el conductor de un camión de basuras que cruzaba el paso elevado abrió y cerró los frenos neumáticos en una serie de ásperas detonaciones. Aunque el esfuerzo de andar por la isla le había vuelto a inflamar la pierna, Maitland sentía la cabeza despejada. Unas penetrantes punzadas de hambre le subían desde el vientre a la garganta como una mano de acero, pero se quedó inmóvil en el asiento de atrás. Mientras descansaba en las primeras horas de la tarde, pasó revista a la situación.

Se daba cuenta, ante todo, que la presunción que él se había repetido varias veces desde que llegara a la isla —que tarde o temprano un automovilista o un policía vería el coche accidentado, y que el rescate llegaría tan inevitable como si hubiera chocado en la plataforma central de una autopista suburbana— era completamente falsa, y parte de todo ese sistema de cómodas expectativas que él llevaba siempre consigo. Dada la topografía peculiar de la isla, el manto de hierbas altas y ásperas malezas, y la colección de vehículos arruinados, no había ninguna seguridad de que alguien llegara a verlo. Sumando a esto las circunstancias de su vida profesional y privada, esta última dividida —lo que en un momento había parecido tan conveniente— entre su mujer y la doctora Helen Fairfax, podía pasar por lo menos una semana antes que alguien empezara a inquietarse y llamara a la policía. Y aun así, hasta al más sagaz de los detectives, si se proponía reconstruir el camino de Maitland desde la oficina, le sería difícil descubrir el coche, oculto en ese mar de hierbas.

Maitland se aflojó los pantalones y se examinó el muslo lesionado. La articulación se le había endurecido, y el extenso magullón, lo mismo que los vasos sanguíneos dañados, brillaban a través de la capa de aceite y suciedad.

Con cuidado, a causa de la boca lastimada, se bebió el resto de agua viscosa. Escudriñó los edificios de oficinas, visibles entre la bruma que pendía sobre el centro de Londres. La conferencia a la que tenía que haber asistido estaría recomenzando ahora, después de la pausa del almuerzo... ¿Tendría alguno de los delegados la menor idea de lo que podía haberle ocurrido? Incluso si ahora lo rescatasen, pasarían por lo menos varios días, y posiblemente semanas, hasta que pudiera volver al trabajo. Pensó en la serie de compromisos pendientes, en las reuniones canceladas, en el comité del que formaba parte. Como un toque de alarma o reproche, sintió que la pierna empezaba a latirle.

—Bueno... veamos qué tenemos...

Maitland se incorporó dominando la creciente necesidad de dormir. Cojeó otra vez hasta la parte trasera del Jaguar. Alcanzaba a oír el ruido de los coches que pasaban por la autopista, pero no les hizo caso sabiendo que si intentaba llamarles la atención no conseguiría más que cansarse.

Levantó la tapa del portaequipajes y abrió el maletín. El aroma penetrante de la loción impregnó el aire. Se quitó los zapatos de charol y el esmoquin. El maletín era casi literalmente una cápsula de tiempo; a partir de esas texturas y esos aromas podía reconstruir sin dificultad un mundo pasado.

Retiró la hoja de la maquinilla de afeitar, y cortó en tiras la toalla azul. Empapó una de las tiras en la loción. La colonia acre le escoció la mano lastimada en docenas de minúsculos cortes y raspaduras. Maitland se limpió la tierra y el aceite que se le habían pegoteado sobre la herida arriñonada que le llegaba desde la muñeca hasta la base del pulgar. Se vendó la mano con las tiras de toalla, echó llave al portaequipajes, y se alejó cojeando por la hierba entre los coches abandonados.

Cinco vehículos, restos de accidentes abandonados allí como chatarra, yacían en un semicírculo alrededor del Jaguar. La hierba crecía entre las fisuras del metal herrumbrado, invadiendo el compartimiento vacío del motor de un taxi. Guardabarros abollados, una pila de neumáticos viejos, la cubierta de un capó, asomaban entre las ortigas. Maitland avanzó mirando de cuando en cuando el terraplén, mientras pensaba en cómo podría construir una rampa.

La lluvia le golpeó el costado del cuello y Maitland volvió precipitadamente al Jaguar. Un nubarrón oscuro ocultaba el sol. En el centro de Londres llovía ya con fuerza, y mientras Maitland entraba en el coche, el chaparrón se descargó sobre la isla. Las rachas de aire y lluvia achataban la hierba arremolinada. El agua azotaba los coches de la autopista y los faros destellaban en la líquida oscuridad.

Maitland se recostó en el asiento trasero mientras observaba cómo la lluvia tamborileaba contra el cristal de la ventanilla. Contempló pasivamente la tormenta pensando que al menos contaba con el mínimo refugio del coche estropeado. La lluvia saltaba sobre la tapa del motor y entraba por el parabrisas abierto, rociándole la cara.

—¡Vamos!

Golpeándose deliberadamente la pierna herida, Maitland abrió la puerta del coche. La lluvia oscura le azotó la cabeza y le empapó la ropa hecha jirones mientras él sacaba fuera la pierna y forcejeaba con la muleta, que se le cayó dos veces al suelo. Mientras atravesaba a tumbos el cementerio de chatarra, los torbellinos de lluvia le acribillaron la delgada tela de la chaqueta y los pantalones. Maitland volvió la cabeza y recibió la lluvia en la boca abierta.

Tropezó con la pila de neumáticos y cayó de rodillas. Recogió el capó que había visto antes y se puso trabajosamente de pie. Sin hacer caso de la lluvia que le punzaba

la piel y le empapaba el vendaje de la mano derecha, arrastró el capó hasta el Jaguar, lo levantó por encima del motor y lo empujó hasta meterlo de arriba hacia abajo en el parabrisas abierto.

Retrocedió mientras el agua se escurría por el metal grasiento sobre el tablero del Jaguar. Apoyado en la muleta, Maitland abrió la boca como si se gritara a él mismo, un loco eufórico bajo la lluvia implacable. Las ropas empapadas le colgaban como un animal muerto. Se metió dentro del coche y se inclinó por encima del asiento de delante, sosteniendo el bidón mientras encauzaba la trémula corriente de agua que descendía por la tapa invertida del motor. La lluvia mermó cuando había poco más de un cuarto litro de agua burbujeante en el bidón, pero volvió a arreciar cinco minutos después.

Cuando terminó la tormenta, treinta minutos más tarde, Maitland había conseguido llenar el bidón. Durante todo ese tiempo, doblado hacia adelante, con la ropa empapada, con las manos magulladas que le temblaban por encima del asiento delantero, había estado hablando solo en voz alta, dándose cuenta a medias de que en esos monólogos introducía a Catherine y a Helen Fairfax, a veces imitando sus voces, permitiendo que lo acusaran de incompetente. Para mantenerse despierto, estiraba la pierna herida, identificando de algún modo el dolor con la imagen mental que tenía de las dos mujeres.

—Bueno... casi lleno, no te cortes la boca con este condenado plástico.

No está mal... un litro de agua, suficiente para un día o dos. Pero Catherine no se impresionaría... Lo vería todo como una especie de chiste exagerado. «Querido, sabes que siempre conduces demasiado rápido...» En realidad me gustaría verla a ella aquí, ¿cuánto sería capaz de aguantar...? Un experimento interesante. Pero un minuto, Maitland... por *ella* se detendrían. Antes de treinta segundos habría en la autopista una cadena de coches detenidos, parachoques contra parachoques, desde aquí hasta el camino del oeste. ¿De qué demonios estoy hablando? ¿Por qué las culpas, Maitland? Ya deja de llover... Tengo que irme de la isla antes de que el cansancio termine conmigo. Me duele la cabeza, tal vez tenga una conmoción... hace frío aquí, maldita pierna...

Cuando el sol volvió a salir y los rayos de luz barrieron la hierba descuidada como los dientes de un peine invisible, Maitland tiritaba dentro del traje empapado. Bebió frugalmente del bidón. El agua de lluvia era fresca pero insípida, y Maitland se preguntó si alguna mínima lesión cerebral no le habría embotado el sentido del gusto. Sentía que estaba quedándose sin fuerzas. Perdido el interés por el agua que había recogido con tanto trabajo, salió del coche y abrió el portaequipajes.

Se quitó la chaqueta y la camisa y dejó caer los jirones empapados en el charco de agua fangosa donde tenía metidos los pies. Habían pasado poco más de veinticuatro horas desde el accidente, pero en la piel de los brazos y el pecho le había florecido un

jardín de contusiones, marcas y cardenales de colores vivos. Maitland se puso la camisa limpia y se abotonó el esmoquin, volviéndose el cuello hacia arriba. Arrojó la billetera al interior del portaequipajes, y le echó llave.

Aun a la luz del sol, se sentía helado. Intentando entrar en calor, empujó el corcho dentro de la botella y bebió un sorbo de Borgoña. Durante la hora siguiente cojeó entre el cementerio de coches y el terraplén, acarreando todos los neumáticos y guardabarros que pudo encontrar. Alrededor de los coches, la tierra no tardó en convertirse en un cenagal en el que Maitland resbalaba como un espantapájaros vestido con una chaqueta de esmoquin embarrada.

Las últimas luces del día caían alrededor sobre la hierba, y los tallos se erguían aún más en el aire. Maitland sintió que ese crecimiento exuberante tenía el propósito deliberado de sofocarlo. Incrustó los neumáticos en la pendiente del terraplén, excavando trabajosamente la tierra con la muleta. Lavado por la lluvia, el suelo se desmoronaba alrededor de él en blandos aludes. Los guardabarros se hundían bajo el agua. Cuando empezaron a oírse los primeros ruidos del tránsito de la tarde, Maitland consiguió trepar hasta la mitad del terraplén, arrastrando detrás la pierna herida como un compañero moribundo en la pared de una montaña.

El tránsito retumbaba encima de él, a no más de seis metros; un bullicio incesante de bocinas y motores. De vez en cuando la alta mole del autocar de una línea aérea pasaba rápidamente, con los pasajeros visibles detrás de las ventanillas. Maitland los saludaba con un ademán, hincado en el lodo resbaladizo.

Estaba a tres metros de la cima del terraplén, demasiado agotado para seguir adelante, cuando vio que habían vuelto a colocar la empalizada de caballetes de madera y la habían reforzado. Encima, a unos pocos pasos, en la playa invertida por donde se podía salir de la isla, se veía la huella de una bota con punta de acero; la luz cada vez más tenue permitía distinguir las marcas de los clavos. Maitland contó otras cinco pisadas. ¿El personal de mantenimiento de la autopista habría reemplazado los caballetes rotos? Los obreros habían bajado por la pendiente, al parecer en busca de algún peatón o conductor herido, mientras él vagabundeaba por el extremo opuesto de la isla.

El sol se puso detrás de los edificios de White City. Maitland decidió desistir por el momento y se arrastró de vuelta al coche. Mientras trepaba al asiento de atrás, advirtió la aparición de los primeros signos de fiebre. Con los hombros encorvados bajo el esmoquin manchado de barro, echó mano a la botella de vino, esperando entrar en calor. El tránsito continuaba en el crepúsculo, y los faros delanteros destellaban bajo las señales luminosas. La sirena de un coche policial aulló entre la penumbra. Maitland esperó que se detuviera, y que los hombres descendieran por el terraplén con una camilla. El paso elevado de cemento y el cruce de autopistas en que se encontraba varado le parecían ahora enormes y amenazadores. Las señales rotaban

allá arriba, señalándole destinos disparatados, los nombres de Catherine, de la madre y el hijo de él.

Hacia las nueve, el brote de fiebre se le había pasado. Mientras el ruido del tránsito iba disminuyendo, Maitland se reanimó con unos tragos de vino. Se inclinó por encima del asiento de delante y observó atentamente el tablero de instrumentos salpicado por la lluvia, concentrando todo lo que le quedaba de energía y de inteligencia. De alguna manera, todavía podía ingeniárselas para escapar de la isla. Hacia el oeste, a menos de un kilómetro, brillaban las luces de los apartamentos donde centenares de familias estaban terminando de cenar. Cualquiera de ellos vería claramente una hoguera o una llamarada.

Maitland observó el arco fulgurante que describió una colilla arrojada al terraplén desde un coche que pasaba. En ese momento, se dio cuenta de que estaba literalmente sentado sobre un material de señales suficiente para iluminar la isla entera.

7. El coche incendiado

Maitland dominó su excitación y miró la tapa curva del depósito de combustible. Empujó a un lado el maletín y la caja de herramientas y se puso a golpear el centro del depósito con las mandíbulas de la llave. Mientras la pintura saltaba, descascarándose y lastimándole las manos, el metal desnudo destellaba en la oscuridad. El acero, dentro de aquella armazón a prueba de choques, era demasiado resistente para que Maitland pudiera perforarlo. Dejó caer la llave en el terreno fangoso. Un coche se acercaba por el túnel del paso elevado y los faros delanteros describieron una curva en el aire, a unos seis metros por encima de la cabeza de Maitland. Maitland se agachó hasta meter la cabeza y los hombros debajo del parachoques trasero, buscando la espita en el fondo del tanque.

Se preguntó cómo se prendía fuego a un coche; una situación común en un millar de películas de cine y televisión. Sentado contra la carrocería, en la penumbra, procuró recordar en detalle algún episodio. Si abría la espita, la gasolina se volcaría a chorros en el suelo empapado por la lluvia y en pocos minutos se habría evaporado y diluido. Además, Maitland no tenía cerillas. Necesitaba algún tipo de chispa. Miró por encima del hombro la oscura forma del coche, recordando las distintas partes del sistema eléctrico: la bobina de alto voltaje, la batería nueva, el distribuidor, el interruptor de contacto... Aunque el circuito de los faros y las luces traseras no funcionara, el coche vivía con puntos eléctricos.

¡El encendedor de cigarrillos! Maitland se puso torpemente de pie y se arrastró hasta el asiento de delante. Encendió el contacto y probó las luces del tablero, viendo cómo brillaban en la oscuridad. Apretó el encendedor; diez segundos más tarde, le rebotaba contra la palma. El resplandor rojo le calentó las manos lastimadas como un fragmento de sol. Mientras el fuego se desvanecía, Maitland se recostó en el asiento y durmió unos pocos segundos.

—Catherine... Catherine...

Al llamarla en alta voz se obligaba deliberadamente a mantenerse despierto, apoyándose en cualquier sentimiento —hostilidad, culpa o afecto— que el nombre pudiera despertar en él. Con la llave inglesa en la mano, bajó del coche. Apartó el capó con que había recogido el agua, y examinó el motor.

—La bomba de gasolina... bien.

Golpeó con la llave inglesa el cono de vidrio de la bomba. Al quinto golpe, cuando Maitland ya estaba a punto de darse por vencido, el cristal se rompió. Maitland quitó los pedazos, mientras el combustible se derramaba sobre el motor y goteaba en el suelo. Mareado por el olor de la gasolina cruda, se apoyó en el motor,

balanceando la cabeza agotado y con alivio. Trató de calmarse. En pocos minutos estaría a salvo, probablemente camino del hospital...

Volvió a trepar al asiento del conductor y encendió el contacto. Las luces del panel de instrumentos, un débil resplandor en la cabina, se reflejaron en las solapas del esmoquin. Maitland sacó de la guantera el mapa caminero de Londres y lo plegó hasta convertirlo en una mecha de más de medio metro de largo. Satisfecho, hizo girar la llave de encendido y apretó el botón de arranque. Mientras el servomecanismo chirriaba girando en el motor, el coche se sacudió de un lado a otro. Alimentado por la reserva del carburador, el motor tosió como si quisiera volver a la vida. Mientras soltaba el arranque, Maitland ya podía oler el combustible que la bomba iba extrayendo y que desbordaba en el cono de vidrio roto. Oyó como se derramaba en el suelo, debajo del coche. Sostuvo el arranque durante treinta segundos, hasta que la cabina se llenó de gases.

—Cuidado ahora... hay demasiados dispositivos eléctricos... puedes morir carbonizado...

Encendió el contacto y presionó el encendedor, al tiempo que sacaba las piernas fuera del coche. Cuando el encendedor saltó, Maitland lo retiró del tablero, empezó a salirse del asiento y encendió la mecha de papel. Tiró el encendedor y se incorporó, la muleta en la mano izquierda, la mecha encendida por encima de la cabeza.

Cuando estuvo a un par de metros del coche, se tendió sobre la hierba húmeda. El combustible goteaba desde el motor mojado y se extendía en un charco entre las ruedas. Mientras se protegía la cara con un brazo, Maitland arrojó el mapa llameante debajo del coche.

Un violento globo de fuego estalló en la oscuridad, iluminando brevemente el arco de coches en el cementerio de chatarra. El motor ardió chisporroteando; el combustible en llamas le corrió por los costados fulgurantes. Maitland alcanzaba a ver a la luz de las llamas el alto muro de hierbas que rodeaba el cementerio, las hojas que se inclinaban hacia adelante como espectadores ansiosos. El humo denso y oscuro de la gasolina encendida se elevaba en volutas desde el motor del Jaguar. Los primeros coches ya aminoraban la marcha a la salida del túnel. Dos conductores pasaron juntos por la autopista, observando las llamas. Maitland se enderezó, apoyándose en la muleta, y cojeó hacia ellos. Se cayó dos veces, pero volvió a ponerse de pie.

—¡Deténganse...! ¡Un minuto...! ¡Esperen...!

Un avión cruzó el cielo y las luces de navegación palpitaron entre nubes de lluvia. El piloto estaba descendiendo para aterrizar en el aeropuerto de Londres, y el estrépito de las cuatro enormes turbohélices ahogó el débil sonido de la voz de Maitland. Mientras saltaba de un lado a otro como un espantapájaros animado, vio cómo los coches se alejaban. Las llamas se empequeñecían a medida que se acababa

el combustible. Lejos de convertirse en la conflagración sostenida que él había esperado, el motor incendiado parecía ya un fuego de cocina, un brasero doméstico. Desde el pie del terraplén sólo se veía un resplandor brillante, que alumbraba las carrocerías de los otros coches volcados.

Ronco y agotado, Maitland llegó cojeando de prisa al terraplén, y llevado por su propio impulso, consiguió trepar unos pasos. Tambaleándose, volvió a descender en el momento en que un enorme sedán norteamericano aminoraba la marcha hasta casi detenerse, directamente encima de él. El conductor, un joven de pelo rubio y largo hasta los hombros, estaba comiendo un bocadillo y miró a Maitland. Incapaz de seguir gritando, Maitland le hizo un ademán de súplica, el joven movió la mano como devolviéndole el saludo, y tiró el bocadillo y apretó el acelerador, perdiéndose en la oscuridad.

Descorazonado, Maitland se recostó contra el terraplén. Evidentemente, el joven conductor había supuesto que el coche en llamas era parte de alguna fiesta de vagabundos, o un fuego encendido para la comida de la noche. Ni siquiera desde el terraplén podía verse con claridad que se trataba de un coche incendiado.

Eran ya las diez de la noche y las luces de los apartamentos lejanos empezaban a apagarse. Demasiado cansado para moverse, mientras intentaba decidir dónde podría pasar la noche, Maitland inclinó a un costado la cabeza. A unos tres metros estaba el triángulo blanco del bocadillo. Maitland le clavó los ojos, olvidándose del dolor en la pierna herida.

De repente se arrastró hasta el bocadillo. Hacía treinta y seis horas que no comía, y la cabeza le daba vueltas. Miró las dos rebanadas de pan, que la impronta semicircular de los dientes del muchacho mantenía unidas sobre el relleno de pollo con ensalada.

Maitland se apoderó del bocadillo y lo devoró. Entusiasmado con el sabor de la grasa animal, y con la textura húmeda del pan cubierto de mantequilla, no se molestó en quitarle los granos de tierra. Cuando terminó de comérselo, se lamió las últimas gotas de mayonesa de los dedos ennegrecidos, y tanteó la pendiente buscando algún trocito de pollo que pudiera haber caído al suelo.

Luego recogió la muleta y regresó al Jaguar. Las llamas ya se habían apagado; un último resto de humo se elevaba desde el motor en la oscuridad del aire. Lloviznaba en ese momento y las gotas siseaban al golpear la cabeza del cilindro.

La parte delantera del Jaguar había quedado destruida. Maitland subió al asiento de atrás. Bebió ávidamente de la botella de Borgoña y se quedó mirando el tablero de instrumentos chamuscado y los asientos de adelante, carbonizados hasta los muelles.

Pese a no haber conseguido incendiar el coche, Maitland sentía una serena satisfacción por haber encontrado el bocadillo desdeñado, como si hubiera obtenido así una nueva aunque pequeña victoria desde que estaba en la isla. Tarde o temprano,

se enfrentaría con la isla en igualdad de condiciones.
Durmió sin sobresaltos hasta el alba.

8. Los mensajes

La luz de la mañana atravesaba el tablero de instrumentos del coche, colándose entre las bobinas de alambre ennegrecido. Alrededor de las ventanillas tiznadas por el humo, las hierbas altas se mecían en el aire cálido. En esos primeros minutos después de despertar, Maitland se quedó recostado contra el asiento trasero, mirando a través de los cristales sucios hacia el terraplén de la autopista. Se frotó las costras de barro, pegadas a las solapas del esmoquin. Eran las ocho y diez. Le sorprendió el silencio completo del paisaje, la ausencia inquietante de ese rugido implacable de los vehículos que lo había despertado la mañana anterior. Era como si algún técnico perezoso, el responsable de mantener la ilusión de que estaba abandonado en esa isla, se hubiera olvidado de conectar el sonido.

Maitland movió el cuerpo entumecido. La pierna hinchada yacía junto a él como si perteneciera a un compañero parcialmente invisible. Por contraste, el resto del cuerpo se le había encogido durante la noche. Los huesos de los hombros y el torso sobresalían bajo la piel magullada, como si trataran de librarse del envoltorio de músculos. Maitland se pasó las uñas destrozadas por la barba que empezaba a cubrirle la cara. Ya estaba pensando en el bocadillo de pollo que había comido antes de dormir. Tenía aún en los dientes el sabor graso y untuoso de la carne y la mahonesa.

Maitland se inclinó por encima del asiento delantero y miró los resortes que se asomaban a través del cuero carbonizado. Aunque físicamente mucho más débil, sentía la cabeza despejada. Sabía que aparte de lo que decidiera para escapar de la isla, tenía que evitar agotarse. Recordó la hostilidad que había sentido hacia su propio cuerpo, y la premeditación con que había abusado de sí mismo para mantenerse en pie. De ahora en adelante trataría de relajarse, de tener mayor confianza en sus propios recursos. Quizá le llevara varias horas elaborar un plan de fuga; tal vez incluso un día.

Las necesidades básicas de Maitland —algunas de las cuales podía atender— eran agua, comida, abrigo, y cualquier cosa que sirviera para llamar la atención. Nunca podría escapar de la isla sin ayuda; los terraplenes eran demasiados empinados, y aun cuando alcanzase de algún modo la cima, en el momento de encaramarse a la balaustrada estaría poco menos que inconsciente. Y si atravesaba el camino en esas condiciones, no era difícil que lo matara un camión.

Maitland empujó la puerta y recogió la muleta. Este pequeño esfuerzo bastó para marearlo. Se echó en el asiento mientras las hojas de hierba aplastadas se enderezaban como resortes, tocándole las piernas dentro del Jaguar. La elástica

resistencia de esas hierbas silvestres eran un modelo de comportamiento y supervivencia.

Maitland vomitó contra la puerta, observando las burbujas de mucosidad plateada que caían sobre la alfombra. Se incorporó trabajosamente con ayuda de la muleta y se apoyó en el coche, sin saber si podría estar mucho tiempo de pie. El esmoquin embadurnado de lodo, que ahora le caía demasiado holgado sobre los hombros consumidos, se sacudía en torno de él bajo la brisa.

Maitland avanzó cojeando e inspeccionó los daños del Jaguar. Alrededor había unos círculos de hierba que se habían quemado y dejaban al descubierto la tierra calcinada. El fuego había destruido los cables de la batería y del motor, atravesando el tablero de instrumentos hasta el asiento de delante.

—Maldito silencio... —murmuró Maitland entre dientes. No había coches ni autocares en las autopistas. Los balcones de los bloques de apartamentos estaban desiertos a la luz del sol.

¿Dónde diablos se habían ido todos? Dios... alguna especie de psicosis. Nerviosamente, Maitland giró sobre la muleta. Se alejó cojeando por la tierra calcinada, como esperando encontrar algún habitante de ese paisaje abandonado. ¿Habría estallado una guerra mundial durante la noche? Quizá habían descubierto el origen de alguna enfermedad en algún sitio del centro de Londres. De noche, mientras él dormía en el coche incendiado, un inmenso éxodo silencioso lo había dejado solo en *la ciudad desierta*.

A trescientos metros hacia el oeste del vértice de la isla, más allá del empalme de la autopista y el camino de acceso, apareció una figura solitaria. Un anciano se acercaba a la isla por el carril del este, montado en una motocicleta pequeña. El refugio central lo ocultaba en parte, pero a la luz brillante del sol Maitland alcanzaba a verle claramente el pelo blanco y largo, que el viento le echaba hacia atrás sobre los hombros.

Mientras observaba al viejo que venía en la máquina silenciosa, Maitland tuvo de pronto un ataque de pánico que le borró toda sensación de hambre y agotamiento. Alguna lógica de pesadilla lo convenció de que ese viejo venía a buscarlo, tal vez no inmediatamente, sino por algún tortuoso recorrido, a través del laberinto de autopistas, y de que por último llegaría para convocar a Maitland al lugar donde se había producido el accidente. Además, Maitland estaba convencido de que la máquina no era en realidad una motocicleta pequeña, sino algún horrendo instrumento de tortura que el viejo llevaba consigo en un viaje interminable alrededor del mundo, y contra cuyas ruedas con cadenas el cuerpo ya maltrecho de Maitland sería sometido a los suplicios de una ordalía despiadada.

Maitland se sacudió tratando de reanimarse, y se paseó sin rumbo por el cementerio de chatarra, vacilando y tambaleándose en el círculo del fuego extinguido.

La cabeza blanca del hombre era todavía visible en la carretera del este, los ojos fijos en la curva desierta que se abría ante él. La luz del sol le iluminaba la ropa miserable y la máquina arcaica.

Maitland se acuclilló entre la hierba, agradeciendo que la espesura lo ocultara a los ojos del hombre cada vez más próximo. Miró el reloj y observó la fecha mientras un transporte de coches vacío emergía del túnel del paso elevado, entre los rugidos del motor diesel.

Veinticuatro de abril...

¡Sábado! Ya había comenzado el fin de semana. Se había estrellado el jueves por la tarde, y había pasado dos noches en la isla. Era sábado de mañana, y eso explicaba el silencio y la ausencia de tránsito.

Aliviado, Maitland regresó trabajosamente al Jaguar. Bebió un poco de agua para calmarse. El viejo y la motocicleta habían desaparecido, perdiéndose en alguna parte más allá del paso elevado. Maitland se masajeó los brazos y el pecho. ¿Se habría imaginado esa figura solitaria, quizá el espectro conjurado de alguna culpa infantil?

Miró alrededor escudriñando con cuidado los terraplenes, por si alguien había tirado un resto de comida durante la noche. Periódicos arrugados, etiquetas brillantes de envoltorios de confitería... De alguna manera tenía que encontrar algo para comer. Las cuatro botellas de Borgoña le permitirían mantenerse en pie en caso de emergencia, y en alguna parte de la isla tenía que haber bayas comestibles, tal vez un huerto olvidado con un plantel de patatas silvestres.

Miró el bloque de cemento que sostenía las señales del camino tributario. El cemento bañado por la lluvia brillaba a la luz del sol como una cartelera vacía. Un mensaje escrito con letras de un metro de altura sería legible para cualquier conductor...

Maitland echó a andar alrededor del coche. Necesitaba algún tipo de material para escribir, o al menos una herramienta lo bastante afilada, capaz de raspar el cemento; y después metería barro en las raspaduras para hacerlas visibles.

El compartimiento del motor hedía a goma y aceite quemados. Maitland miró los cables ennegrecidos que colgaban del distribuidor. Arrancó uno a uno los cables de las bujías y se llenó los bolsillos con trozos de goma quemada.

Media hora más tarde había atravesado la isla y estaba sentado junto al declive de cemento, con las piernas extendidas hacia adelante, como postes envueltos en harapos. El esfuerzo por abrirse paso a través de las malezas había agotado pronto a Maitland. En algunos lugares del valle central, la vegetación le llegaba al hombro. Maitland había caído varias veces sobre las paredes de piedra y las hileras de ladrillos ocultos bajo la hierba, pero se levantaba y se obstinaba en seguir adelante. Ahora no hacía caso de las ortigas que le irritaban las piernas a través de los pantalones desgarrados; aceptaba esa quemante picazón así como había aceptado su propia

fatiga. Descubría entretanto que podía concentrarse en cualquier tarea; la dolorosa decisión de atravesar un grupo de ortigas, un paso dificultoso sobre una piedra inestable. De algún modo, ese acto de concentración le mostraba que era capaz de dominar la isla.

De los bolsillos del esmoquin sacó los cables eléctricos quemados. Como si se tratara de un juego infantil, Maitland dispuso los trozos de goma quemada en dos hileras delante de él.

Estaba demasiado cansado para mantenerse en pie, pero el brazo alcanzaba más de un metro del suelo. Con cuidado, en temblorosas letras de medio metro de altura, fue escribiendo el mensaje.

SOCORRO CONDUCTOR HERIDO

LLAMEN POLICÍA

Apoyándose contra el cemento frío, Maitland observó las letras. Como un artista callejero, medio muerto, pero vestido con las ropas desechadas de un rico, se acomodó el esmoquin húmedo sobre los hombros flacos. Pero pronto volvió los ojos ávidos hacia los paquetes de cigarrillos, los periódicos arrugados, y los desechos abandonados al pie del terraplén.

A tres metros de Maitland había un bulto de periódicos grasientos que alguien habría arrojado durante la noche desde el camino lateral. Por entre las páginas arrugadas se escurría un poco de aceite de cocina. Maitland trato de rehacerse y se arrastró hasta el periódico. Con la punta de la muleta, acercó el montón de papel. Mareado por el olor de pescado frito que emanaba todavía de las ilustraciones pegajosas, desgarró con torpeza el periódico. El conductor, probablemente, habría comprado la comida en uno de los bares nocturnos que se agrupaban en un pequeño campamento junto a la entrada sur del cruce elevado del oeste.

No quedaba nada de pescado, pero —tal como se lo había imaginado Maitland por la forma del paquete— aún había unas veinte patatas fritas.

Mientras Maitland devoraba esos palillos grasientos, tomándolos con dedos ennegrecidos, la primera lluvia del día empezó a azotar el polvo alrededor. Con una risita silenciosa, Maitland apretó el papel y se lo metió en el bolsillo del esmoquin. Se puso de pie y se alejó entre la hierba. Los caminos que rodeaban la isla estaban otra vez desiertos. Arrastradas por un vivo viento del noroeste, una flota de nubes oscuras desfilaba sobre él. Sólo en ese paisaje de cemento, Maitland siguió andando, torpe como un niño, hacia el refugio del coche. Se volvió rápidamente a mirar las letras que había escrito sobre el terraplén; pero eran apenas visibles por encima del pasto.

La lluvia lo alcanzó antes de que hubiera llegado al valle central, y lo obligó a detenerse y aferrarse a la muleta. Se miró las manos, que se movían como un

semáforo insensato mientras la lluvia le corría sobre ellas. Sabía que no sólo estaba agotado, sino que además actuaba de una manera un tanto excéntrica, como si hubiera olvidado quién era él. Parecía como si algunas partes de la mente se le estuvieran desprendiendo del centro de la conciencia.

Se detuvo, buscando algún abrigo. La hierba se sacudía y se arremolinaba, como si algunas zonas de ese páramo estuvieran hablando entre ellas. Maitland dejó que la lluvia le azotase la cara, volviendo la cabeza para recibir las gotas en la boca. Cercado por ráfagas de lluvia, estuvo tentado de quedarse allí para siempre, y sólo de mala gana se obligó a seguir adelante.

Extraviado, Maitland fue a dar al interior de un recinto del tamaño de una habitación, circundado por las ortigas que crecían en las paredes en ruinas. De pie en ese jardín pedregoso, como en el centro muerto de un laberinto, procuró orientarse. Las pesadas nubes de lluvia colgaban en densos cortinados entre él y la autopista. Las costras de barro que tenía en el esmoquin se disolvieron y le bajaron en corrientes por los pantalones harapientos, dejando al descubierto el muslo derecho ensangrentado. Confundido un momento, Maitland se estrujó las muñecas y los codos, intentando identificarse.

—¡Maitland...! —gritó en voz alta—. ¡Robert Maitland...!

Se apoyó en la muleta de metal, y salió cojeando del jardín. A unos seis metros a la izquierda, más allá del túmulo de planchas de hierro galvanizado, vio la ruinosa entrada de un sótano. Vomitó bajo la lluvia implacable, se apartó la flema de la boca y cojeó por el suelo de piedra. Algunos escalones gastados descendían hasta el portal, donde una entrada angosta conducía a un dintel torcido al aire libre.

Maitland arrastró las chapas de hierro galvanizado hacia los escalones. Las dispuso con cuidado entre el dintel y el escalón más alto hasta construir un techo burdo en declive que desviaba la lluvia. Arrojó la muleta escalones abajo y se acomodó bajo el techo de este nuevo refugio.

Sentado en los escalones mientras la lluvia tamborileaba sobre el techo de metal, Maitland se quitó el esmoquin y lo exprimió con las manos magulladas. El agua fangosa se le escurría por entre los dedos, como si estuviera lavando el equipo de fútbol de un niño. Extendió la chaqueta sobre los escalones y se masajéó los hombros, intentando calentarse con la presión de las manos. Podía sentir cómo le volvía la fiebre, alimentada por la herida inflamada de la cadera. Sin embargo, el pequeño éxito de haber construido al menos ese precario refugio, lo había reanimado, dando nuevo impulso al empeño de sobrevivir. Sabía bien que esta voluntad de sobrevivir, de dominar la isla y aprovechar sus escasos recursos, era ahora un objetivo más importante que el de escapar.

Maitland escuchó cómo la lluvia golpeaba sobre el hierro galvanizado. Recordó la casa que los padres de él habían alquilado en La Camargue, el último verano que

habían estado juntos. Las lluvias del delta habían arreciado sobre el techo del garaje, bajo las ventanas del dormitorio donde él había pasado casi todas las vacaciones, recluido y feliz. No era coincidencia que cuando viajara por primera vez con Helen Fairfax al sur de Francia, hubieran ido directamente a La Grande Motte, el balneario futurista próximo a la costa. Helen había aborrecido en silencio la arquitectura rígida y despojada, de estilizadas superficies de cemento, impaciente ante el humor alborozado de Maitland. En aquel momento, él se había descubierto deseando que Catherine estuviera con él; a Catherine le habrían gustado esos hoteles y esas casas de apartamentos que parecían zigurats, y los amplios parques vacíos diseñados muchos años antes de que algún turista estacionara allí el coche, como una ciudad abandonada antes de haber existido.

A través de la puerta abierta, Maitland observó los charcos de agua que cubrían el sótano invadido por las malezas, en el que se había desmoronado la planta baja. Antes había habido allí una pequeña imprenta, y en el suelo se veían unas pocas planchas de cobre. Maitland levantó una de las planchas y examinó las borrosas figuras de un hombre de traje oscuro y una mujer canosa. Mientras escuchaba la lluvia, recordó el divorcio de sus padres; las incertidumbres de aquella época, cuando él tenía ocho años, parecían reproducidas en la imagen en negativo de la plancha, en los tonos invertidos de ese hombre y esa mujer desconocidos.

Una hora más tarde, cuando la lluvia amainó, Maitland volvió a salir del refugio. Firmemente apoyado en la muleta, volvió cojeando al terraplén del lado sur. La fiebre continuaba subiendo y miró con despreocupación los carriles desiertos de la autopista.

Cuando llegó al terraplén y buscó el mensaje que había trazado en el costado blanco del bloque de cemento, descubrió que todas las letras estaban borradas.

9. La fiebre

Las últimas gotas de lluvia cayeron sobre la cara de Maitland. Miró fijamente los restos del mensaje que había escrito sobre el cemento húmedo. Las letras habían quedado reducidas a manchas negras, y la goma chamuscada resbalaba hasta el suelo.

Mientras trataba de concentrarse, Maitland buscó en el suelo dos pedazos de goma. ¿Alguien habría borrado las letras? Inseguro, dudando de que fuese capaz de razonar con lucidez, Maitland se apoyó torpemente en la muleta de metal. La fiebre le subía desde el pecho y los pulmones. Advirtió que las manchas redondeadas eran una réplica exacta de las huellas que deja un limpiaparabrisas. Exasperado, miró alrededor, la isla y los terraplenes de las autopistas desiertas. ¿Estaría aún atrapado dentro del coche? La isla entera, ¿no sería una extensión del Jaguar? Quizá su propio delirio había transformado en terraplenes las ventanas y el parabrisas. Quizá los limpiaparabrisas se habían averiado y continuaban moviéndose de un lado a otro mientras él yacía con el pecho aplastado sobre el volante, dibujando algún mensaje incoherente en el cristal empañado...

La luz del sol irrumpió entre los cúmulos blancos del este de la isla, iluminando el terraplén como un reflector que enfoca un escenario. Un camión avanzó trabajosamente a lo largo del camino de acceso, y la caja rectangular de un acoplado asomó por encima de la balaustrada.

Maitland dio la espalda al vehículo. De pronto, el mensaje y las letras borradas ya no le interesaban. Avanzó bruscamente entre las hierbas que le llegaban a la cintura, empapándose los pantalones y el esmoquin desgarrados. A la luz brillante del sol, una vibración áspera relucía sobre la isla y las autopistas de cemento y le atravesaba el cuerpo lastimado. La hierba destellaba con un resplandor eléctrico, ciñéndole los muslos y las pantorrillas. Las hojas húmedas se le adherían a la piel, como si se resistieran a soltarlo. Maitland pasó la pierna herida por encima de unos ladrillos caídos. De alguna manera tenía que darse ánimo mientras aún tuviera fuerzas para moverse.

No tenía sentido volver al coche, se dijo.

La hierba bulló alrededor bajo la brisa, mostrándose de acuerdo.

—Ahora, explora la isla... luego beberás el vino.

La hierba susurraba excitada, abriéndose en círculos de ondas, invitándolo a penetrar en sus espirales.

Fascinado, Maitland cojeó detrás de los remolinos leyendo en el dibujo de las hierbas el mensaje tranquilizador de esa inmensa criatura verde, que sólo quería guiarlo y protegerlo. Las espirales curvas zigzagueaban en el aire inflamado, como

signo visible de la epilepsia. Quizá su propio cerebro... la fiebre, una lesión cortical...

—¿Y si buscara una escalera...?

La hierba le azotó los pies, como si le enfureciera que Maitland se obstinara en librarse del abrazo verde. Riéndose de la hierba, Maitland la tranquilizó palmeándola con la mano libre mientras avanzaba cojeando y tocaba los móviles tallos que le acariciaban la cintura.

Casi llevado por la hierba, Maitland se encaramó al techo de un refugio antiaéreo abandonado. Mientras descansaba allí, inspeccionó la isla con más atención. Comparándola con el sistema de autopistas, comprobó que era mucho más vieja que el terreno circundante, como si ese parche triangular de tierra baldía hubiera sobrevivido mediante una astucia especial y una determinada persistencia, y sobreviviría aún, desconocida e ignorada, mucho después de que las autopistas se deshiciesen en polvo.

En la isla había partes muy anteriores a la segunda guerra mundial. El extremo del este, por debajo del paso elevado, era el sector más antiguo, con el cementerio y los cimientos de casas eduardianas. El parque de chatarra y los coches abandonados habían sido puestos luego sobre las calles y paseos todavía visibles.

En el centro de la isla estaban los refugios antiaéreos entre los que ahora se encontraba Maitland. A ellos se sumaba un añadido posterior, los restos de un puesto de la Defensa Civil que tendría poco más de quince años. Maitland bajó del refugio. Apoyándose en las hojas de hierba que se le arremolinaban alrededor como un rebaño de criados serviles, fue hacia el oeste por el centro de la isla. Atravesó una sucesión de paredes bajas, sepultadas en parte bajo pilas de neumáticos descartados y cables carcomidos.

Junto a las ruinas de lo que había sido una taquilla, Maitland identificó los cimientos de un cine de posguerra, una sala estrecha y miserable, de una sola planta, construida con bloques de cemento y chapas de hierro galvanizado. A unos tres metros de distancia, escondida parcialmente por las matas de ortigas, una escalera descendía a un sótano.

Mientras miraba la taquilla cerrada, Maitland pensó oscuramente en las veces en que había ido de niño al cine del barrio, los interminables programas de películas de terror y de vampiros. Cada vez más, la isla estaba transformándose en un modelo exacto de la cabeza de Maitland. Cuando se desplazaba a través de ese terreno olvidado, no sólo hacía un viaje por el pasado de la isla, sino también por el suyo propio. La irritación infantil con que había clamado por Catherine le recordó que cuando era niño se había desgañitado una vez llamando a su madre, que en ese momento estaba ocupada con la hermana menor de Maitland en la habitación contigua. Por alguna razón que él nunca había aceptado, en vez de ir a tranquilizarlo

la madre lo había dejado salir solo de la bañera vacía, ronco de furia y asombro.

Demasiado exhausto para seguir adelante, Maitland se sentó sobre un muro de piedra. Alrededor, las ortigas se elevaban a la luz del sol, con las hojas dentadas y serradas como torres de catedrales góticas, o como rocas porosas de un bosque mineral en algún planeta exótico. Un súbito espasmo de hambre le contrajo el vientre y lo obligó a vomitar sobre sus propias rodillas. Se limpió la flema, y cojeando por encima de las hileras de ladrillos, regresó hacia el terraplén del sur.

Inconsciente a ratos, fue de aquí para allá, mirando sin ver la punta de la muleta.

Mientras marchaba con paso vacilante, Maitland descubrió que iba desinteresándose de su propio cuerpo y del dolor que le laceraba la pierna. Empezó a olvidar diversas partes del cuerpo: primero la cadera herida, luego las dos piernas y el pecho y el diafragma magullados. Sostenido por el frío del aire, se movía entre la hierba escudriñando serenamente los accidentes de la isla que tanto había llegado a conocer en los días últimos. Identificándose con la isla, contemplaba los coches en el cementerio de chatarra, el cerco de malla de alambre, el bloque de cemento detrás de él. Estos escenarios de dolor y ordalía se le confundían ahora con partes de su propio cuerpo. Maitland abrió los brazos, tratando de completar el circuito de la isla, y poder dejar esas partes de sí mismo en el sitio correspondiente. Dejaría la pierna derecha en el lugar del choque, las manos magulladas incrustadas en la cerca de alambre. El pecho lo pondría en el lugar en que había estado sentado, contra la pared de cemento. En cada sitio, un pequeño ritual señalaría la transferencia de las obligaciones de Maitland a la isla.

Iba hablando en voz alta, como un sacerdote que oficia la eucaristía de su propio cuerpo.

—Yo soy la isla.

El aire derramaba luz.

10. El refugio antiaéreo

El tránsito retumbaba sobre la cabeza de Maitland. Una colilla arrojada en la hierba humeaba a un metro delante de él. Maitland observó cómo el humo se enredaba entre las brumas altas, que se inclinaban bajo el sol del atardecer, meciéndose como si lo animaran a que se levantase. Se sentó, procurando despejarse la cabeza. La fiebre le había empapado todo el cuerpo y la piel le ardía bajo la barba.

El tránsito se movía por todos los lados de la isla. Serenándose, Maitland miró los coches distantes. Se puso trabajosamente de pie, colgándose de la muleta como una res del gancho de un carnicero. Muy por encima de él, la superficie iluminada de la señal de tránsito brillaba como una espada ardiente contra el cielo oscuro.

En el bolsillo del esmoquin, Maitland encontró un último trozo de goma y garabateó sobre el cemento que empezaba a secarse:

CATHERINE SOCORRO DEMASIADO

RÁPIDO

Las letras subían y bajaban por la pendiente. Maitland se concentró en la ortografía, pero diez minutos más tarde, cuando regresó tras un intento infructuoso de llegar al Jaguar, ya no se veían, como si un examinador insatisfecho las hubiera borrado.

MADRE NO DUELE POLICÍA

Esperó entre las hierbas altas junto al terraplén, pero se le cerraron los ojos. Cuando los abrió, el mensaje había desaparecido.

Maitland desistió, incapaz de descifrar su propia escritura. La hierba oscilaba tranquilizándolo, llamando a ese espantapájaros estragado por la fiebre. Los tallos giraban alrededor abriéndose en una docena de sendas que lo conducirían a una arboleda paradisíaca. Maitland sabía sin embargo que no podría sobrevivir a esa noche a menos que volviera al abrigo del Jaguar. Fue hacia el cementerio de automóviles, pero a los pocos minutos se dejó llevar pasivamente por la hierba que tejía alrededor dibujos en espiral.

Sorprendiéndolo, la hierba lo guió pendiente arriba por el terreno más escarpado y dificultoso, sobre el techo del mayor de los refugios antiaéreos. Maitland avanzó con trabajo, escuchando la hierba que bullía alrededor. Un reborde de piedra señalaba la

pared oeste del refugio; Maitland se detuvo allí. El techo curvo descendía a los lados hasta desaparecer en los matorrales que brotaban del fondo de la fosa.

Ahora la hierba estaba callada, como esperando a que Maitland hiciera algún movimiento significativo. Mientras se preguntaba por qué se habría encaramado al refugio, Maitland avistó el taxi volcado en el cementerio. Con un último esfuerzo, se volvió para llegar al Jaguar. Antes de alcanzar a sujetarse, resbaló en el techo mojado por la lluvia. Cayó pesadamente y se deslizó por el declive curvo hasta las ortigas y las hierbas, zambulléndose en ellas como un buceador que desaparece en las honduras de una caverna submarina.

Sumergido en esta espesura verde, Maitland se quedó un rato tendido en una hamaca de ortigas aplastadas. La hierba densa y el follaje de un saúco enano dejaban pasar apenas unos pocos rayos del sol del atardecer; y Maitland casi podía pensar que descansaba en el fondo de un mar calmo y pacífico, de una quietud pelágica. Ese silencio, y el olor orgánico y estimulante de la putrefacción vegetal le aliviaron la fiebre.

Una criatura pequeña y de patas puntiagudas le corrió por la pierna izquierda, clavando las garras en la tela gastada de los pantalones. Rápida y escurridiza, le subió por el muslo hasta la entrepierna. Maitland la miró a la luz débil y reconoció el largo hocico y los ojos nerviosos de una rata parda atraída por el olor de la sangre en la cadera lastimada. El animal tenía una herida abierta que le desfiguraba la cabeza, dejando el cráneo al descubierto, como si acabara de evadirse de una trampa.

—¡Fuera...! ¡Aaaj...!

Maitland saltó hacia adelante, aferrando la muleta de metal que colgaba encima de él, entre las ramas del saúco. Golpeó furiosamente el follaje, azotando las paredes de la celda verde.

La rata se había ido. Maitland metió la pierna izquierda entre las ramas hasta apoyarla en el suelo y salió a la moribunda luz del atardecer. Estaba de pie en un corredor hundido al pie de la pared oeste del refugio. Allí habían recortado la vegetación, que descendía en una pendiente escarpada hasta la puerta del refugio.

—¡Herramientas...!

Maitland, excitado, enderezó torpemente la muleta y se arrastró por el corredor, olvidado de la fiebre y de la pierna herida. Cuando llegó a la puerta, se enjugó el sudor que le empapaba la cara. La puerta estaba cerrada con un candado cromado y una cadena. Maitland golpeó la cadena con la muleta hasta que la arrancó de las monturas.

Abrió la puerta de un puntapié y entró cojeando en el refugio. Lo saludó un olor dulzón, pero no desagradable, como si estuviera metiéndose en el cubil de alguna bestia grande y mansa. A la luz crepuscular descubrió que el refugio era el tugurio abandonado de un vagabundo. Una hilera de cobertores descoloridos pendía del techo

y cubría el suelo y las paredes. No había otra cama que una pila de mantas, y los únicos muebles eran una mesa y una silla de madera. Del respaldo de la silla colgaba un raído traje de malla, la desteñida vestimenta de algún acróbata de circo de antes de la guerra.

Maitland se recostó contra la pared curva y decidió que pasaría la noche en esa cueva abandonada. Sobre la mesa de madera había varios objetos metálicos, dispuestos en círculo como ornamentos de un altar. Todos habían sido arrancados de algún automóvil: un espejo lateral, tiras de marcos cromados, trozos de faros delanteros.

—¿Jaguar...?

Maitland reconoció el emblema, similar al de su propio coche.

Mientras lo levantaba para examinarlo, no advirtió que una figura ancha y maciza estaba observándolo desde el vano de la puerta, con la cabeza baja como la de un toro entre unos hombros que se balanceaban.

Antes de que Maitland llegara a levantar el emblema para observarlo a la luz, un puñetazo se lo había arrancado de las manos. En seguida le arrebataron la muleta, que voló fuera del refugio. Unas manos poderosas le sujetaron los brazos y lo alzaron en vilo, arrojándolo de espaldas por la puerta. En los segundos posteriores a la caída, Maitland sólo vio la figura jadeante y toruna que lo arrastraba cuesta arriba hacia los últimos destellos del sol. Los faros del tránsito se movían a lo lejos con una calma casi onírica mientras el rostro del hombre le echaba en la cara bocanadas de aire caliente que olían a vino rancio. Golpeando a Maitland con los puños, el hombre lo hizo rodar de un lado a otro sobre la tierra húmeda, gruñendo entre dientes, como si intentara desentrañar algún secreto oculto en el cuerpo lastimado de Maitland.

Mientras perdía el conocimiento, Maitland alcanzó a vislumbrar una última vez el tránsito de la autopista. Por entre los brazos amenazantes del hombre, vio a una joven pelirroja, que vestía una chaquetilla militar con estampado de camuflaje y que corría hacia ellos enarbolando la muleta metálica.

11. El rescate

—Descanse. Trate de quedarse quieto. Hemos pedido ayuda.

La voz serena tranquilizó a Maitland. Las manos de la joven le refrescaron la cara con un trozo de algodón. Se quedó tendido mientras el agua caliente le ardía en la piel magullada sintiendo que la fiebre le quemaba los huesos.

Cuando la joven le levantó la cabeza, el agua se escurrió por la barba de Maitland. Maitland abrió la boca tumefacta, tratando de atrapar las gotas calientes.

—Le daré algo de beber... Estará sediento.

Mientras lo decía señaló con el codo el jarro de plástico que había sobre un cajón de embalaje, junto a la cama, pero no hizo nada por alcanzárselo. Movié las firmes manos alrededor del cuello de Maitland bajando hasta el pecho. Él ya no tenía puesto el esmoquin, y la empapada camisa de vestir estaba negra de aceite.

Una lámpara de petróleo que ardía en el suelo junto a la puerta encandiló a Maitland cuando intentó mirar la cara de la joven. Mientras se movía, inquieto, molesto por el dolor de la pierna, la joven le envolvió los hombros con una manta roja.

—Tranquilícese, señor Maitland. Ya hemos pedido socorro. Catherine... ¿es tal vez el nombre de su mujer?

Maitland asintió débilmente. Se sentía aturdido por el alivio de verse a salvo. Cuando ella lo sostuvo con el brazo izquierdo y le acercó el jarro a la boca, Maitland pudo olerle el cuerpo fuerte y cálido, una mezcla de aromas y olores que lo mareó.

Estaba acostado en un cuarto pequeño, de poco más de tres metros por tres, casi totalmente ocupado por la cama metálica de dos plazas. Un tubo de ventilación bloqueado se elevaba desde el centro del techo, pero el cuarto no tenía ventanas. Más allá de la puerta abierta, un tramo de escalones semicirculares conducía al piso de arriba. Un desteñido cartel cinematográfico colgaba de la pared a los pies de la cama, anunciando una comedia musical con Ginger Rogers y Fred Astaire. A ambos lados había imágenes más recientes, tomadas de revistas *underground*: un póster psicodélico estilo Beardsley, un primer plano granuloso del Che Guevara muerto, un manifiesto del Black Power y una fotografía de Charles Manson durante el juicio, con los ojos mirando con fijeza psicótica por debajo de la calva. Aparte del cajón a un lado de la cama, en la habitación no había otro mueble que una mesa pequeña atestada de botes de cosméticos y frascos de perfume, de lápices para los ojos y arrugados pañuelos de papel. Junto al muro había una elegante maleta de piel. De la tapa abierta colgaban perchas, con una falda y un suéter, y varias prendas interiores.

Maitland intentó rehacerse. La fiebre había empezado a bajarle. Recordó el brutal

ataque en el refugio antiaéreo, y cómo lo habían arrastrado afuera, al aire crepuscular, pero el dolor de esos golpes se había desvanecido ante las primeras palabras de la joven. En el contexto de sus padecimientos en la isla, hasta esa habitación lamentable —en algún barrio mísero, próximo a la autopista, imaginó Maitland— le parecía tan elegante y cómoda como una *suite* del Savoy con vista al Támesis. Cuando la muchacha se sentó sobre el lecho, Maitland le tomó la mano, intentando darle las gracias.

—¿Estamos...? —balbuceó con la boca magullada—. ¿Estamos cerca de la isla? —se dio cuenta de que quizás ella no lo entendería y agregó—: Tuve un accidente con el coche... el Jaguar... me salí de la carretera.

La joven masticaba pensativa un trozo de chicle mientras observaba a Maitland con ojos vivaces.

—Sí, ya lo sabemos. Tiene suerte de estar vivo —le tocó la frente—. ¿Estaba enfermo, antes del choque? Tiene bastante fiebre ¿sabe?

Maitland sacudió la cabeza, disfrutando de la fresca presión de la mano.

—No... empezó después. Ayer, creo. Tengo... la pierna rota.

—Sí, eso pensé. Bueno. Pobre hombre, le daré algo de comer.

Mientras Maitland esperaba, ella buscó en un bolso y sacó una barra de chocolate con leche. Le quitó el papel plateado, separó varias barras, y puso la primera entre los labios de Maitland.

Al tiempo que el chocolate tibio se le disolvía en la boca, Maitland pudo ver por vez primera el rostro de la muchacha. Ella se levantó, se miró en el espejo portátil que colgaba en la pared y se paseó de un lado a otro por la estrecha habitación enarbolando una barra de chocolate. Iluminado desde atrás por la lámpara de petróleo, el pelo rojo le brillaba como un sol desafortunado en la habitación sórdida, y unos rayos de luz le atravesaban los rizos caseros que se alzaban sobre la frente alta. Tendría unos veinte años, y era de rostro anguloso y despierto, de mandíbula enérgica. Parecía bonita, en un estilo casi deliberadamente desaliñado. Mientras alimentaba a Maitland con trozos de chocolate blando, en los que ella dejaba impresa la huella del pulgar, se mostraba a la vez brusca y deferente. Quizá le molestaba tener que cuidar allí de ese hombre adinerado, sabiendo que él no tardaría en irse a un ambiente mucho más cómodo. Y sin embargo, algo en el tono de ella, las confiadas modulaciones de la voz, hacía pensar a Maitland que la muchacha provenía de un medio muy distinto. Con los téjanos descoloridos y la chaqueta de fajina, entre los pósteres de Manson y del Black Power, parecía el arquetipo de la marginación; pero a la vez esa impresión quedaba desmentida por el montón de cosméticos que colgaban de la tapa de la maleta, el equipo de señuelos de una prostituta callejera.

Revivido por el agua y el chocolate, Maitland se frotó la boca con una mano. En cualquier momento llegarían los enfermeros y la ambulancia, y lo llevarían a un

hospital en Hammersmith.

—¿Llamaste a la ambulancia? Pronto llegarán. Quisiera agradecerte... eehh...

—Jane... Jane Sheppard. Lo que he hecho no es nada.

—Casi había olvidado lo que es comer. Hay otro número al que quisiera que llamas... la doctora Helen Fairfax. ¿Te molesta?

—No... pero ahora no estoy en el teléfono. Intente relajarse. Parece completamente agotado.

Se sentó en la cama y le exploró con dedos firmes la cadera derecha. Hizo una mueca cuando vio la herida inflamada a través del desgarrón de los pantalones de Maitland.

—Qué feo está esto. Trataré de limpiarlo. Las manos de ella le recorrieron las caderas y la ingle mientras procuraba aflojarle los pantalones. El chocolate que se le derretía en el estómago mareó a Maitland.

—No importa. Ya me la atenderán en el hospital.

Empezó a contar el accidente a la muchacha, como si necesitase grabar en la mente de algún otro esa aventura de pesadilla antes de que se desvaneciera.

—Estuve tres días atrapado allí... ahora parece difícil de creer. El coche se salió por el terraplén, y creo que al principio yo no estaba herido. Pero no podía salir. ¡Nadie se detenía! Es asombroso... a punto de morirme de hambre en esa isla de tránsito. Me hubiera muerto sin tu ayuda...

Maitland se interrumpió. Jane Sheppard estaba sentada dándole la espalda y apoyaba la cadera contra el codo derecho de él. Las manos expertas luchaban con los pantalones. Ya los había cortado hasta la pretina, pero la banda de goma era demasiado gruesa para el par de tijeras que ella tenía en la mano. Levantó la nalga derecha de Maitland y empezó a cortar el forro del bolsillo.

Maitland la miró mientras ella sacaba del bolsillo las llaves del Jaguar. La muchacha examinó con atención cada una de las tres llaves, y vio los ojos de él. Con una risita, dejó las llaves sobre el cajón de embalar.

—No estaba cómodo... —como para que la explicación fuera convincente, deslizó la mano sobre la nalga de Maitland y masajeó unos segundos la piel magullada—¿Conque nadie se detuvo? Me imagino que se sorprendió. Hoy no nos damos cuenta del egoísmo de los demás hasta que somos nosotros los necesitados.

Maitland volvió la cabeza y se encontró con la calma mirada de ella. Estuvo a punto de recoger las llaves, pero se contuvo. La sensación de alivio y euforia había empezado a desvanecerse, y Maitland miró alrededor estableciendo mentalmente la realidad del cuarto. Parte de él seguía aún fuera bajo la lluvia, escuchando el invisible, interminable retumbar de los coches. Por un instante le asustó la idea de que la habitación y la joven pudieran ser parte de algún último delirio.

—Eres muy amable al cuidarme. ¿Has llamado a la ambulancia?

—Ya he pedido auxilio, sí. Ha ido un amigo mío. Todo se arreglará.

—¿Dónde estamos exactamente... cerca de la isla?

—La «isla»... ¿es así como lo llama?

—La isla de tránsito. El terreno baldío que hay debajo de la autopista. ¿Estamos cerca?

—Estamos cerca de la autopista, sí. Completamente a salvo, señor Maitland.

Maitland escuchó el murmullo distante del tránsito. Advirtió que ya no tenía el reloj, pero pensó que era casi medianoche. Una dura experiencia le decía que los últimos coches estaban saliendo del centro de Londres hacia el oeste.

—Parece que se me cayó el reloj. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Encontramos algunos documentos en su cartera, cerca del coche. Y de todos modos, usted habla solo todo el tiempo —la joven se detuvo a observarlo con ojo crítico—. Por alguna razón se siente muy enojado consigo mismo, ¿no es así?

Maitland ignoró la pregunta.

—¿Has visto el coche... el Jaguar plateado?

—No... sí, quiero decir. Lo vi. Me confunde, hablando continuamente de la isla —con cierto resentimiento, como si recordase a Maitland la deuda que tenía con ella, agregó—. Yo lo traje aquí. Es tremendamente pesado, sabe, aun para un hombre corpulento.

—¿Dónde estamos?... El tránsito...

Alarmado, Maitland intentó sentarse. La muchacha estaba de pie a los pies de la cama, con el pelo rojo inflamado por la lámpara de petróleo. Miraba fijamente a Maitland como una bruja harapienta que por alguna confusión alquímica se hubiera procurado una víctima de tamaño excesivo y ahora no supiera cómo explotar las posibilidades del cadáver.

Inquieto ante la calma mirada de ella, Maitland echó un vistazo a la habitación. En un rincón, sosteniendo un recipiente metálico lleno de ropa interior húmeda, había tres latas circulares del tamaño de carretes cinematográficos.

Por detrás de la cabeza de la joven, como cuernos que se proyectasen desde la pared, se veían las paletas de algún artefacto de ventilación. Maitland levantó la vista hacia el conducto del techo y después miró el anuncio de Astaire y Rogers.

Jane Sheppard le habló en voz baja.

—Adelante, ¿qué pasa? Es evidente que quiere darse cuenta de algo.

—El cine... —Maitland señaló el techo—. Claro, es el sótano del cine en ruinas —débilmente, bajó la mano sobre la almohada que olía a rancio—. Dios mío, ¡todavía estoy en la isla...!

—¡Deje de hablar de la isla! Puede irse en el momento en que quiera, yo no lo retengo. Tal vez no le baste, pero he hecho lo que he podido. Si no hubiera sido por mí, ¡ya no estaría ahí quejándose!

Maitland se llevó una mano a la cara transpirada.

—Oh, por Dios... Mira... necesito un médico.

—Ya llamaremos a un médico. Ahora tiene que descansar. Se ha pasado días enteros sobreexcitándose, deliberadamente, creo yo.

—Jane, te daré algún dinero. Ayúdame a subir al camino y a detener un coche. ¿Cuánto dinero quieres?

Jane dejó de pasearse por la habitación. Echó a Maitland una mirada de astucia.

—¿Es que tiene dinero?

Él asintió, fatigado. Parecía que comunicar la más simple de las informaciones fuera poner a prueba a esa muchacha, inteligente pero taimada. Era obvio que sospechaba de todo.

—Sí... estoy en buena situación; soy socio principal en una firma de arquitectos. Se te pagará lo que pidas, sin hacer preguntas. Ahora dime, ¿has pedido ayuda?

Jane ignoró la pregunta.

—¿Tiene dinero aquí... unas cinco libras, digamos?

—En mi billetera... que está en el coche, en el portaequipajes. Tengo unas treinta libras. Te daré diez.

—En el portaequipajes... —Jane lo pensó y con un rápido movimiento de la mano, se apoderó de las llaves—. Será mejor que las busque.

Demasiado cansado para moverse, Maitland miraba el póster de Charles Manson. Sentía que perdía otra vez el deseo de sobrevivir. Necesitaba dormir en la cama tibia que olía a perfume barato, en esa habitación ciega, hundida en el suelo. Muy por encima, podía oír la hierba que susurraba en el viento nocturno.

Unas botas pesadas bajaron estrepitosamente las escaleras, pero apenas si lo despertaron. Jane se adelantó con aire agresivo. El visitante se quedó del otro lado de la puerta, iluminado por la lámpara de petróleo; una mano cubierta de cicatrices le protegía los ojos pequeños. Oyéndolo jadear, luego del esfuerzo de llevar el cuerpo macizo escaleras abajo, Maitland reconoció la respiración ronca y trabajosa del hombre que lo había atacado en el refugio.

El hombre tenía unos cincuenta años y era sin duda un deficiente mental, de frente angosta y ensombrecida por una vida entera de incertidumbre. La cara fruncida tenía la expresión de un niño intrigado, como si la inteligencia limitada con que había nacido no se hubiera desarrollado más allá de la adolescencia. Todas las tensiones de una vida difícil se habían combinado para producir ese débil mental ya maduro, golpeado por una raza de adultos indiferentes y hostiles, pero que todavía se aferraba a una fe inocente en un mundo simple.

Los rebordes de unas cicatrices plateadas le cruzaban las mejillas y las cejas, uniéndose casi sobre el puente deprimido de la nariz, un cartílago amorfo que necesitaba una constante atención. El hombre se frotó la nariz con una mano y

examinó la flema a la luz de la lámpara. Aunque torpe, el cuerpo conservaba aún cierta fuerza y un porte vagamente atlético. El hombre se mecía de un lado a otro sobre unos pies demasiado pequeños, con la gracia de un acróbata o de un boxeador en decadencia. Se tocaba continuamente la cara, como un boxeador que quisiera quitarse el dolor de un golpe contundente.

—Bueno, Proctor, ¿los encontraste? —le preguntó Jane.

El hombre sacudió la cabeza. Se apoyaba ya en un pie ya en otro, como un niño demasiado entretenido que se resiste a ir al retrete.

—Cerrado con llave —anunció con voz áspera—. Demasiado fuerte para Proctor.

—Me sorprende... pensé que podías romper cualquier cosa. Volveremos mañana, con luz natural.

—Sí, Proctor los encontrará mañana.

Por encima del hombro de Jane, el hombre observaba a Maitland, y ella dio un paso atrás.

—Proctor, está casi dormido. No lo despiertes o nos encontraremos con un cadáver en las manos.

—No, señorita Jane.

Proctor se adelantó con una exagerada cautela. Maitland volvió la cabeza y vio que el hombre se había puesto la chaqueta de esmoquin, demasiado pequeña para él.

También Jane había visto el esmoquin.

—¿Para qué demonios te has puesto eso? —le preguntó con tono cortante—. ¿Es que vas a una fiesta, o sólo te has vestido para cenar?

Proctor reaccionó con una risita y se echó a sí mismo una mirada, no del todo falta de dignidad.

—A una fiesta. Sí... ¡Proctor y la señorita Jane!

—Bendito sea Dios... Está bien, quítatelo.

Proctor la miró con incredulidad, y en el rostro deforme asomó una mueca de súplica y resentimiento. Se aferró a las puntas de las solapas como si temiera que se le volaran.

—¡Proctor! ¿Quieres que te vean? ¡Con semejante disfraz, te descubrirán a un kilómetro de distancia!

Proctor se demoraba en la puerta; aceptaba la lógica del razonamiento, pero se resistía a separarse del esmoquin.

—De noche sólo —contemporizó—. De noche nadie verá la chaqueta de Proctor.

—Está bien... sólo de noche. Pero no dejes que se te suba a la cabeza. —Jane señaló a Maitland, que yacía adormilado sobre la almohada húmeda.

—Voy a salir, de modo que te tocará vigilarlo. Pero déjalo en paz. No lo fastidies ni lo golpees. Y no quiero que estés en el cuarto... Siéntate arriba, en los escalones.

Proctor asintió dócilmente. Como un conspirador ansioso, retrocedió de espaldas

y subió ruidosamente la escalera. Maitland despertó y reconoció las botas cuyas huellas había visto en el terraplén. Trató de incorporarse, temiendo que lo dejaran solo con ese anormal residente de la isla. Ahora se imaginaba que el vagabundo había trepado por la cuesta barrosa para instalar otra vez los caballetes de madera y ocultar todos los rastros del accidente.

Mientras el hombre mascullaba algo, ella se sentó sobre la cama, junto a Maitland. Un humo dulce y eufórico llenaba la habitación, suspendido en largas espirales alrededor del rostro de ella. Con inesperada ternura, Jane tomó entre sus manos la cabeza de Maitland.

Durante cinco minutos estuvo consolándolo, acunándole la cabeza y murmurando con voz tranquilizadora.

—Te pondrás bien, amor. Trata de dormir, que te sentirás mejor cuando despiertes. Yo te cuidaré, mi querido. Tienes sueño, ¿verdad, bebé mío? Pobrecito, necesitas tanto dormir... Duerme, mi bebé, mi niño pequeño...

Cuando ella se marchó, Maitland cayó en un sueño febril, consciente de que el vagabundo de esmoquin lo vigilaba desde la puerta. Durante toda la noche, Proctor revoloteó alrededor, rozando con dedos torpes el cuerpo de Maitland, como si buscara algún talismán oculto. De cuando en cuando, Maitland sentía en la boca el olor a vino rancio, y al despertarse veía la cara desfigurada de Proctor, que lo miraba. A la luz de la lámpara de petróleo, el rostro cubierto de cicatrices parecía tallado en piedra.

Pocas horas antes del alba, Jane Sheppard regresó. Maitland oyó que llamaba desde lejos, mientras atravesaba la isla. Entró y le dijo a Proctor que se fuera. El hombre desapareció en silencio entre las hierbas susurrantes.

Los tacones altos golpearon en los escalones. Cuando ella se acercó a la cama, miró a Maitland como si no lo reconociese.

—Dios... ¿todavía estás aquí? Pensé que te irías. Qué noche maldita.

Cantando entre dientes, sacudió primero una pierna y luego la otra y dejó caer los zapatos de tacones de estilete. Maitland se preguntaba a dónde habría ido. Parecía la caricatura de una puta de pueblo durante los años cuarenta: una falda abierta que dejaba ver los muslos y la parte alta de las medias, los pechos agresivos bajo una blusa brillante.

Jane fue tambaleándose al otro lado de la cama y se desvistió, metiendo las ropas en la maleta. Cuando estuvo desnuda, se deslizó debajo de la manta deshilachada. Levantó los ojos hacia el cartel de Rogers y Astaire y tomó la mano de Maitland, en parte para tranquilizarlo, en parte buscando compañía. Durante el resto de la noche y en la madrugada, el afiebrado Maitland no dejó de sentir el contacto del fuerte cuerpo de la joven.

12. El acróbata

Por la mañana, Jane Sheppard se había ido. Cuando Maitland despertó, la habitación del sótano estaba en silencio. Un rayo de sol que se colaba por la estrecha escalera iluminaba la cama desvencijada. La cara de Guevara y la de Charles Manson colgaban de las paredes, presidiendo la escena como custodios de una pesadilla.

Maitland estiró la mano y tanteó la huella del cuerpo de la joven. Sin moverse de la cama, observó la habitación, deteniéndose en la maleta abierta. Los vestidos llamativos, los cosméticos sobre la mesa de juego. Jane había vuelto a acomodarlo todo antes de irse.

La fiebre le había bajado. Maitland recogió la taza de plástico del cajón, se incorporó apoyándose en un codo, y bebió el agua tibia. Luego apartó las mantas para examinarse la pierna. Por algún caprichoso proceso terapéutico, la articulación de la cadera parecía bloqueada, pero la hinchazón y el dolor habían disminuido. Por primera vez pudo tocarse el cuerpo magullado.

Sentado silenciosamente en el borde del lecho, se quedó mirando el póster de Astaire y Rogers, intentando recordar si había visto alguna vez la película, retrocediendo mentalmente a la adolescencia. Durante varios años sucesivos se había devorado casi todos los productos de Hollywood, sentado a solas en las salas vacías de enormes cines suburbanos. Se masajeó el cuerpo dolorido y descubrió que se parecía cada vez más al del joven que fuera antes, la combinación de hambre y fiebre le había hecho perder por lo menos cinco kilos. La robusta musculatura del pecho y las piernas había quedado reducida a la mitad.

Maitland apoyó en el suelo la pierna lastimada y escuchó los ruidos del tránsito en la autopista. La certidumbre de que no tardaría en escapar lo reanimó. Hacía casi cuatro días que vivía aislado en ese triángulo de terreno baldío. Sabía que había comenzado a olvidarse de su mujer y de su hijo, de Helen Fairfax y de los socios. Todos habían retrocedido hacia esa tenue luz que le iluminaba el fondo de la mente, reemplazados por la urgencia de tener abrigo, comida, por la preocupación de la pierna lastimada, y sobre todo por la necesidad de dominar ese terreno que se extendía alrededor. El horizonte real se le había reducido a una distancia poco mayor de tres metros. Saldría de la isla en menos de una hora —aun de mala gana, la muchacha y Proctor lo ayudarían a subir por el terraplén—, pero la perspectiva lo obsesionaba como si estuviese persiguiéndola desde hacía mucho tiempo.

—Condenada pierna...

Dentro del cajón había un hornillo portátil y una olla sin lavar. Maitland rascó la costra de arroz seco y se metió ávidamente los granos endurecidos en la boca

magullada. Una espesa barba le cubría el rostro; se miró la enlodada camisa de vestir, los pantalones ennegrecidos y desgarrados desde la rodilla derecha hasta la pretina. Y sin embargo, esa colección de harapos parecía cada vez menos una vestimenta excéntrica.

Apoyándose en la pared, Maitland recorrió la habitación. El póster de Guevara se le rompió en las manos y se meció colgado de una punta. Maitland llegó a la puerta, se volvió apoyándose en la pierna buena, y se sentó en la tapa de un barril de cincuenta galones que servía como depósito de agua.

Una docena de escalones lo separaban de la brillante luz del sol. Maitland observó la inclinación de la luz y dedujo que eran alrededor de las once y media. Por la autopista circulaba el escaso tránsito de las mañanas del domingo; tal vez en media hora alguna familia despreocupada que salía a dar un paseo en coche se quedaría atónita al ver a un hombre barbudo con un harapiento traje de noche que avanzaba a tropezones por el camino frente a ellos. La resaca más larga del mundo.

Maitland subió por los escalones hacia la luz del sol. Cuando llegó arriba, levantó cautelosamente la cabeza, atisbando entre la hierba y las ortigas a la entrada de la escalera.

A unos seis metros, en una pequeña hondonada bordeada de ortigas y maleza, Proctor llevaba a cabo una serie de pruebas gimnásticas. Mientras soplaba con esfuerzo por la boca, erguido, descalzo y con los pies juntos, contraía los hombros vigorosos y levantaba los brazos hacia adelante. Sobre el pisoteado suelo de este patio de recreo privado había una cuerda de saltar; ahí estaban también las botas con punteras de acero. El hombre estaba vestido con la malla harapienta que Maitland había visto en el refugio antiaéreo, colgada del respaldo de una silla. Las franjas plateadas dejaban ver los hombros poderosos, la cicatriz lívida que le corría como la huella de un relámpago desde detrás de la oreja derecha hasta el hombro, resto de algún tremendo acto de violencia.

Después de prepararse con un elaborado ritual de resoplidos y jadeos, como la puesta en marcha de un viejo motor de gasolina, Proctor adelantó un pie y dio un salto mortal. El cuerpo poderoso giró en el aire y cayó pesadamente al suelo, manteniéndose apenas en equilibrio, con las piernas dobladas y los brazos meciéndose a los costados. Encantado con este triunfo, Proctor pataleó alegremente con los pies desnudos.

Maitland esperó mientras Proctor se preparaba para la próxima hazaña. Por los cuidadosos movimientos previos, los repetidos paseos y la forma en que se enfrentaba con el aire, era obvio que la nueva proeza acrobática era para él la verdadera prueba. Proctor se concentró. Despejó el suelo, apartando a puntapiés las piedras sueltas, como un gran animal que busca un terreno más cómodo. Cuando por fin volvió a elevarse en el aire, intentando un salto mortal hacia atrás, Maitland sabía ya que

fracasaría, y bajó la cabeza en el momento en que el vagabundo caía al suelo despatarrado sobre sus propias botas.

Aturdido, Proctor quedó tendido de espaldas. Se incorporó lentamente, mirándose con abatimiento el cuerpo desmañado. Pareció que iba a prepararse para intentarlo de nuevo, pero de pronto desistió y se limpió la tierra de los brazos rasguñados. Tenía una cortadura en la muñeca derecha. Se chupó la herida y trató de sostenerse sobre las manos, pero cayó torpemente de rodillas. Era evidente que la coordinación muscular le fallaba, y que el primer salto mortal le había salido bien por casualidad. Aun saltar a la cuerda era demasiado para él; en pocos segundos, tenía la cuerda enredada alrededor del cuello.

Sin embargo, tal como podía ver Maitland, el vagabundo no se desalentaba. Se lamió la herida de la muñeca y siguió jadeando alegremente, más que satisfecho con sus progresos. Perturbado por lo que estaba viendo, Maitland empezó a alejarse.

Al oír a Maitland que se movía detrás de la taquilla, Proctor se volvió con aire de desconfianza. Antes de que Maitland pudiera llegar a la escalera, el hombre ya había desaparecido, escurriéndose entre las hierbas altas como un animal asustado.

Detrás de él, entre las ortigas, Maitland advirtió un débil movimiento, y esperó, convencido de que Proctor estaba observándolo y de que lo atraparía para arrojarlo escalones abajo. Maitland escuchó el ruido del tránsito mientras pensaba en esa vena de violencia que Proctor no se molestaba en ocultar, una arraigada hostilidad hacia el mundo de los inteligentes, del que con tanto gusto se vengaría.

Maitland descendió por la escalera y desde abajo alzó los ojos hacia el cielo y la hierba ondulante. Entró y volvió a pasearse por el cuarto. Cuando los ojos se le acostumbraron a la luz escasa, miró los pósteres *underground*, la cama sucia y la maleta de piel, rebosante de prendas baratas. ¿Quiénes eran estos dos habitantes de la isla? ¿Qué tensa alianza había entre el viejo acróbata circense y esa mujer joven y despierta? Ella parecía una marginada típica, escapada de una familia acomodada, con la cabeza abarrotada de ideales descabellados, fugitiva de la policía por alguna cuestión de drogas o tal vez en libertad condicional.

Maitland oyó la voz de ella que llamaba a través de la hierba y la respuesta de Proctor, de un hosco tono inocentón. Maitland volvió a la cama y se acostó cubriéndose con la manta en el momento en que Jane bajaba por la escalera y entraba en el cuarto.

En una mano traía una bolsa de supermercado, repleta de comestibles. Venía vestida con los tejanos y la chaqueta de fajina. Por una vez, pensó Maitland al ver el barro que le cubría los zapatos, el camuflaje no era sólo el último grito de la moda juvenil. Era probable que Jane conociese alguna senda privada que subía por el terraplén y atravesaba el camino de acceso. La joven espío a Maitland con ojos penetrantes, y una sola mirada le bastó para enterarse de todo. Tenía la cabellera roja

cepillada hacia atrás, muy tirante contra la cabeza, como una laboriosa muchacha campesina, dejándole al descubierto la frente alta y huesuda.

—¿Cómo estás? Me imagino que no muy fuerte. De todas maneras, dormiste bien.

Maitland gesticuló débilmente. Algo le advertía que no mostrara que se había recuperado.

—Me siento un poco mejor.

—Ya veo que has andado paseándote por ahí —observó ella, sin ironía, y enderezó el póster de Guevara, volviendo a pinchar el borde roto—. Tan mal no has de estar. Y de paso, aquí no encontrarás nada.

Apoyó la mano fuerte sobre la frente de Maitland y la mantuvo allí un rato; después sacó rápidamente el hornillo y lo puso al sol al pie de la escalera.

—Se te ha ido la fiebre. Anoche nos tuviste preocupados. Eres el tipo de hombre que siempre tiene que ponerse a prueba. ¿No crees que te estrellaste a propósito en esta isla de tránsito? —Maitland la observaba pacientemente y ella continuó—: No estoy bromeando; créeme, sobre la autodestrucción me lo sé todo. Antes de morir, mi madre se hinchó de barbitúricos hasta que se puso azul.

Encendió el calentador y echó tres huevos en la olla.

—Tendrás hambre... te compré algunas cosas en el supermercado.

Maitland se enderezó.

—¿Qué día es?

—Domingo... pero por aquí las tiendas hindúes están abiertas. Se explotan a ellos mismos todos los días y explotan a los otros más que cualquier propietario blanco. Pero eso es algo que tú conoces bien.

—¿Qué cosa?

—Lo de la explotación. Eres un hombre de negocios, y eres rico, ¿no? Eso fue lo que dijiste anoche.

—Jane, no seas ingenua... no soy ni rico ni hombre de negocios. Soy arquitecto.

Maitland hizo una pausa; entendía claramente cómo ella estaba reduciendo la relación de ambos al nivel de una riña doméstica intrascendente. Y sin embargo, había allí algo que no era del todo deliberado.

—¿Ya pediste ayuda? —preguntó con firmeza.

Jane no hizo caso de la pregunta y dispuso la modesta comida. Las tazas y platos de cartón de brillantes colores y el mantel de papel que tendió con cuidado sobre el cajón hacían que aquello pareciese una fiesta infantil de té en miniatura.

—No... no tuve tiempo. Pensé que antes necesitabas comer.

—En realidad, me estoy muriendo de hambre —Maitland tomó el paquete de tostadas que ella le alcanzaba—. Pero tengo que ir al hospital, para que me vean la pierna. Y está mi despacho, y mi mujer... Se preguntarán qué ha sido de mí.

—Pero piensan que estás en viaje de negocios —replicó rápidamente Jane—. Tal vez no te echen nada de menos.

Maitland ignoró el comentario.

—Me dijiste que anoche habías llamado a la policía.

Jane se rió de Maitland encorvado al borde de la cama, la ropa hecha andrajos, mientras las manos ennegrecidas abrían el paquete de tostadas.

—A la policía no... aquí no queremos mucho a la policía. No Proctor, por lo menos... Tiene recuerdos bastante desdichados. Siempre lo han tratado mal. ¿Sabes que un sargento de Notting Hill Station le orinó encima? Esas cosas no se olvidan.

Jane se quedó esperando una respuesta. El olor sulfuroso de los huevos cascados mareó a Maitland. Ella le puso un huevo humeante en el plato de papel, inclinándose el tiempo suficiente como para que Maitland le registrara el peso y el volumen del pecho izquierdo.

—Mira, anoche no estabas bien. No podríamos haberte movido. Con esa pierna terrible, y la fiebre, estabas completamente agotado, y delirabas hablando con tu mujer. ¿Te imaginas, nosotros trepando a los tropezones, en la oscuridad, tratando de hacerte subir por esa pendiente? Sólo quise mantenerte con vida.

Maitland rompió el huevo hervido. La cáscara caliente le irritaba las cortaduras que tenía en los dedos. La muchacha se acuclilló a los pies de él, sacudiendo la cabellera roja. La forma rebuscada con que ella se servía de su propio cuerpo confundía a Maitland.

—Después me ayudarás a salir de aquí —le dijo—. Entiendo que no quieras acudir a la policía. Si Proctor...

—Exactamente. Le tiene terror a la policía, y haría cualquier cosa por evitar que vengan aquí. En realidad nunca ha hecho nada, pero este lugar es todo lo que tiene. Cuando construyeron la autopista, lo dejaron aquí encerrado... nunca sale, imagínate. Es asombroso que haya sobrevivido.

Maitland se metió en la boca los pedazos goteantes de huevo.

—Estuvo a punto de matarme —comentó, mientras se lamía los dedos.

—Pensó que querías quitarle su guarida. Por suerte llegué a tiempo. Tiene mucha fuerza, a los dieciséis o diecisiete años trabajaba como trapealista en algún circo de mala muerte, antes de que hubiera leyes sobre accidentes de trabajo. Se cayó de la cuerda y se dañó el cerebro. Y lo echaron, sin más ni más. A los deficientes mentales y a los retardados los tratan de un modo espantoso... A menos que estén dispuestos a encerrarse en una institución, nadie los protege.

Maitland asintió, concentrándose en la comida.

—¿Cuánto hace que vives en este viejo cine?

—En realidad, yo no vivo aquí —respondió Jane, con un gesto de orgullo—. Estoy parando en casa de unos... amigos, cerca de Harrow Road. De pequeña tenía

mi propio estudio, y no me gusta verme rodeada de gente... Quizá tú me entiendas.

—Jane... —Maitland carraspeó. Las tostadas duras y el calor del huevo le habían abierto en la boca una docena de llagas. Las encías, los labios, el velo del paladar, todo le dolía luego del desacostumbrado bocado. Miró con incertidumbre a la joven, dándose cuenta de hasta qué punto dependía de ella. A setenta metros el tránsito pasaba por la autopista, llevando a gente a almorzar en familia. Por algún motivo, estar sentado junto a un hornillo en esa habitación destartalada le recordó los primeros meses de matrimonio con Catherine, y la formalidad de las comidas de entonces. Aunque Catherine había amueblado ella misma el apartamento, prácticamente sin consultar a Maitland, él había sentido esa misma dependencia, esa misma satisfacción, rodeado de muebles extraños. Aun la casa en que vivían ahora había sido diseñada para evitar los riesgos de un exceso de familiaridad.

Se dio cuenta de que Jane tenía razón al decir que le había salvado la vida, y de repente se sintió en deuda con ella. Estaba intrigado por esa mezcla de ternura y agresión, por cómo ella pasaba de una forma de expresión franca y directa a otra taimada y tortuosa. Cada vez con más frecuencia, se encontraba mirando el cuerpo de Jane, irritado ante su propia reacción sexual y la manera descuidada con que ella sacaba partido de sí misma.

—Jane, quiero que llames a Proctor ahora. Tú y él podéis llevarme hasta lo alto del terraplén y dejarme allí. Me las arreglaré para detener a alguien.

—Por supuesto —Jane lo miró a los ojos concediéndole una breve sonrisa. Con una mano se acariciaba el cabello de la nuca—. Proctor no te ayudará, pero yo lo intentaré... eres terriblemente pesado, a pesar del ayuno. Demasiados almuerzos a cuenta de gastos, y no hablemos de la evasión de impuestos. Aun así, se supone que comer en exceso te da cierta seguridad emocional...

—¡Jane! —exasperado, Maitland golpeó con el puño ennegrecido sobre el cajón de embalar, desparramando por el suelo los platos de papel—. No llamaré a la policía. No os denunciaré, ni a ti ni a Proctor. Os estoy agradecido... si no me hubierais encontrado, probablemente me habría muerto allí. Nadie lo descubrirá.

Jane se encogió de hombros, perdido ya el interés en lo que decía Maitland.

—Alguien vendrá...

—¡No! A nadie le importa un rábano lo que pase aquí. En los tres últimos días lo he comprobado más de cien veces.

—¿Tu coche vale mucho dinero?

—No... No tiene remedio. Lo incendié.

—Ya lo sé. Eso lo vimos. ¿Por qué no lo dejas?

—La gente del seguro querrá verlo —Maitland la miró con atención—. ¿Visteis el fuego? Santo Dios, ¿por qué no me ayudasteis entonces?

—No sabíamos quién eras. ¿Cuánto te costó el coche?

Maitland contemplaba el rostro franco y añorado de expresión corrupta e ingenua a la vez.

—¿De eso se trata? ¿Por eso me retienes? —le apoyó una mano en el hombro y la sostuvo allí cuando ella intentó apartársela—. Jane, escúchame. Si quieres dinero, te lo daré. Dime cuánto.

Ella respondió con una pregunta indiferente, como una cajera aburrida:

—¿Tienes dinero?

—Sí, en el banco. Pero en el coche está mi billetera, con treinta libras. Tú tienes las llaves; ve a buscarla antes de que lo haga Proctor. Yo diría que eres de pies ligeros.

Sin hacer caso de la hostilidad de Maitland, Jane rebuscó en el bolso. Al fin sacó la billetera manchada de aceite y la arrojó sobre la cama.

—Ahí está todo... cuéntalo. ¡Vamos! ¡Cuéntalo!

Maitland abrió la billetera y echó un vistazo al montón de billetes húmedos. Se calmó y empezó otra vez.

—Jane, yo puedo ayudarte. ¿Qué quieres?

—De ti, nada —Jane había encontrado un trozo de chicle y lo mascaba con una furia agresiva—. Quien necesita que lo ayuden eres tú. Te fastidiaba sentirte solo. Seamos realistas, no eres verdaderamente desdichado con tu mujer. Te gusta esa actitud distante.

Maitland esperó a que terminara.

—Está bien, tal vez tengas razón. Ahora ayúdame a salir de aquí.

Jane se irguió delante de él, cerrándole el camino hacia la puerta, mirándolo con furia.

—¡Siempre suponiendo cosas! Nadie te debe nada, ¡de modo que basta de quiero, quiero, quiero! Si estrellaste el coche fue porque conducías demasiado rápido, y ahora te quejas como un niño. No te encontramos hasta anoche...

Maitland evitó la mirada feroz, y apoyándose en la pared fue hacia la puerta. Esa muchacha trastornada necesitaba alguien con quien enojarse; el viejo acróbata parecía demasiado simplón, pero él, muerto de hambre y con una pierna rota, era un blanco perfecto. La primera muestra de gratitud había bastado para ponerla en marcha...

Cuando Maitland llegaba a la puerta, ella se adelantó y le tomó el brazo. Como una instructora de danza que guía a un principiante inexperto, lo llevó hacia la escalera.

Maitland salió a la brillante luz del sol. La hierba crecida se movía alrededor, saludándolo como un perro cariñoso. Reanimada por la lluvia de primavera, tenía ya más de un metro de alto y le llegaba al pecho a Maitland, que se apoyaba débilmente en la muchacha. La autopista del paso elevado atravesaba el aire a cien metros hacia el este, y Maitland distinguió el bloque de cemento donde había garabateado los

mensajes. La isla le parecía ahora más grande y escabrosa, un laberinto de valles y pendientes. La vegetación era agreste y exuberante como si la isla estuviera retrocediendo en el tiempo hacia un período anterior y de mayor violencia.

—Los mensajes que escribí... ¿los borraste tú?

—Los borró Proctor. Nunca aprendió a leer ni a escribir. Por eso odia las palabras.

—¿Y los caballetes de madera? —Maitland no se sentía resentido, ni con Proctor ni con ella.

—Los enderezó muy poco después del accidente, cuando aún estabas aturdido en el coche.

Jane lo sostenía apoyándose en el hombro de Maitland, y apretándole una mano contra el vientre. El aroma del cuerpo tibio de ella contrastaba con el olor de la hierba y de los gases de los automóviles. Maitland se sentó sobre un neumático de camión que había en el suelo y se quedó mirando la alta muralla del terraplén de la autopista. El césped recién sembrado ya crecía más tupido en la superficie. Pronto ocultaría cualquier rastro del accidente, los profundos surcos dejados por los neumáticos del coche, las marcas confusas de sus primeros esfuerzos por trepar al terraplén. Durante un instante Maitland deploró tener que abandonar la isla. Le habría gustado conservarla para siempre, y poder traer a Catherine y a los amigos a que vieran este lugar de ordalías.

—Jane...

La muchacha se había ido. A unos veinte metros, la cabeza y los hombros le asomaban por encima de la hierba, mientras se alejaba hacia los refugios antiaéreos.

13. La señal de fuego

—¡Jane! Vuelve aquí... ¡Jane!

La voz de Maitland, poco más que un débil rezongo, se perdió entre la hierba susurrante, Maitland se levantó y echó a andar tras Jane, saltando sobre la pierna izquierda. Sofocado de furia, se apoyó contra la taquilla cerrada. Mientras se calmaba, se frotó el estómago, sintiendo el borde duro de las costillas. Por lo menos, la muchacha le había dado algo de comer.

A unos cinco metros, sobre el techo de un cobertizo en ruinas, vio un caño de metal herrumbrado, con un extremo torcido como una tosca empuñadura: ¡La muleta! Maitland atravesó penosamente el terreno pedregoso, arrastrando la pierna herida. Ayudándose con los largos brazos, consiguió encaramarse sobre la destrozada mampostería del cobertizo. Estiró el brazo y alcanzó el tubo de escape.

Sin soltarlo, se sentó para recuperar el aliento. Saludó con la muleta a los coches que pasaban, contento de volver a tocar las bruñidas placas de óxido, auxiliares conocidas de la supervivencia. Ese pedazo de metal arruinado era la más importante de sus herramientas... y la más importante de sus armas, reflexionó, al pensar en Proctor. El vagabundo no había aparecido aún, pero Maitland vigilaba las matas de hierba y de ortigas, convencido de que estaba al acecho en alguna parte, entre la maleza.

Más confiado ahora, descendió del techo del cobertizo. Se apoyó sobre la muleta y volvió a enderezarse. Los pantalones le colgaban en jirones de la cintura, pero él se sentía fuerte y decidido. Cuando se apretó el cráneo sintió unos aguijonazos de dolor en las suturas debilitadas. La conmoción y la fiebre se habían desvanecido, dejándole sólo una jaqueca leve y continua.

Maitland miró hacia los terraplenes. Se sentía ya bastante fuerte como para trepar por las pendientes de tierra, pero Proctor estaría vigilándolo, esperando a que Maitland intentara algún movimiento. Otro enfrentamiento físico con el acróbata lo retendría allí durante días. De alguna manera, necesitaba que la chica lo ayudara; sólo ella tenía alguna autoridad sobre Proctor.

Maitland regresó al cine en ruinas; abriéndose paso entre la hierba, llegó a las escaleras y bajó al cuarto subterráneo sosteniéndose con una mano la pierna lastimada.

Se sentó en la cama a la media luz y rompió las galletas con las manos. Ese alimento para niños le lastimaba la boca, y Maitland masticó cuidadosamente los trozos puntiagudos y dulces de bizcocho. Ayudándose con la muleta, consiguió acercar la maleta de la muchacha y revisó los vestidos y la ropa interior, pensando

que no era imposible que ella guardara algún arma pequeña.

En el fondo de la maleta, entre el montón de tubos de maquillaje, horquillas y pañuelos de papel usados, encontró un paquete de fotos desteñidas. Curioso por conocer el mundo de Jane, Maitland las extendió sobre la cama. Una mostraba a una adolescente de rostro enérgico —Jane, sin duda—, de pie, en actitud protectora junto a una mujer madura, y lánguida de mirada vidriosa, sobre el césped descuidado de un pequeño sanatorio. En otra, se la veía visitando un parque de atracciones, del brazo de un hombre corpulento, veinte años mayor que ella. Maitland supuso que sería el padre, pero una fotografía de bodas mostraba a Jane de pie en una iglesia junto al mismo hombre, luciendo orgullosamente un embarazo mientras la madre revoloteaba por el fondo como un espectro enloquecido.

En la serie aparecía un segundo hombre, un cincuentón elegante con un traje viejo, pero de buen corte, que posaba junto a un Bentley blanco a la entrada de un caserón Victoriano. El padre, decidió Maitland, o tal vez otro amante maduro. ¿Qué habría sucedido con el niño?

Maitland juntó las fotografías y las puso otra vez en la maleta. De una caja de pañuelos sacó una bolsa de papel. La bolsa guardaba el equipo de un fumador de hachís, trozos de papel de aluminio quemado, filtros de cigarrillos y tabaco suelto, un pedazo de hachís, papel de cigarrillos, un aparato para liarlos, y una caja de cerillas.

Maitland guardó la bolsa de papel y sopesó en la mano la caja de cerillas. Miró rápidamente alrededor del cuarto. Del cajón de embalar sacó el hornillo y lo sacudió, haciéndolo girar a la media luz, mientras escuchaba el blando ruido del líquido.

Diez minutos más tarde, Maitland volvía cojeando al cobertizo en ruinas. La manta roja le colgaba de un hombro, y en la mano libre llevaba el hornillo. Trepó otra vez al techo y se sentó sobre la leve pendiente de las tejas, poniendo a un lado la manta y el hornillo. Luego de comprobar que ni Proctor ni la muchacha andaban cerca, ató una punta de la manta a la muleta y empapó el otro extremo en la parafina del hornillo. El tránsito intermitente de la tarde de domingo corría a lo largo de la autopista. Maitland aguardó con la caja de cerillas en la mano, expectante. Se aproximaba una hilera de coches, detrás del autocar de una línea aérea y de un camión cisterna que emergía del túnel del paso elevado.

Maitland encendió dos cerillas y prendió fuego a la manta. La parafina caliente se inflamó con un leve ronroneo, mientras las llamas lamían la tela raída. Un humo negro se elevó en el aire. Maitland se enderezó, en equilibrio sobre una pierna, y empezó a hacer señas con la manta ardiendo. Una oleada de humo acre lo sofocó y volvió a sentarse; se levantó de nuevo y agitó otra vez la manta.

Tal como esperaba, Proctor y la muchacha no tardaron en aparecer en escena. El vagabundo avanzaba en cuclillas, como una bestia cautelosa, entreabriendo la hierba con las manos cruzadas de cicatrices. Los ojos astutos pero estúpidos miraban como

si Maitland fuese un animal caído en una trampa, listo para ser estaqueado y desollado. Jane Sheppard, en cambio se acercaba tranquilamente por el terreno desparejo, como si el intento de evasión de Maitland no tuviese para ella ningún interés.

—¡Ya me imaginé que aparecerían los dos! —gritó Maitland—. ¿Eh, Proctor?

Se bajó del techo del cobertizo y sacudió la manta ardiendo en la cara de Proctor, que empezó a gruñir y maldecir. Maitland se arrojó contra él, asfixiándose con el humo, apoyó una rodilla en el suelo y levantó el hornillo. Mientras Proctor manoteaba, arrancando a la manta un trozo chamuscado, Maitland dejó caer el hornillo y pasó la manta por el líquido.

Gateando, Proctor describió un cauteloso círculo alrededor de Maitland. La muchacha llegó al cobertizo separando la hierba con las manos, se sacudió el humo lejos de la cara, y le gritó a Proctor:

—¡Apágalo! ¡Olvídate de él! Van a ver el humo!

La manta chamuscada se desprendió del extremo de la muleta. Maitland recogió el bulto de jirones humeantes, pero Proctor dio un salto y se lo arrebató. Pisoteó el fuego y la tierra alrededor cubriendo las hilachas ardientes.

Maitland se apoyó débilmente en la muleta. Hizo señas a los coches que pasaban, pero nadie se había detenido ni había visto el breve episodio. Se volvió encarando a Proctor. El vagabundo recogió del suelo un trozo de ladrillo y dio vueltas alrededor de Maitland, como un boxeador. Maitland se precipitó hacia adelante y alcanzó a golpearle el hombro con la muleta. La sangre le latía ahora en las suturas del cráneo, pero el acierto del golpe lo alborozó. El pie izquierdo le resbaló sobre las lajas rotas del cobertizo, pero se enderezó y azotó el aire con la muleta.

Acurrucado, con los hombros por debajo de las caderas, Proctor eludió el golpe encogiendo el cuello toruno. La cara, blanca como una calabaza reseca, no tenía ninguna expresión mientras los ojos estudiaban los brazos y piernas de Maitland.

—¡Basta...!

Sujetándose el pelo rojo en la nuca, como un ama de casa aburrida que interrumpe una riña callejera, Jane Sheppard se aproximó a Maitland. Aferró el tubo de metal e intentó que él lo bajase.

—Cielo santo —clavó en Maitland unos severos ojos infantiles—... ¿No estás yendo demasiado lejos?

Maitland miró de soslayo el escaso tránsito que pasaba por detrás de él. Proctor esperaba en cuclillas junto a una mata de ortigas, con el medio ladrillo en la mano. No se arriesgarían a matarlo allí, al aire libre. Tres vagabundos que están quemando una manta vieja no llaman la atención, pero una pelea sangrienta podría interesar a algún policía fuera de servicio.

—Proctor —dijo Maitland, señalando a Jane con la muleta—. Ella tiene las

llaves, ¿sabes? Las llaves de mi coche.

—¿Qué? —Jane echó a Maitland una mirada colérica—. ¿De qué llaves estás hablando?

—Proctor... —el vagabundo lo observaba—Las llaves del portaequipajes de mi coche, donde estaba la billetera.

—Qué disparate —Jane se volvió para marcharse—. Vámonos.

—No pudiste abrir el portaequipajes, ¿verdad, Proctor? —Maitland se adelantó esgrimiendo la muleta de metal como una lanza. Los ojos de Proctor iban de uno a otro—. En mi billetera había treinta libras.

—Proctor, ¡no le hagas caso! Está loco. Llamaré a la policía —confundida y furiosa, Jane levantó un ladrillo y se lo ofreció a Proctor.

—Me registrasteis anoche, Proctor —dijo Maitland en voz baja. Estaba apenas a un par de metros del vagabundo, bien al alcance de una posible embestida toruna—. Y sabes muy bien que no he regresado al coche... No dejaste de vigilarme.

Mientras Jane esperaba con impaciencia a que Proctor atacara, Maitland sacó la billetera del bolsillo, y desplegó un grasiento abanico de billetes delante de la cara de Proctor.

—¿Quién me dio esto, Proctor? ¿Quién lo sacó del coche? Anda, toma uno...

El vagabundo observaba hipnotizado los billetes de una libra. Se volvió hacia Jane, que había recogido más piedras y lo miraba con una expresión de confusa hostilidad.

—Nunca nadie te dio nada, ¿eh, Proctor? —preguntó Maitland—. Vamos, tómalo.

Mientras la mano del vagabundo se cerraba tímidamente sobre el billete húmedo, Maitland exhausto, se apoyó en la muleta.

Observándose con cautela, los tres regresaron al cine. La muchacha tomó del brazo a Maitland y lo ayudó a andar por la hierba, mientras mascullaba colérica entre dientes. Proctor los seguía, llevando la manta chamuscada y el hornillo de parafina, sin ninguna expresión en el rostro arrugado. Mientras bajaba por la escalera, Maitland vio que Proctor se acurrucaba como un animal nervioso, preguntándose si no tendría que mostrar que él era el amo de la isla.

14. Sabor de ponzoña

—¿A qué demonios juegas? —la joven empujó a Maitland hacia la cama, con mano firme. El cuerpo le temblaba de furia—. ¿No se supone que estás enfermo? No me interesa pelear por una billetera. Estoy resuelta a empacar y largarme antes de que traigas más complicaciones.

—Él intentaba matarme —dijo Maitland—, y tú lo incitabas.

—No, y en todo caso, Proctor es medio ciego. Y fue nuestra manta lo que quemaste.

—Tu manta. Yo no me quedo aquí esta noche.

—Nadie te lo pide —la muchacha sacudió la cabeza con auténtica indignación—. ¡Ésa es la gratitud capitalista! Acabo de salvarte de Proctor, y tú le cuentas lo de la billetera. Muy astuto de tu parte, darle dinero. No te servirá de nada... Nunca sale de la isla y no creo que encuentre aquí donde gastarlo.

Maitland meneó la cabeza.

—No fue ninguna astucia. Pobre viejo, creo que ni siquiera sabía cómo tomarlo.

—Lo único que le han dado alguna vez es la mierda de los otros. Y no te creas que será tu amigo eternamente. Si te dejara solo con él, pronto me echarías de menos.

Maitland la observó mientras ella se paseaba por el cuarto. Le preocupaba que ella hablara de abandonar la isla con tanta insistencia. No estaba en condiciones de enfrentarse a solas con Proctor.

—Jane... tendrás que ayudarme tarde o temprano. Mis amigos y mi familia, la policía, la gente de mi despacho, descubrirán sin duda lo que ha pasado aquí. A estas alturas ya estarán buscándome.

—*Tu familia...* —la muchacha sacó la frase del contexto, pronunciándola con un énfasis peculiar—Y de mi familia, ¿qué hay? —se alejó bruscamente de Maitland y le espetó—: No te he sacado un penique... ¡diles eso!

Cansado y con frío, Maitland se recostó en la almohada húmeda. La joven se movía por el cuarto apenas iluminado. Ordenó la maleta y volvió a colgar la ropa. La luz de la tarde se desvanecía y Maitland lamentó haber quemado la manta. Comprendía que había obtenido una pequeña ventaja sobre la joven y sobre Proctor: estaba azuzando a aquellos dos parias, uno contra otro, alimentando una recíproca desconfianza.

Sin embargo, por el momento él era prisionero de la joven, y estaba expuesto a cualquier capricho delirante que a ella le pasara por la cabeza. De algún modo parecía que Jane disfrutaba de esa relación. Pasaba súbitamente de la ternura y el buen humor a una cólera vengativa, casi como si Maitland representara para ella a dos personas

diferentes. Luego de haber colgado la ropa, Jane encendió el hornillo y le preparó una taza de leche condensada y agua caliente. Le sostuvo la cabeza mientras él bebía de la taza de plástico, arrullándolo, apretándole contra la frente el pecho robusto, como si estuviera alimentando a su propio bebé. Un minuto más tarde, en un repentino cambio de humor, se apartó bruscamente, sacudiéndole la cabeza. Se paseó otra vez por el cuarto, irritada, y subió la llama de la lámpara de parafina, siempre quejándose, como si culpara a Maitland por el oscurecimiento de la luz.

—Jane... —Maitland sacó la billetera manchada de aceite—¿Quieres el dinero? Podrías usarlo para marcharte de aquí.

Le tendió la billetera, de pronto preocupado por la joven.

—No quiero marcharme. ¿Para qué? —Jane volvió la cabeza con un gesto de orgullo y miró con desconfianza a Maitland.

—Jane, hablemos en serio. No puedes quedarte aquí para siempre... ¿Dónde está tu familia? Estuviste casada, ¿verdad? —Maitland señaló la maleta y añadió con franqueza—: Estuve mirando tus fotografías. Tu marido... ¿qué sucedió?

—Ocúpate—de—tus—propios—malditos—asuntos —dijo Jane en un tono firme y bajo, los dedos extendidos y tensos como varillas—. Dios todopoderoso, vine aquí huyendo de toda esa moralina —se paseó torpemente por la habitación como buscando escapar del acosamiento de Maitland—. La gente nunca es tan feliz como cuando se pone a inventar vicios nuevos.

—Jane, digamos que yo te prometo quinientas libras... ¿me ayudarías a salir de aquí?

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Por qué tanto? Eso es mucho dinero.

—Porque quiero que nos vayamos los dos. Creo que tenemos que ayudarnos. Te daré quinientas libras... lo digo en serio.

—Quinientas libras... —Jane parecía estar estudiando la oferta, contando mentalmente los billetes, uno por uno. De pronto se volvió hacia Maitland gesticulando con la bolsa de papel donde guardaba los enseres de fumar—. ¿Tienes idea de los meses de alquiler que podría pagar una familia sin techo?

—Jane... tú eres parte de una familia sin techo. Ese hijo tuyo...

Maitland desistió. Fatigado, se recostó mientras Jane desplegab su equipo. Durante un momento ella permaneció sentada al borde de la cama, el cuerpo flojo, sin hacer caso de la mano que Maitland le había apoyado en el brazo. Miraba sin ver la pared descascarada. Preparó mecánicamente un par de cigarrillos y guardó otra vez el equipo en la bolsa de papel. Sacudió la caja de cerillas como para reanimarse y encendió el primer cigarrillo. Inhaló profundamente el humo dulzón y durante unos segundos lo retuvo en los pulmones. Satisfecha, se tendió junto a Maitland, apartándolo con el codo. Echó sobre los dos la chaqueta de fajina, mientras esbozaba

una sonrisa incierta, los ojos fijos en el cartel de Astaire y Rogers.

Maitland sintió que se le iba la cabeza por efecto del humo. El cuerpo firme de la muchacha se apretó contra él y la cama se hundió en el centro. El brazo de Jane se levantó y cayó. Se llevó el cigarrillo a los labios y se lo ofreció a Maitland.

Mientras intentaba mantenerse alerta, pues temía dormirse, Maitland se quedó mirando la luz fugitiva que descendía por la escalera. Con el aire frío del atardecer, le volvía la fiebre.

La chica le sonrió y le tomó una mano. La cara de mandíbulas firmes yacía sobre la almohada como la de un niño en un dosel de pelo rojo. Dejó salir el humo por la boca y con un ademán lo abanicó hacia Maitland.

—¿Te gusta...? Sabes, podrías haber escapado, si hubieras querido.

—¿Cómo?

—Al comienzo mismo... —Jane volvió a inhalar el humo— Si lo hubieras intentado de veras.

—¿Intentado? —Maitland recordó con una mueca sus penurias bajo la lluvia. Se frotó el pecho, cubierto sólo por la sucia camisa de vestir—. Hace frío aquí dentro.

La muchacha extendió el brazo por encima de él.

—Podrías haberte ido —repitió—. Proctor no se da cuenta, pero le facilitaste las cosas. ¿Sabes que los dos pensamos que ya habías estado aquí antes?

A través del humo, se quedó mirando a Maitland y le acarició el cuello de la camisa manchada de aceite. Él la observaba, sin hablar. El tono de Jane no tenía nada de burla ni de hostilidad, pero a la vez parecía que ella estuviera poniendo a prueba la relación que la unía a Maitland, explorando por mediación de él alguna fisura de su propio pasado. Con ojo infalible para los defectos ajenos, había comprendido que él aceptaría este papel.

¿Sería cierto que él mismo se había confinado en la isla? Recordó cómo se había negado a atravesar el túnel hasta el teléfono de emergencia, obstinándose en que algún conductor se detuviera a recogerlo en la carretera atestada, la cólera con que había reaccionado... De niño se había quedado en aquella bañera vacía, clamando con el mismo resentimiento.

Decidido a seguirle el juego, le dijo a la muchacha:

—Jane, tienes la obligación moral de salir de aquí... Quedándote en la isla, no haces otra cosa que castigarte.

—Vaya sermón... no te entiendo —Los ojos le brillaban en el rostro absorto y eufórico—. De todas maneras es más sencillo que reconciliarse con alguien. Nunca he servido para enmendar entuertos... Me gustaba seguir días y días dándome cuerda. Llegas a sentir verdadero odio...

Se fumó lo que quedaba del cigarrillo, y apoyó la mano en el vientre de Maitland. Luego volvió la cabeza para besarle en la boca.

—¿No me dirás que puse el dedo en la llaga? —preguntó.

—Tal vez sí. —Maitland intentó pasarle el brazo por la cintura, pero la fiebre le subía en oleadas por el cuerpo—. Estos cuatro días han sido verdaderamente insólitos... como visitar un manicomio y verte a ti mismo sentado en un banco.

Se apartó de Jane, y creyó notar que ella se desvestía. Mientras fumaba el segundo cigarrillo, Jane se miró el vientre y los pechos en el espejo de mano. Después se puso una falda corta, de color rojo sangre, y una blusa brillante sin mangas. Maitland ya estaba dormido cuando ella apagó la lámpara y salió del cuarto, los tacones puntiagudos repiqueteando en las escaleras.

Horas más tarde, en mitad de la noche, Maitland la oyó regresar. Los ruidos del tránsito se habían extinguido, y mientras Jane discutía con Proctor, la voz aguda se elevó claramente por encima del susurro de la hierba. Parecía que el vagabundo estuviera protestando, por algo que ella había olvidado traerle. Cuando Jane entró en el cuarto, volvió a encender la lámpara y clavó en Maitland unos ojos turbios por el alcohol. El pelo enmarañado le llameaba en la luz vivida como un sol enloquecido.

Jane se afanó estrepitosamente con latas y cacerolas, la mirada perdida. Maitland la observaba con inquietud. El comportamiento de la muchacha parecía una advertencia. Quizás ella era una perturbada mental, una fugitiva de alguna institución de Broadmoor. ¿Sería Jane, y no la madre, quien había estado recluida en el sanatorio de la foto? Demasiado débil para protegerse, Maitland oyó el ruido de los cosméticos que caían de la mesita de juego. Mientras se tambaleaba yendo de un lado a otro, las manos de Jane desgarraron un póster, arrancando la cara de Manson. Cuando le acercó una taza y le sostuvo la cabeza febril, Maitland bebió agradecido.

Jadeando, sofocado por la parafina diluida que ella acababa de servirle, Maitland se incorporó bruscamente. Vomitó en las manos de ella y quedó tendido de través, sacudido por las arcadas. Procuró mantener alejada a la muchacha que ahora se le acercaba con un vaso de leche, riéndose de él.

Por detrás de ella, Proctor irrumpió en el cuarto. Las solapas brillantes del esmoquin resplandecían como espejos bajo la luz deslumbrante. Empujó a Jane a un lado, se inclinó sobre Maitland y le quitó la parafina de la cara. Jane gritó y les arrojó la chaqueta de fajina sucia de vómito, mientras Proctor llevaba a Maitland escaleras arriba y lo tendía sobre la hierba húmeda de la medianoche.

15. El soborno

El tránsito matinal con que se abría una nueva semana corría hacia el este por los carriles de la autopista. Robert Maitland, sentado contra el techo curvo del refugio antiaéreo que era el hogar de Proctor, miraba cómo la nítida luz del sol se reflejaba en la celulosa bruñida de los vehículos que corrían hacia el centro de Londres. No eran más de las ocho, y el aire fresco lo reanimó, después de la noche de fiebre. La pierna herida yacía estirada ante él. La articulación de la cadera seguía inmóvil, y necesitaba algún tipo de intervención quirúrgica, pero las profundas raspaduras del muslo habían empezado a curársele.

Pese a que no podía caminar, Maitland estaba tranquilo y de buen ánimo. Los últimos rastros de fiebre habían desaparecido. Aún sentía en el estómago la tosca comida que le había preparado Proctor: té dulce y una mezcla sorprendentemente apetitosa de patatas fritas, trozos de carne grasienta y ensalada de col, que Maitland había devorado. El sabor de la parafina aún le irritaba los pulmones y la boca, pero respiró el aroma fresco de la floresta de hierbas que crecía alrededor.

Se puso a observar cómo Proctor limpiaba el refugio, una especie de madriguera profunda, donde Maitland había pasado la noche, y que era poco más que una perrera grande, con las paredes tapizadas por trozos de cobertores. Maitland había llegado allí sobre las vigorosas espaldas del vagabundo, y había yacido apenas consciente sobre un colchón junto a la puerta, mientras Proctor se movía dentro de la guarida como un animal afanoso e intranquilo. En el refugio todo estaba guardado con llave en unas cajas de madera ocultas bajo los colchones y cobertores. Por la noche, cada vez que a Maitland le volvían las arcadas, tratando de vomitar la parafina que aún tenía en los pulmones, Proctor se movilizaba en excitadas carreras. Levantaba las puntas de los cobertores y volvía a bajarlas, buscando algún escondrijo olvidado. Por último encontró una especie de cubo y un paquete de algodón. Durante una hora, estuvo sentado junto a Maitland, limpiándole los ojos y la boca. A la luz que se reflejaba desde la autopista, el rostro ancho constelado de arrugas permaneció suspendido sobre Maitland como las fauces de una bestia ávida. Luego se paseó toda la noche por la madriguera, en una actividad continua e insensata. El suelo acolchado se confundía con las paredes como si el cubil hubiera sido pensado para amortiguar y apagar cualquier indicio del mundo exterior.

Maitland observaba el tránsito que circulaba por la autopista. Los terraplenes parecían más distantes de lo que él recordaba, como si estuvieran apartándose de él lentamente. En cambio la isla le parecía mucho más grande, cubierta por una vegetación exuberante y espesa. Maitland tiritó al aire fresco de la mañana. A través

de la puerta abierta del refugio alcanzaba a ver el esmoquin, colgado junto a la raída malla de gimnasia. La cabeza de Proctor asomó en la abertura. Miró a Maitland durante unos pocos segundos, antes de salir. Maitland cruzó los brazos sobre el pecho.

—Proctor, tengo frío... ¿No tienes una chaqueta? No hablo de mi esmoquin.

—Aaah... chaqueta, no —dijo Proctor consternado, y empezó a frotarle los brazos con las manazas. Pacientemente, Maitland lo apartó.

—Mira... necesito ponerme algo. No querrás que me vuelva la fiebre.

—No más fiebre...

Proctor miró rápidamente el reloj pulsera de Maitland, que ahora llevaba en la muñeca, como si la esfera luminosa pudiera resolver la dificultad. Movié al azar las manecillas. Satisfecho, enseñó el reloj a Maitland. Parecía que luego de esta reordenación del tiempo se sentía más cómodo.

—No más fiebre para el señor Maitland —anunció, y un momento más tarde bajó de un salto al refugio, rebuscó bajo los cobertores, y regresó con un viejo chal de lana.

Maitland se envolvió los hombros con la prenda amarillenta, sin hacer caso del olor mohoso y rancio. Proctor se apoyaba primero en un pie y después en otro, casi como si estuviera esperando instrucciones. A pesar de aquellos repentinos accesos de violencia, el vagabundo era un hombre plácido y afectuoso, con la natural dignidad de un animal grande y simple.

A puntapiés, Proctor apartó las piedras sueltas que había en la hierba, fuera del refugio, e inició sus ejercicios gimnásticos, sin duda con la intención de impresionar a Maitland. Luego de un torpe salto mortal, ensayó una voltereta y cayó de cabeza. Se quedó sentado, examinándose las manos y los pies como si no entendiera por qué acababan de fallarle.

—Proctor —Maitland escogió cuidadosamente las palabras—, hoy me iré de aquí. Tengo que volver a casa, ¿me entiendes? Ésta es tu casa y allá está la mía. Tengo mujer y un hijo... y me necesitan. Pues bien, te agradezco que me hayas cuidado... —Se interrumpió al darse cuenta de que la mente del vagabundo sólo había registrado la última frase—. Escúchame, Proctor... quiero que me ayudes a trepar por el terraplén. ¡Ahora!

Tendió el brazo hacia Proctor, pero el vagabundo volvió los ojos, incómodo, hacia el cine en ruinas.

—Ayudar al señor Maitland... ¿cómo? Maitland está enfermo.

No sin esfuerzo, Maitland se dominó.

—Proctor, tú eres fuerte y podrías llevarme. Ayúdame, no le diré a la policía que estás aquí. Si sigues reteniéndome, te llevarán y encerrarán. No querrás pasarte la vida en la cárcel.

—¡No! —La palabra fue un grito vehemente. Proctor miró con atención alrededor, como si temiera que algún automovilista lo hubiera oído—. Cárcel para Proctor no.

—No —asintió Maitland, a quien aun esa breve conversación estaba agotando—. Yo no quiero mandarte a la cárcel. Al fin y al cabo, me has ayudado, Proctor.

—Sí —Proctor afirmó enérgicamente con la cabeza—... Proctor ayudó al señor Maitland.

—Está bien, entonces —Maitland se enderezó, apoyándose en la muleta, y se tambaleó, mareado. Intentó apoyarse en el hombro de Proctor, pero el vagabundo dio un paso atrás. Maitland echó a andar hacia el terraplén de la autopista. El carril del oeste estaba casi desierto, pero en los tres carriles del otro lado del refugio central el tránsito corría apretado hacia Londres—. Proctor, ¡ven aquí! ¡Dame una mano!

El vagabundo se resistía, sacudiendo lentamente la enorme cabeza arrugada.

—No —dijo por fin, mirando fijamente la figura enjuta y harapienta de Maitland, como si ya no la reconociera—... La señorita Jane...

Antes de que Maitland pudiera protestar, Proctor dio media vuelta y se escurrió por entre las hierbas altas, con la cabeza inclinada bajo las hojas ondulantes.

Reanimado por el aire frío, Maitland se echó el chal sobre el pecho y los hombros y se encaminó hacia el terraplén. No le sorprendía la negativa de Proctor, ni el temor que le tenía a Jane. Los dos eran parte de esa grotesca conspiración que lo había mantenido confinado en la isla desde hacía ya cinco días. Golpeó la hierba que tenía enfrente, identificando esta espesura exuberante con todos los padecimientos que había soportado.

La breve travesía por la isla bastó para agotarlo. Luego del magro desayuno de sobras, volvía a tener hambre. Día a día, se debilitaba un poco más. La hierba crecida lo acosaba por todos lados, como una multitud hostil. Tambaleándose, inseguro, Maitland avanzó por el valle central. Cuando llegó al cementerio de automóviles, con una media luna de vehículos herrumbrados, estaba casi demasiado cansado para identificar el Jaguar.

El cielo se había nublado y una llovizna fría empañaba la luz declinante. Maitland trepó al asiento de atrás del coche, su hogar durante los primeros días en la isla. Mientras se masajeaba intentando calentarse los brazos rígidos, pensaba en Proctor y Jane Sheppard. Tenía que llegar a dominarlos de algún modo. En cualquier momento podía dejar de interesarles, y entonces lo abandonarían simplemente hasta que muriera dentro del coche incendiado. Maitland escudriñó el terraplén: no sólo la pendiente era más empinada que antes; le pareció que el arcén y la balaustrada estaban seis metros más arriba.

Antes que nada, necesitaba un elemento de soborno. Bajó del coche y sacó las llaves. Abrió el portaequipajes. En la caja de cartón quedaban tres botellas de

borgoña blanco. Se metió una dentro del chal, volvió a cerrar el portaequipajes, y se encaminó hacia la guarida de Proctor.

La puerta del refugio estaba cerrada con candado. Mientras recuperaba el aliento, cansado de haber vuelto a cruzar la isla, Maitland se apoyó en la muleta, bajo la lluvia tenue. El vagabundo estaba en cuclillas junto al desagüe del camino de acceso, llenando pacientemente un cubo de estaño con el agua que goteaba del poste indicador, veinte metros por encima de él.

Cuando vio a Maitland, regresó al refugio, moviéndose como un topo entre la hierba. Dos jarros de metal le tintineaban en el cinturón. La mano derecha sujetaba media docena de trampas de resorte y un par de ratas pequeñas, de largas colas oscilantes. Maitland recordó la rata herida que le había trepado por la pierna. Al parecer, esos roedores campestres reforzaban la magra dieta de Proctor. Sin embargo, era evidente que conseguía otros alimentos, en algún lugar. Una vez que lo descubriera, la situación de Maitland en la isla sería más segura.

—Proctor... necesito comida. No duraré mucho si no consigo alimentarme.

El vagabundo lo miró con desconfianza y levantó las trampas, pero Maitland sacudió la cabeza.

—No comida —dijo Proctor, sin ambages.

—Eso es basura. Pero desayunamos carne, patatas, ensalada... ¿Dónde lo conseguiste?

Proctor apartó los ojos como si el tema dejara de interesarle. Maitland sacó de dentro del chal la botella de vino.

—Vino, Proctor... a cambio de comida. Hagamos un trueque.

Ofreció la botella al vagabundo, que se llevó el corcho a la nariz y olfateó la envoltura de metal.

—Está bien... Proctor lo llevará al sitio de la comida.

16. La fuente de alimentos

Partieron rumbo al paso elevado a lo largo del valle central. Maitland se apoyaba torpemente en la muleta metálica, deseando poder quitarse la pierna derecha y deshacerse de ella. Proctor se escabullía adelante, agazapado, siempre debajo del dosel de hierbas. Escogía deliberadamente las zonas de más densa espesura, como si sólo se sintiera cómodo en los corredores invisibles que había ido abriendo en interminables andanzas por la isla.

Se aproximaron a la cerca de malla de alambre al pie del paso elevado. Cuando emergieron de entre la hierba, como nadadores que llegan a la playa, Proctor titubeó examinando los parapetos de cemento de alrededor. El rugido del tránsito lo inquietaba, y parecía casi aturdido ahora que estaba fuera del santuario de la isla y del ondulante océano verde. Maitland observó que el vagabundo movía la cabeza como si apenas alcanzara a vislumbrar los objetos distantes, y dependiera, a la manera de los pájaros, de la capacidad de reaccionar ante movimientos breves y bruscos contra el telón de fondo de un campo visual estático. Observándolo, Maitland imaginó al acróbata medio ciego, con las pupilas obstruidas por las cataratas incipientes, incapaz ya de ver las corrientes de tránsito de alrededor; viviendo en el retiro de ese mundo olvidado donde sólo el rugido de los motores, el zumbido de los neumáticos y el chirrido de los frenos definían las costas más lejanas. Como Maitland acababa de comprobar, la hierba era el hábitat de Proctor. Las manos cubiertas de cicatrices tanteaban los tallos flexibles, leían las corrientes que susurraban alrededor. Pensó que Proctor habría salido del refugio en los segundos que siguieron al accidente, alarmado por el impacto del Jaguar que la hierba había transmitido en una serie de ondas de advertencia...

Proctor le codeó el brazo. Precipitándose en las sombras oleosas bajo el paso elevado, se escurrió hacia el extremo sur de la cerca de alambre. Trepó por la pendiente del terraplén y se tendió boca abajo, la cara apretada contra la cerca. Luego se volvió a hacer señas a Maitland y lo ayudó a subir.

Tendido junto al vagabundo, Maitland vio cómo trataba de pasar los dedos deformados a través de la malla de acero. En la media luz se podía ver un montón amorfo de mucílago brillante de un metro de altura, junto a una pila de neumáticos. El borde más próximo de ese túmulo gelatinoso se escurría entre los alambres. Introduciendo los dedos, Proctor recogía las rebanadas de pan húmedo, los trozos de carne grasienta y los restos de verduras incrustados en la viscosa avalancha.

Algún restaurante o alguna tienda de comestibles de la zona, supuso Maitland, utilizaba ese basurero ilícito. Proctor desenganchó los jarros de metal que le colgaban

del cinturón y mostró a Maitland el pulido interior, señalándole lo limpios que estaban. Ya había conseguido dos rodajas de pan mojado y un trozo de cartílago de buey. Aunque no se permitiera comer en ese momento, se lamió golosamente los dedos. Invitó a Maitland a que se sirviera, alcanzándole uno de los jarros.

Maitland se quedó mirando el contenido del jarro de Proctor. Ahora sabía dónde había encontrado Proctor la comida de la mañana. Y sin embargo, no sintió repugnancia alguna, sino sólo una escueta compasión por el vagabundo. Las heridas del accidente le parecieron menos graves que el daño infligido al cuerpo de Proctor.

Pensando en cómo podría rescatar al vagabundo, y llevárselo con él, Maitland esperó a Proctor mientras la comida macerada brillaba a la luz untuosa bajo el paso elevado.

Cuando regresaron al cubil de Proctor, había dejado de llover. Maitland se sentó, recostado contra el refugio, y miró pasar los coches. Una corriente continua, aunque menos apretada, de coches y autobuses seguía fluyendo a la luz del sol.

Con aire feliz, Proctor se puso en cuclillas a disfrutar de un almuerzo temprano, observando los restos de comida en los jarros de metal. Al cabo de un rato, pareció decidirse y entregó a Maitland la porción más grande. Agujereó con un cortaplumas el corcho de la botella de vino y se sentó junto a Maitland indicándole que comiera. Pese a su generosidad, era evidente que no tenía intenciones de compartir el vino.

—Señor Maitland, coma —le dijo con firmeza, mientras atacaba ya los restos con buen apetito—. Hoy hay buena comida, buena para la pierna de Maitland.

Se llevó la botella de vino a los labios.

Antes de diez minutos, Proctor estaba borracho. Aunque había bebido apenas un tercio de la botella, el alcohol le había golpeado como un rayo el cerebro, desmantelando sus frágiles soportes. Se bamboleaba de un lado a otro, parloteando alegremente y torciendo la cara en expresiones grotescas. Cuando vio la comida todavía intacta, se deslizó junto a Maitland, gesticulando.

—¿Quieres esto, Proctor? —preguntó Maitland—. Apuesto a que estaba sabroso.

El vagabundo se tambaleó, mientras el vino le chorreaba por el mentón. Hizo la pantomima de asegurar a Maitland que de ninguna manera le sacaría la comida, pero un momento después se había apoderado del jarro de estaño y estaba metiéndose en la boca los trozos húmedos. En alguna ocasión tocó a Maitland en el brazo y en el hombro, como si quisiera identificarlo. Estaba sentado muy cerca de Maitland, evidentemente contento de tenerlo como amigo.

—Se está bien aquí en la isla, ¿no es cierto, Proctor? —preguntó Maitland de pronto, con afecto.

—Se está bien... —asintió vagamente Proctor. La mayor parte del vino se le escurría fuera de la boca. Rodeó con un brazo los hombros de Maitland, probando

esta nueva amistad.

—¿Cuándo te irás de aquí, Proctor?

—Aaah... nunca me iré de aquí. —Proctor se llevó la botella a la boca y después la bajó y miró el suelo con tristeza—. No hay sitio a donde Proctor pueda ir.

—Supongo que tienes razón —Maitland lo observaba mientras Proctor le acariciaba el brazo—. ¿No hay nadie que pueda cuidarte... ni familia ni amigos?

Proctor miró el aire, como si intentara escuchar la profundidad de la pregunta. Se inclinó hacia Maitland, tomándolo por los hombros como un borracho en un bar, y dijo con un humor astuto:

—Señor Maitland es amigo de Proctor.

—Verdad, soy tu amigo. Tengo que serlo, ¿no?

Mientras el vagabundo le manoseaba afectuosamente el brazo, Maitland se dio cuenta de hasta qué punto llegaba la inseguridad de Proctor, el miedo de que le arrebataran aquel último escondite, tan adecuadamente situado en el centro de una ciudad alienante. Al mismo tiempo, Maitland sospechó que la mente del vagabundo se estaba deteriorando y que él sabía de algún modo que necesitaba amistad y ayuda.

—Proctor necesita... un amigo —Tosió, escupiendo unas gotas de vino.

—Me imagino que sí.

Trabajosamente, Maitland se puso de pie, librando la pierna izquierda del abrazo de Proctor. Éste volvió a recostarse contra el refugio, entornando los ojos y sonriéndole a la botella de vino.

Maitland se alejó cojeando y atravesó el valle central hacia el terreno más alto en el lado norte de la isla. El espectáculo del tránsito le ayudaba a olvidar el hambre. Se sentía débil e inseguro, pero con los nervios templados. Miró el triángulo verde en que había vivido los cinco últimos días. Conocía todos los recesos y pendientes, los montículos y elevaciones tan íntimamente como su propio cuerpo. Recorriendo la isla tenía la impresión de estar siguiendo un tortuoso sendero dentro de su propia cabeza.

La hierba estaba callada y apenas si se movía alrededor. De pie como un pastor con un rebaño silencioso, Maitland recordó la frase extraña que había murmurado durante su delirio: Yo soy la isla.

Diez minutos más tarde, en el momento en que llegaba al cementerio de coches, una furgoneta Toyota de color naranja salió del túnel del paso elevado. La carrocería lustrosa relucía al sol mientras se deslizaba por el carril oeste. A través de la balaustrada, Maitland vio la cara de la conductora, una mujer de pelo rubio, nariz recta y boca firme. Las manos, pequeñas pero fuertes, descansaban juntas en el borde superior del volante, en una pose característica.

—¡Catherine...! ¡Para...! —gritó Maitland al aire.

El coche, indudablemente el de su mujer, disminuyó la marcha al aproximarse por detrás a un autocar. Sin saber bien si lo que estaba viendo no era una alucinación

provocada por el hambre, Maitland atravesó la hierba lo más rápido que pudo. Se detuvo para agitar la muleta, se tambaleó, y cayó al suelo. Cuando consiguió incorporarse, gritándole furiosamente a la hierba, el coche había acelerado y se alejaba.

Maitland volvió la espalda a la autopista. Era casi seguro que Catherine regresaba del despacho de Londres: presumiblemente, habría estado hablando de la desaparición de Maitland con sus dos socios. Eso significaba que ninguno se daba cuenta de que él se había estrellado en esa parcela de tierra baldía, literalmente a la vista de todos ellos.

Maitland recuperó la muleta de metal y regresó al refugio antiaéreo. De alguna manera, antes de que las fuerzas le flaquearan del todo, conseguiría subir al terraplén.

A unos quince metros del refugio, oyó gritar a Jane Sheppard:

—Vamos, Proctor... ¡ahora! No es asunto de él. Póntelo antes de que venga.

17. El duelo

Cuando Maitland se aproximó al refugio antiaéreo, Proctor y la muchacha estaban divirtiéndose al aire libre, junto a la entrada. Proctor brincaba de un lado a otro, empuñando aún la botella de vino, medio vacía. Torpemente, pisoteaba una y otra vez la tapa del maletín de Maitland. Era evidente que Jane lo había traído del coche mientras estaba buscando la billetera.

Proctor se hizo a un lado cuando Maitland avanzó cojeando. Se había quitado los téjanos remendados y ahora embutía las piernas en los pantalones de vestir de Maitland. En el aire flotaba el aroma dulzón del hachís. Jane, arrodillada a los pies de Proctor, trataba de acomodarle los pantalones; una colilla mal liada le colgaba de la boca.

Proctor se levantó las mangas del esmoquin y se abotonó en las muñecas los puños que Jane había arrancado de la camisa limpia del maletín. Ya se había puesto el cuello y la pechera rota de la camisa floreada. La corbata negra de Maitland le asomaba en un ángulo extravagante por debajo de la oreja. El vagabundo se enjugó el vino de la boca, exhibiendo una sonrisa idiota y feliz.

—¡Muy bien! ¡Estás perfecto!

Jane dio un paso atrás para apreciar mejor el conjunto, divertida con esa ebria parodia de un camarero encargado del vino. Le echó a Maitland una sonrisa glacial, mientras se volvía hacia él.

—No esté tan serio, señor Maitland. Acérquese, que estamos de fiesta.

—Ya lo veo. ¿Quién es el invitado de honor?

Maitland cojeó hacia Proctor y le golpeó los pies con la muleta de metal. Proctor retrocedió trastabillando, y le sonrió por encima de la botella. La cara fruncida, en la que cada arruga parecía iluminada por las venas, era una máscara de payaso. Miraba a Maitland con una expresión de orgullo y obsecuencia. En la mente nublada del vagabundo la hostilidad se confundía de algún modo con la profunda necesidad de obtener la aprobación de Maitland. Levantó la botella en un brindis y se recostó torpemente contra la pared curva del refugio; el vientre hinchado hizo saltar el botón superior de los pantalones. Mientras Proctor se los sujetaba, encantado, Jane danzaba alrededor castañeteando los dedos. Aún vestía la ropa de prostituta de la noche anterior y los tacones altos y afilados se le atascaban en el suelo pedregoso.

—¡Vamos! —le gritó a Maitland—. Deja de poner esa cara larga. ¡No eres capaz de divertirte! —Dio una palmada en la cabeza de Proctor, sólo a medias jugando—. ¡Por Dios, qué caras!

Maitland esperó tranquilamente mientras los otros bromeaban. La muchacha

instaba a Proctor a que le echara el vino encima. Proctor se tambaleaba en el esmoquin destrozado. Tenía la corbata negra en la nuca y los puños se le caían de las muñecas.

—Vamos, ¡baila para mí! —gritó Jane en la cara de Maitland—. ¡Un baile en una sola pata! Proctor, ¡haz que baile para mí!

Proctor se abalanzó torpemente hacia Maitland; la mirada perdida. Jane se agachó y hurgó en el maletín.

—Aquí hay una carta... de una doctora. Y no es una relación muy profesional, que digamos. Escucha esto, Proctor...

Maitland dio un paso adelante, apartando a Proctor. El aliento ácido del vagabundo le dio en la cara. Proctor cayó de espaldas contra el refugio, salpicándose de vino. Se sentó desvalido en el suelo. Cuando Jane empezaba a volcar el maletín, Maitland alzó la muleta, la enganchó en la tapa abierta, y se lo arrebató de las manos. Sorprendida, Jane retrocedió en cuclillas.

—Qué demonios te has...

—¡Basta!

Sin más trámites, Maitland esgrimió la muleta y con un ademán le indicó que se apartara del maletín. Ella se alejó, de costado, señalando la forma caída de Proctor.

—Espera a que despierte... Créeme que él...

—No hará nada, puedo asegurártelo.

Maitland avanzó hacia Proctor. El vagabundo levantó la mirada, avergonzado de su propia borrachera. Intentó enderezarse la corbata de moño bajo la oreja, disculpándose con una sonrisa, y esperó sin expresión alguna mientras Maitland se detenía ante él, abriéndose la bragueta.

Cuando la orina le bañó la cara, Proctor levantó las manos cubiertas de cicatrices y se quedó mirando el líquido ambarino que le salpicaba las palmas y le chorreaba por las solapas del esmoquin. Incapaz de moverse, miraba pasivamente a Maitland. El chorro de orina cayó sobre la boca y los ojos del vagabundo, y se le derramó en espuma por los hombros. Las gotas calientes burbujeaban y bullían en el polvo, alrededor de él.

Maitland esperó hasta que hubo terminado. Proctor yacía de costado en el charco de orina, mirando el suelo. Con una mano intentaba limpiarse el esmoquin, frotándole tristemente las solapas.

Maitland dejó a Proctor y se volvió hacia la muchacha, que había presenciado inmóvil el episodio. Le señaló el contenido desparramado del maletín.

—¿De acuerdo, Jane? Ahora, recógelos todo.

Sin titubear, ella se arrodilló junto al maletín y volvió a guardar los zapatos y la toalla. Sobria ahora, miró con calma a Maitland.

—Proctor no lo olvidará.

—No era mi intención que lo olvidara —mientras echaba llave al maletín, Maitland le indicó que fuera hacia el cine—. Volveremos a tu cuarto.

Jane no se movió, mientras escudriñaba el rostro barbudo de Maitland en busca de indicios de fiebre. Maitland estiró el brazo e intentó golpearle la cabeza. Jane dio un rápido paso atrás.

—No te ayudaré a que salgas de aquí.

—No me importa. En realidad, no me preocupa especialmente salir de aquí. Por el momento, en todo caso.

Sin volver a mirar a Proctor, tendido pasivamente en el charco de orina, Maitland cojeó siguiendo a la joven. Ella caminaba delante, cabizbaja, llevando el maletín.

18. Cinco libras

—¿Dónde está la lámpara? Alumbremos este pequeño infierno.

Maitland atravesó la puerta del cuarto en penumbras aplastando casi los hombros de Jane. Se sentó en la cama deshecha, con la pierna herida extendida ante él como una estaca andrajosa. Golpeteó el suelo con la muleta.

—Enciende también el hornillo. Quiero un poco de agua caliente. Ahora vas a lavarme.

Jane le echó una mirada cautelosa y se puso a trabajar. Llenó un cazo con agua del barril de doscientos litros que había junto a la escalera, bombeó el hornillo, y lo encendió.

—Fue asqueroso hacerle eso al viejo idiota.

—Cierto —dijo Maitland—. No estoy dispuesto a que un vagabundo senil y una marginada neurótica me tomen el pelo.

—De todas maneras fue asqueroso. Realmente eres una mierda.

Maitland lo dejó pasar. El papel de agresor que acababa de descubrir, aun impremeditado, había amansado a la muchacha. Se quitó la camisa. Tenía los brazos y el pecho cubiertos de grasa y magullones.

—Este cuarto necesita una limpieza —dijo—. ¿Fue aquí donde tuviste el aborto?

—¡No tuvo nada que ver con este cuarto! —Jane alzó la cabeza, indignada, y se dominó—. ¿Estás tratando de explotar mis sentimientos de culpa? Supongo que ésa es ahora tu admirable estrategia.

—Me alegro de que sea tan evidente.

—Pues no. Ya me siento bastante mal sin que me remuevas la herida con tu espada de doble filo.

Maitland pateó el cajón de embalar, haciendo sonar las sartenes y las ollas.

—Necesito comer algo... mira a ver qué tienes. Y nada de esa comida para bebés que me has estado dando. No pienso desempeñar el papel de hijo tuyo.

—Supongo que piensas que por eso te retuve aquí —replicó ella, irritada.

—No me sorprendería. No es que me burle de tus arranques sensibleros, que me parecerían muy bien en el lugar adecuado, pero tengo otras cosas en qué pensar. Una, dos y tres: quiero irme.

Jane hizo un rollo con la inmundada camisa de vestir.

—Te la lavaré. Escucha, pediré ayuda... en cuanto pueda. Sólo piensas en ti. ¿No entiendes que yo pueda tener mis propios problemas?

—¿Con la policía?

—¡Sí, con la policía!

Furiosamente, la muchacha sacó un cubo de metal de debajo de la cama y le echó agua caliente.

—¿Qué pasó? —le preguntó Maitland—. ¿Drogas, aborto... o te escapaste de algún reformatorio?

Jane se detuvo, con las manos inmóviles dentro del agua.

—Muy sagaz —comentó en un murmullo—. Seguro que te va bien en los negocios, Maitland... pero quizá no tanto en tu vida privada. Tomé prestado algún dinero —agregó, con voz neutra—. A un amigo de mi marido. Bastante dinero, a decir verdad. Canalla miserable.

Empezó a lavar a Maitland, enjabonándole la piel lastimada. Cuando terminó buscó una navaja y lo afeitó. Maitland se sentó en el borde de la cama, disfrutando de la presión suave de las manos de ella, que le recorrían la piel como pájaros sumisos. Le sorprendía haberse complacido, por poco que fuera, en humillar a la muchacha, jugar con los confusos sentimientos de culpa que ella escondía, tratándola con un desprecio del que nunca se hubiera creído capaz. Por el contrario, la humillación de Proctor había sido totalmente premeditada: había degradado al viejo vagabundo del modo más crudo posible. Pero aun ese acto brutal le había proporcionado cierto placer. Había disfrutado de esa confrontación violenta, sabiendo que así los dos se le someterían. En parte, se estaba vengando de Proctor y de la joven, aunque no ignoraba que a ambos, por alguna razón paradójica, les complacía que él los insultara. La agresividad de Maitland colmaba las expectativas de la pareja, coincidía con lo que ellos pensaban oscuramente de sí mismos.

Aunque no entendiera del todo su propia complacencia, Maitland se había dejado arrastrar por estas pequeñas crueldades. Resuelto ante todo a sobrevivir, explotaría esa vena de crueldad como antes había explotado la compasión y el desprecio que sintiera por sí mismo. Lo que importaba era que él dominase al vagabundo senil y a esa muchacha caprichosa.

Dejó que Jane lo frotara con la toalla y le deslizara las manos entre las heridas, calmándolo y aliviándolo.

—¿Qué hay de tu padre? —le preguntó—¿No podría ayudarte?

—Ya no es mi padre. Ni pienso en él —Jane miró la luz del sol que bajaba por el pozo de la escalera, y juntó las manos en lo que parecía un signo masónico—. El suicidio es... un acto contagioso, se da en familias, sabes. Cuando alguien de tu familia no se atreve a suicidarse, y si pasa un par de años pensándolo... cuando realmente se toman tiempo, como si nunca hubieran hecho nada más importante, entonces es difícil no ver tu propia vida a través de los ojos de ellos. A veces siento que pierdo la cabeza.

Se incorporó con un movimiento de desaffío.

—Vamos, desvístete que te lavaré. Luego comeremos algo y te joderé.

Más tarde, cuando el lavado concluyó, Maitland se tendió en la cama, vestido con la bata de Jane. Se sentía fresco y reanimado. Había permanecido desnudo en la escalera mientras Jane le lavaba las piernas y el abdomen con manos enérgicas, limpiándole los cardenales y las manchas de grasa. Mientras ella preparaba algo de comer, Maitland observó cómo iba de un lado a otro, feliz en ese retiro doméstico. Jane sacó el equipo de fumar y preparó un cigarrillo.

—Jane, fumas demasiada yerba.

—Es buena para el sexo...

Jane empezó a inhalar el humo. Cuando acabaron de comer, la humareda llenaba el cuarto, y Maitland sintió que se relajaba por primera vez desde que llegara a la isla. Ella se quitó la falda y se tendió junto a él, apoyando la cabeza en la almohada, al lado de la de Maitland. Le ofreció el cigarrillo, flojo y mal liado, pero él ya estaba agradablemente intoxicado.

—Qué bien... —Jane inhaló profundamente y le aferró la mano—. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. Quizá suene raro, pero es la primera vez que no estoy ansioso por salir de aquí... Jane, ¿adonde vas todas las noches?

—Trabajo en un club... una especie de club, digamos. De cuando en cuando, engatuso, a alguno en la autopista... ¿y qué? Sórdido, ¿no te parece?

—Un poco. ¿Por qué no enderezas tu vida y empiezas de nuevo con alguien?

—¿Por qué no enderezas la tuya? Tienes muchos más problemas. Tu mujer, esa doctora... Tú ya estabas en una isla mucho antes de estrellarte aquí —se volvió a mirarlo—. Bueno, señor Maitland, supongo que será mejor que me desvista... no creo que usted pueda hacerlo.

Maitland se quedó tendido pasivamente, con una mano en la cadera de ella. Mientras se desvestía, Jane cambió de un modo sorprendente. La sonrisa satisfecha se desvaneció. Parecía que tener conciencia de su propia desnudez la distanciara de Maitland, activara en ella algún reflejo defensivo. Se arrodilló atravesada sobre él, apretándole la caja torácica con las rodillas agudas. Maitland se enderezó para tranquilizarla, pero ella se apartó, espetándole con dureza:

—Así no. Antes quiero algún dinero. Vamos, dinero a cambio de sexo.

—Jane... por el amor de Dios.

—Deja a Dios en paz... no me acuesto contigo por el amor de él ni por el de nadie —le tendió la billetera—. Cinco libras... quiero cinco libras.

—Jane, tómalo todo. Es tuyo.

—¡Cinco! —Jane le sujetó los hombros con las manos, clavándole las uñas en la piel magullada—. Vamos... ¡En la autopista cualquiera me paga diez!

—Jane... tu cara...

—¡Olvídate de mi cara!

Confundido por el exabrupto, Maitland hurgó torpemente en la billetera. Mientras contaba los billetes de una libra, ella se los arrebató y los guardó debajo de la almohada.

Maitland le sostuvo los pechos mientras ella montaba a horcajadas sobre él. Trató de tener conciencia de todos los movimientos y presiones de ese acto sexual, del orgasmo que lo atravesó como un rayo, sacudiéndole todos los nervios en tensión. Aceptó las reglas del juego de la joven, contento con la libertad que implicaban, con el reconocimiento de que ambos necesitaban evitar todo tipo de compromiso recíproco. Las relaciones que había tenido con Catherine y con su madre, incluso con Helen Fairfax, todas las mil y una transacciones emocionalmente sobrecargadas de la niñez, habrían sido más tolerables si él hubiera podido pagarlas con una moneda neutral, un dinero contante y sonante que saldara las pesadas cuentas de esas relaciones. Lejos de querer que esta muchacha lo ayudara a escapar de la isla, Maitland estaba utilizándola. Por motivos que nunca había aceptado antes, la necesidad de liberarse del pasado, de los años de la niñez, de su esposa y de sus amigos, con todos sus afectos y exigencias, y de vagabundear para siempre en la ciudad vacía de su propia mente.

Sin embargo, terminado el breve acto sexual, Jane Sheppard metió la mano bajo la almohada y le tendió a Maitland las cinco libras. Se arregló el pelo y torció la cara retirando los muslos acalambrados. Como Maitland titubeaba, le quitó el dinero de la mano y lo puso de vuelta en la billetera.

19. La bestia y el jinetes

—¡Espera, Proctor! ¡Detente aquí!

Montado sobre la espalda de Proctor, Maitland escudriñó el valle central de la isla. En el curso de la recorrida vespertina habían llegado al cementerio abandonado, al sur del depósito de chatarra. Ahora Maitland podía ver toda la isla, desde la cerca de alambre bajo el paso elevado hasta el extremo oeste. El empalme de las dos autopistas brillaba a la luz del sol, como una elegante escultura, y con frecuencia Maitland se imaginaba instalado en la rampa más alta como en una agradable terraza —jardín.

Debajo de él, Proctor se apoyó pacientemente en una lápida inclinada, sujetando con un brazo la pierna sana de Maitland, y apretando la cara arrugada contra las gastadas letras de una inscripción del siglo diecinueve. Maitland advirtió que Proctor rozaba subrepticamente las letras con los labios marcados de cicatrices. El olor dulzón del vagabundo se elevaba en el aire tranquilo como el de un animal doméstico bien cuidado. Maitland sujetaba con la mano izquierda el cuello del esmoquin de Proctor. En la derecha sostenía la muleta metálica, que levantaba para ir señalando los accidentes de la isla que le llamaban la atención. Tocando a Proctor con la punta de la muleta, lo guiaba a través de la isla.

Luego de observar un rato el tránsito de la tarde —una corriente intermitente de coches, autocares y transportes de combustibles—, Maitland se volvió de nuevo hacia el oeste. Varias veces por día visitaba ese puesto de observación. Desde allí podía ver si habían llegado intrusos a la isla. Además, hasta ese momento no había conseguido descubrir la ruta por donde escapaba Jane Sheppard; en alguna parte, a lo largo del terraplén del camino de acceso, tenía que haber una senda.

—Está bien, Proctor, sigamos. Toma el atajo hacia el Jaguar. Y por Dios, no me sueltes. No quiero romperme la otra maldita pierna.

Proctor gruñó ruidosamente y se enderezó. Asegurando a Maitland sobre los hombros, buscó entre la hierba hasta encontrar los gastados escalones del cementerio que descendían a la vieja calzada abandonada. Mientras avanzaban por el pastizal, Proctor iba guiándose con la mano señalada de cicatrices; los dedos gruesos y sensibles palpaban la densidad, humedad e inclinación de los tallos, rechazando algún corredor y escogiendo otro.

—Proctor, te dije por el atajo.

Maitland dio un golpecito con la muleta en la cabeza del vagabundo, indicándole una senda que pasaba por encima de un montículo abrupto. Proctor no hizo caso de la orden. Como bien sabía, el atajo podía hacer que Maitland fuera demasiado visible

para el tránsito de la autopista. Tomó en cambio una senda larga y serpenteante, bien disimulada por grandes matorrales de ortigas y paredes desmoronadas.

Maitland aceptó el rodeo sin discutir. Había domesticado al viejo vagabundo, pero ambos habían aceptado tácitamente que Proctor nunca lo ayudaría a escapar. Maitland se bamboleaba de un lado a otro sobre las espaldas del vagabundo, manteniéndose en equilibrio con ayuda de la muleta, como un gimnasta de circo. Arrastraba la pierna derecha, tan inútil como la vaina de una lanza quebrada.

Con un pesado resuello, Proctor avanzaba trabajosamente hacia el cementerio de coches. Sin esa bestia de carga, Maitland apenas podía moverse por la isla. La hierba y las ortigas, los saúcos y las ásperas malezas se habían multiplicado por todas partes bajo la densa lluvia de los últimos seis días, desde que se enfrentara con Proctor. Aunque el muslo herido había empezado a sanar, Maitland se sentía mucho más débil. La combinación de fiebre intermitente y alimentos contaminados le había quitado casi diez kilos, y Proctor podía transportarlo ahora sin dificultad. Los huesos de los muslos y de la pelvis emergían entre la musculatura, como si su esqueleto saliera a saludarlo. Al afeitarse, mirándose en el espejo de viaje de Jane Sheppard, se apretaba y masajaba las mejillas y la mandíbula. Los huesos se le reacomodaban en el rostro menudo y afilado donde asomaba un par de ojos fatigados, pero penetrantes.

A pesar del debilitamiento físico, Maitland se sentía confiado y con la cabeza despejada. Ahora que las lluvias habían cesado, podía planear otra vez cómo escaparse. Se había pasado los dos últimos días de diluvio frío y torrencial sentado a solas junto al hornillo, en el cuarto subterráneo, sabiendo que no sería capaz de trepar las pendientes fangosas y anegadas.

Maitland miró el terraplén que se secaba al sol. Después de dos días de aislamiento, esperando le reaparición de Jane Sheppard —quien al fin había regresado esa mañana—, una tenue pero nítida pantalla mental lo separaba del tránsito de la autopista. Haciendo un esfuerzo, consiguió pensar en su mujer, en su hijo y en Helen Fairfax, representándose mentalmente los rostros de cada uno. Pero le parecían cada vez más remotos; se alejaban como las nubes distantes que coronaban White City.

Cuando llegaron al cementerio de chatarra, se aferró a la espalda de Proctor. Proctor se abrió paso gruñendo entre los neumáticos desparramados alrededor. Maitland se daba cuenta de que la confrontación con Proctor y con Jane Sheppard había ocurrido justo a tiempo. Ahora, después de una semana de enfermedad y de estar poco menos que muñéndose de hambre, no hubiera sido capaz de enfrentarlos.

—Está bien... bájame aquí. ¡Con cuidado...!

Maitland dio a Proctor unos golpecitos en la cabeza. Por más mezquino que esto pareciese, disfrutaba de algún modo regañando al vagabundo. Añadió un segundo golpe, apuntando la muleta al surco plateado de tejido cicatricial que descendía por el

cuello de Proctor. Trataba por todos los medios de mostrarse enojado y de mal humor, animándose a disfrutar de esos castigos. En cuanto se relajara, Proctor lo destruiría.

Proctor levantó la gran espalda encorvada y depositó a Maitland junto al Jaguar. Aunque obviamente respetaba a Maitland, lo observaba con ojos turbios, atentos a cualquier paso en falso. Maitland se acomodó la muleta bajo el brazo derecho. Apoyando una mano en la cabeza de Proctor, avanzó con movimientos rígidos hacia la parte trasera del coche destrozado. El Jaguar estaba ya hundido en la maleza que crecía borrando hasta el último rastro de terreno ennegrecido.

Maitland evitaba los ojos de Proctor, y miraba alrededor con un rostro deliberadamente inexpresivo. Tenía la esperanza de que alguien hubiera venido a inspeccionar el coche, un funcionario de la autopista o un obrero del equipo de mantenimiento que pudiera comunicar el número de la matrícula a algún policía.

Maitland se asomó al mugriento interior del coche, miró el asiento carbonizado y el tablero de instrumentos. Nadie había tocado los jirones de toalla manchados de aceite ni las botellas vacías. Aferró con fuerza la canaleta del techo, apretando la palma contra el borde afilado, intentando recobrarse.

Descubrió sorprendido que estaba mucho más fuerte de lo que había imaginado. Durante varios segundos había permanecido erguido sin la muleta. La pierna derecha, aunque todavía rígida en la articulación de la cadera, soportaba bien el peso del cuerpo, y si él se apoyaba en la pierna izquierda, casi podía caminar. Decidió no revelar hasta qué punto se había recuperado. Se las arreglaría mejor si Jane y Proctor continuaban considerándolo un tullido.

—Está bien... Veamos qué tengo para ti.

Le indicó a Proctor que se apartara y abrió el portaequipajes.

Proctor lo miraba con ojos astutos y expectantes, casi como si estuviera esperando pacientemente a que Maitland cometiera un desliz. A veces parecía invitarlo a que lo golpease con la muleta, como si se diera cuenta del placer calculado que sentía Maitland al castigarlo, estimulándolo en la esperanza de que llegara a gustarle de veras, de modo que nunca quisiera irse de la isla.

Sólo los pocos regalos comprados por la muchacha —un pan en rebanadas, una lata de cerdo envasado, traídos del supermercado de la zona apaciguaban a Proctor. Y sobre todo, varias botellas de vino tinto barato habían mantenido la autoridad de Maitland. El vino era algo que Proctor temía y exigía a la vez; por la noche, cuando había llevado a Maitland al cuarto subterráneo, y luego de barrer el suelo y encender la lámpara, regresaba vestido con el esmoquin. Maitland lo recompensaba con una taza de la embriagadora bebida y le entregaba la botella. Y mientras seguía tendido junto a la muchacha, fumando un cigarrillo antes de que ella partiera para el trabajo nocturno, ambos oían por encima de la hierba susurrante la estrepitosa voz de Proctor, una profunda música de topo, y la respuesta quejumbrosa y suave del arpa

verde.

Proctor esperaba, expectante, a que Maitland levantara la tapa. El portaequipajes había sido para él un cuerno de extraordinaria abundancia: un par de pesados chanclos de goma, un juego de gemelos de imitación jade que Maitland había comprado en París tras haber extraviado los suyos, un viejo ejemplar de la revista *Life*. Proctor se había llevado estas cosas como si fueran tesoros inapreciables y misteriosos. Observándolo, Maitland se convenció de que a Proctor nunca le habían dado nada en la vida, y de que su poder sobre el vagabundo dependía tanto de estos regalos como de las vespertinas botellas de vino. Quizás un día prescindirían de los regalos como tales y conservarían solamente el acto, convertido en una ceremonia artificial de gestos y actitudes.

Maitland observó el interior del portaequipajes. Poco quedaba ya, aparte del equipo de herramientas del coche, y ése era un regalo que se resistía a hacer. Las herramientas podían ayudarlo a la hora de fugarse.

—Parece que no queda nada, Proctor. Esta abrazadera de la rueda no te servirá de mucho.

Proctor hacía gestos inciertos, un planeta de arrugas en el rostro. Como un niño hambriento incapaz de aceptar que la despensa está vacía, parecía aún más impaciente. Todo un conflicto de expresiones le pasó por la cara: codicia, paciencia, necesidad. Mientras brincaba sobre uno y otro pie, se acercó más a Maitland y lo codeó varias veces, de una manera no del todo amistosa.

Perturbado por ese alarde, una irónica venganza nacida de su propia bondad hacia el vagabundo —cuánto más dócil se ponía Proctor con un golpe de palo en el cuello—, Maitland buscó dentro de la caja del vino, donde quedaban dos botellas de Borgoña blanco. Había pensado guardárselas, y se había valido de Jane para comprarle al vagabundo el barato clarete español.

—Está bien, Proctor. Puedes quedarte con una, pero no te la bebas hasta la noche.

Le entregó la botella, que el vagabundo aferró con fuerza, con los brazos trémulos de excitación. Durante un momento, pareció olvidarse de Maitland y el coche incendiado.

Maitland lo observaba en silencio, acariciando la muleta.

—Me necesitas para racionarlo, Proctor... no lo olvides. He cambiado totalmente la economía de tu vida. Bebes vino con las comidas, te vistes para la cena... Estás demasiado ansioso de que te exploten...

Mientras Proctor lo llevaba de nuevo al refugio antiaéreo, Maitland miró la calzada del paso elevado. Luego de dos días de lluvia, el cemento no había tardado en secarse, y el costado blanco atravesaba el cielo como la muralla de algún enorme palacio aéreo. Debajo estaban los caminos que llevaban al cruce elevado del oeste, un laberinto de rampas y caminos de acceso. Maitland se sentía solo en un planeta

extraño y abandonado, en el que toda una raza de constructores de autopistas se había desvanecido tiempo atrás, dejándole como legado ese desierto de cemento.

—Libre de irme, ahora... —murmuró para sí mismo—. Libre de irme...

Mientras descansaba al sol se recostó contra la pared del refugio antiaéreo, envuelto en el chal amarillo. Proctor se acuclilló en el suelo, a unos pasos de distancia, preparándose para abrir la botella de Borgoña. Primero llevó a cabo el ritual, breve pero cuidadoso, que acompañaba a todas las latas de carne y los paquetes de bizcochos que le daba Maitland. Raspó con el cuchillo la etiqueta de la botella y desgarró el papel desteñido. Luego de regalarle al vagabundo el ejemplar de *Life* que desde hacía tres años estaba en el portaequipajes del Jaguar, con la esperanza de que las fotografías orientaran la mente de Proctor hacia el mundo que se extendía más allá de la isla, Maitland había visto como la revista se transformaba en una pila de papel minuciosamente desmenuzado.

—No te gustan las palabras, ¿verdad, Proctor? Hasta te estás olvidando de hablar.

Lo mismo podía decir de los ojos de Proctor. Maitland sabía que no estaba volviéndose ciego; simplemente, Proctor prefería confiar en los dedos cubiertos de cicatrices y en el sentido del tacto, dentro del ámbito seguro de las malezas de la isla.

Maitland se volvió hacia el bloque de cemento del camino de acceso, la superficie blanca sobre la que había escrito aquellos confusos mensajes.

Invadido por la súbita convicción de que no tardaría en escapar, chasqueó los dedos, y levantando la muleta como si fuera un puntero, y él un maestro de escuela, señaló a Proctor.

—Proctor, te enseñaré a leer y escribir.

20. El bautismo de la isla

Sentado en el suelo húmedo, junto al bloque de cemento, Maitland observaba cómo Proctor trabajaba afanosamente, feliz como un niño. En el término de media hora, el alumno renuente se había convertido en ávido aprendiz. Las letras vacilantes de su primer alfabeto se habían convertido en firmes y nítidas. Trabajaba con las dos manos sobre la pendiente de cemento, dibujando lado a lado las aes y las equis.

—Está bien, Proctor, has aprendido rápido —lo felicitó Maitland. Sentía un cierto orgullo por la proeza de Proctor, el mismo placer con que había enseñado a su hijo a jugar al ajedrez—. Es un invento maravilloso... ¿por qué no escribiremos todos con las dos manos al mismo tiempo?

Proctor contemplaba con deleite su trabajo. Maitland le entregó otros dos lápices de labios de los que había sacado del cuarto de Jane. Proctor le apretaba el brazo a Maitland como para asegurarle que era un alumno serio. Al comienzo, cuando Maitland había dibujado las primeras letras, el vagabundo se había negado a mirarlas, encogiéndose como si lo amenazara alguna terrible maldición. Diez minutos de paciencia habían bastado para que perdiera el miedo, y la superficie inferior del bloque estaba toda cubierta de letras ondulantes.

Maitland se acercó a Proctor.

—No lleva demasiado tiempo, ¿verdad...? Tantos años desperdiciados... Ahora, deja que te enseñe a escribir algunas palabras. ¿Con qué quieres que empecemos...? ¿Circo, acróbata?

Los labios de Proctor se movieron en silencio, balbuceando con timidez:

—P... P... Proc—tor...

—¿Tu nombre? Por supuesto, no lo pensé. Es un momento único —Maitland le palmeó la espalda—. Ahora mira. Quiero que copies esto en letras de un metro de altura.

Tomó el lápiz de manos de Proctor y escribió:

MAITLAND SOCORRO

—P... P... Proctor... —repitió Maitland mientras pasaba los dedos por las letras—. Es tu nombre. Ahora cópialo en letras muy, muy grandes. Recuerda que es la primera vez que lo escribes.

Con los ojos húmedos de orgullo, el vagabundo miraba fijamente las letras que había trazado Maitland, como si intentara grabárselas para siempre en la mente nublada. Garrapateó las letras con ambas manos, sobre el cemento. Empezaba cada

palabra desde el centro y luego seguía hacia la izquierda y la derecha.

—¡De nuevo, Proctor! —le gritó Maitland por encima del rugido de un camión que subía por el camino de acceso. Excitado, el vagabundo estaba mezclando todas las letras en una masa indescifrable—. ¡Empieza otra vez!

Arrastrado por su propio entusiasmo, Proctor no le hizo caso. Siguió garabateando empeñosamente en el cemento, mezclando los fragmentos del nombre de Maitland, dibujando alegremente las letras con trazos que descendían hasta el suelo, como si estuviera decidido a cubrir hasta el último centímetro cuadrado de la superficie de la isla con lo que él suponía que era su nombre.

Al fin satisfecho, se apartó de la pared y fue a sentarse junto a Maitland, sonriendo con orgullo.

—Dios todopoderoso...

Desalentado, Maitland apoyó la cabeza contra la muleta. La treta había fracasado, en parte porque él no había tenido en cuenta la gratitud lacrimógena de Proctor.

—Muy bien, Proctor... te enseñaré unas palabras más.

Cuando el vagabundo se tranquilizó, Maitland se inclinó hacia adelante, susurrándole con deliberada malicia:

—Palabras nuevas, Proctor... como «joder» y «mierda». Te gustaría poder escribirlas, ¿verdad?

Entre risitas nerviosas de Proctor, Maitland escribió cuidadosamente:

SOCORRO CHOQUE POLICÍA

Observó a Proctor mientras el vagabundo transcribía de mala gana las palabras, trabajando con una sola mano, mientras usaba la otra para cubrir lo que había escrito, como si temiera que lo descubrieran. Pronto se interrumpió y borró el mensaje con el dorso de la mano, escupiendo sobre el cemento.

—¡Proctor! —Maitland intentó detenerlo—¡Nadie te verá!

Proctor arrojó los lápices al suelo. Con sostenido orgullo, miraba los fragmentos desordenados del nombre de Maitland; después se sentó en la hierba. Maitland comprendió que escribir obscenidades en el muro sólo lo había entretenido un rato, y ahora se negaba a seguir participando en lo que consideraba un exhibicionismo pueril.

21. El delirio

Exhausto, ya casi sin voluntad, Maitland se aferraba a los hombros de Proctor mientras iban de un lado a otro por la isla. La bestia inclinada y el pálido jinete se paseaban entre los remolinos de hierba. De vez en cuando Maitland se recuperaba y se enderezaba, empuñando la muleta de metal. Intentaba mantenerse despierto y regañaba y golpeaba a Proctor en cada vacilación o tropiezo. El vagabundo se esforzaba como si ese insensato viaje por la isla fuera lo único que pudiera revivir al herido. En ocasiones descubría deliberadamente la cicatriz inflamada que tenía en el cuello, y se la ofrecía a Maitland con la esperanza de que éste se reanimara maltratándolo.

Durante el tercer recorrido por la isla, cuando ya habían llegado una vez más al cementerio de chatarra, Proctor lo bajó al suelo. Maitland se hundió débilmente en la hierba. El vagabundo lo levantó con manos vigorosas y lo recostó contra el guardabarros trasero del Jaguar. Sacudió por los hombros a Maitland, procurando que se concentrara.

Maitland apartó los ojos del tránsito. La refracción del aire de la tarde hacía que las autopistas parecieran inciertas y amenazadoras, reverberando bajo el estrépito de los neumáticos y los motores.

Maitland observó a Proctor que se paseaba por el cementerio de chatarra, descolgándose del cinturón las trampas para ratas e instalándolas entre los coches destrozados. En el techo polvoriento del taxi volcado, Proctor trazó con el dedo los mutilados fragmentos del nombre de Maitland.

Cuando descubrió que él lo miraba, Proctor se puso a practicar los ejercicios gimnásticos, esperando que un salto mortal o una cabriola despertarían el interés de Maitland. Maitland aguardó pacientemente mientras Proctor brincaba alrededor, frotándose con nerviosidad la nariz cada vez que volvía a levantarse. El aire cálido se movía por la isla, calmando la hierba y la propia piel de Maitland, como si ambas fueran elementos de un mismo cuerpo. Recordó cuando había intentado arrancarse trozos de carne lastimada, dejándolos en los lugares en que se había abierto las heridas. El muslo y la cadera, la boca y la sien derecha, todo se le había curado ahora, como si esa terapia mágica hubiera funcionado de algún modo y Maitland hubiera conseguido dejar los miembros heridos en los sitios adecuados.

De la misma manera comenzaba a despojarse ahora de sectores enteros de su mente, a arrancarse los recuerdos de dolor, de hambre y de humillación: los recuerdos del terraplén donde había chillado como un niño, llamando a Catherine, del asiento trasero del Jaguar donde se había compadecido de sí mismo... dejaría esos recuerdos

a la isla.

Esta perspectiva lo reanimó, y le indicó a Proctor que quería montarlo. Mientras atravesaban la isla, volviendo a pasar por el cementerio, Maitland vio los fragmentos de su propio nombre que Proctor había estado dibujando en los muros y lápidas en ruinas, sobre las herrumbradas chapas de hierro galvanizado junto a la imprenta del sótano. Estos anagramas crípticos, el sereno mensaje de Proctor a sí mismo, los rodeaban por todas partes.

Maitland escudriñó el perímetro de la isla, esperando descubrir alguna señal de la muchacha. Si quería escapar de la isla, el camino más fácil era la ruta por la que Jane salía y entraba. Aguardó a que ella apareciera. Hambriento pero incapaz de comer, se sentó en el terraplén, junto a la cerca, mientras Proctor pasaba los dedos por entre la malla de alambre y elegía unas sobras de comida entre los desperdicios de la semana. Maitland se dio cuenta de que había olvidado qué día era... miércoles o quizá viernes.

Proctor le acercó el plato de metal, ofreciéndole una rebanada de pan húmedo, cubierta con trozos de cartílago de cerdo. Parecía realmente preocupado por los planes apenas coherentes que Maitland ideaba para escapar de la isla.

Maitland golpeó sordamente el suelo con la muleta, apartando la comida. Sacó una libra de la billetera y el resto de un lápiz de maquillaje azul que había tomado de la mesita de cosméticos de Jane Sheppard.

—Podemos comprar comida, Proctor... y no tendremos que depender de *ella*... Por una libra podemos... —se interrumpió y ahogó una interjección, riendo entre dientes—. Dios, ¿tú prefieres esta porquería!

En el margen del billete garabateó un breve pedido de auxilio; luego lo dobló y se lo dio a Proctor.

—Ahora podemos comprar comida de verdad, Proctor.

Proctor tomó el billete y lo depositó firmemente en la mano de Maitland.

Maitland se recostó contra el terraplén, escuchando el murmullo del tránsito de la tarde. El sol ya empezaba a descender en el cielo del oeste. La luz destellaba sobre los parabrisas de los primeros coches que salían de la ciudad.

Un viento más fresco corría por debajo del paso elevado, removiendo los papeles de los desechos. Maitland abrió la billetera y sacó el fajo de billetes. Mientras Proctor miraba fijamente el dinero, como un animal hipnotizado, Maitland ordenó los treinta billetes en una serie de hileras, como un jugador que tiende una última mano. Puso un guijarro sobre cada billete.

—Espera Proctor...

Al azar, Maitland levantó uno de los guijarros. El viento se apoderó del billete y se lo llevó a través de la isla. El billete trepó por el aire, y revoloteó por encima del tránsito. Al fin descendió y desapareció bajo las ruedas.

—Vuela, Peter...

Levantó otro guijarro.

—Vuela, Paul...

Proctor se abalanzó, procurando atrapar el segundo billete, pero se le escabulló en el aire. Dio vueltas alrededor de Maitland, como un perro nervioso, intentando entender qué pasaba.

—Señor Maitland... por favor... más dinero volador no.

—¿Dinero volador? ¡Sí! —Maitland señaló hacia el túnel del paso elevado—. Allá arriba hay más, Proctor, mucho más —advirtiendo que Proctor no veía otra cosa que las hileras de billetes de banco que se agitaban bajo el aire de la tarde, Maitland los recogió—. Yo traía el sueldo conmigo. ¿Cuánto te parece que había? ¡Veinte mil libras! Están allá arriba, por alguna parte. Proctor. ¿No las viste en el túnel, cuando arreglaste la barricada? —Maitland hizo una pausa esperando a que se reacomodaran las piezas del rompecabezas mental de Proctor—. Escucha, Proctor, tú puedes quedarte con la mitad. Diez mil libras. Te podrías *comprar* toda esta isla...

Se recostó exhausto, mientras Proctor se ponía ansiosamente de pie, los ojos desorbitados ante una esperanza con la que nunca había soñado.

Proctor se encaminó hacia el terraplén y Maitland esperó con impaciencia sobre el techo del refugio antiaéreo. Tamborileando con la muleta, observó cómo el tránsito emergía del túnel del paso elevado. La única esperanza que le quedaba era que Proctor entrara en el túnel, y que lo atropellaran y lo mataran. Sólo entonces los coches se detendrían.

Proctor estaba ahora de pie entre la hierba espesa, al pie del terraplén. Se volvió a mirar a Maitland, quien le hizo señas de que siguiera.

—¡Adelante, Proctor, adelante! —le gritó roncamente—. ¡Compra la isla! —y para sí mismo, rogó en voz alta—: Atropéllenlo...

Apenas alcanzaba a dominarse mientras observaba a Proctor que subía por el terraplén. El tránsito se movía rápidamente hacia el túnel desde el empalme del oeste.

—¿Qué pasa? —Proctor ya había llegado a la cima y estaba en cuclillas detrás de la empalizada de madera. Miró con aire incierto hacia Maitland, y movió las manos explorando el aire extraño, mientras los coches pasaban rugiendo a un metro por encima de él.

Con un grito de furia, Maitland se incorporó trabajosamente. Mientras sacudía la muleta en el aire, avanzó cojeando por el suelo pedregoso, hacia el terraplén.

Pero Proctor ya estaba de vuelta. Con la cabeza inclinada, se deslizaba cuesta abajo, como un cangrejo buscando con las manos marcadas de cicatrices la hierba familiar.

Maitland avanzó tambaleándose, azotando las ortigas con la muleta. Resbaló y cayó al suelo, frustrado, y Proctor se le acercó. La cara enorme emergió entre las

malezas como la de una bestia preocupada pero amable.

Maitland estaba tendido en la hierba. Enarboló la muleta para golpear las piernas de Proctor.

—Vuelve... ¡busca el dinero!

Proctor ignoró la amenaza y extendió una mano, con una sonrisa tranquilizadora. Maitland lo miró y comprendió por qué Proctor había vuelto. La mente brumosa del vagabundo había supuesto que si él encontraba el dinero, Maitland se iría de la isla, de modo que había vuelto para cuidarlo.

Proctor levantó a Maitland y lo cargó otra vez sobre las anchas espaldas.

—Proctor... —Maitland se balanceaba sobre la montura—. Tú estás esperando a que yo me muera.

Entumecido, se aferró a la espalda del vagabundo, las piernas flojas contra la hierba susurrante. El aroma dulzón del cuerpo de Proctor subió hacia él y por algún motivo lo identificó con el olor de la comida. Maitland se dio cuenta de que el vagabundo lo llevaba al submundo de malezas y castillos de ortigas junto al cementerio. La puerta de la cripta se abrió y Maitland atisbo la cámara en penumbras por encima de la cabeza de Proctor.

Sobre uno de los estantes destinados a ataúdes había una colección de objetos metálicos arrancados del coche de Maitland: un espejo retrovisor, el emblema del fabricante, varillas cromadas, todo dispuesto cuidadosamente como sobre un altar en el que un día reposarían los huesos de un santo venerable. Alrededor estaban los gemelos y los zapatos de goma que él le había dado a Proctor, la botella de loción y la crema de afeitar: las chucherías con que Proctor ornamentaría el cadáver de Maitland.

22. El pabellón de puertas

—¡Despierta! ¿Estás bien?

La hierba bullía alrededor, los tallos ásperos le azotaban la cara. Maitland estaba tendido de espaldas y con los brazos abiertos al sol de la tarde, sintiendo cómo le calentaba los huesos del pecho. La luz amarillenta se movía por la hierba como cubriéndola con capas de barniz cada vez más espesas.

—¡Despierta!

La voz chillona de la muchacha lo sacó del sueño. Jane estaba de rodillas en la hierba, tocándole el hombro, mientras lo miraba con desconfianza.

—Escucha, ¿te sientes bien? —por encima del hombro, miró a Proctor, agazapado junto a la entrada del sótano del cine—. Proctor, ¿qué diablos le hiciste? No sé... tal vez tendríamos que dejarlo arriba, en algún lugar del camino, y esperar que la policía lo encuentre.

—¡No!

Maitland extendió una mano que parecía una garra y aferró con fuerza el brazo derecho de Jane.

—No... quiero quedarme aquí. Por el momento.

—Está bien... —la muchacha se frotó el brazo dolorido—. Quédate. Pero te advierto que yo tal vez me vaya. Puedes utilizar mi cuarto, si quieres.

Maitland sacudió la cabeza, tratando de calmarla. El sueño le había despejado la cabeza y se sentía otra vez descansado y tranquilo. Recordó los interminables viajes por la isla, montado en Proctor, y los fragmentos multiplicados de su propio nombre que parecían confundirlo y amenazarlo. Tal vez le había vuelto la fiebre sin que él lo advirtiese, o el hambre lo había trastornado y había intentado matar a Proctor. En cuanto a la muchacha, estaba pasando cada vez menos tiempo en la isla... tendría que ocurrírsele algo para retenerla.

—Jane, si te vas, me moriré aquí. Proctor ya está proyectando enterrarme.

Jane lo miró como un niño pensativo que observa a una criatura desconocida.

—Pero me parece que tu pierna va mejor. Esta mañana casi caminabas —Jane se puso de pie, sacudiendo la cabeza.

—No sé. Está bien, me quedaré. Traeré el vino y se lo daré a Proctor.

—Todavía no —Maitland se enderezó, mentalmente alerta. Con una mano señaló a Proctor.

—Quiero que traiga la cama.

—¿A dónde? No va a dormir con nosotros.

—Aquí. Dile que me la traiga. Y después quiero que me construya un refugio. Yo

le enseñaré cómo.

Dos horas más tarde, Maitland descansaba en la pequeña choza, un pabellón de herrumbre que Proctor había construido alrededor de Maitland con trozos de carrocerías de coches. Los lados eran un semicírculo de puertas, atadas por los pilares de las ventanillas. Encima, dos capós formaban un techo elemental. Maitland estaba cómodamente tendido en la puerta abierta del pabellón, observando satisfecho cómo Proctor arreglaba los últimos detalles. No sólo le había traído la cama a Maitland, sino también dos cobertores. Había varias puertas con restos de la escritura del vagabundo, pero Maitland decidió conservarlas.

—Ha hecho un buen trabajo —Jane había dado vueltas alrededor del pabellón mientras Proctor trabajaba. Fumando el cigarrillo que había liado, miraba de reojo el tránsito distante. La hierba crecida y los muros en ruinas ocultaban la choza de Maitland—. Al menos tan bueno como estos edificios raros que se hacen hoy. Ya veo que eres un verdadero arquitecto.

Se inclinó contra una puerta y bajó el cristal de la ventanilla para hablar con Maitland.

—¿Vas a pasar la noche aquí?

—No... esto es mi... casa de verano.

—¿Y el vino? ¿Se lo doy?

Proctor estaba cerca, pacientemente acurrucado, enjugándose el sudor de la cara con una toalla vieja. Tenía en las manos el esmoquin, como si no se atreviera a ponérselo, temiendo irritar a Maitland, y miraba a Jane, los ojos clavados en la botella de vino. Maitland señaló la ruinoso taquilla.

—Dile que espere ahí, donde yo no lo vea.

—Ha trabajado mucho por ti.

—Jane... —con un ademán de cansancio, Maitland le indicó que se apartara. La luz roja del sol declinante le iluminó el cuerpo consumido—. Él ya no me interesa.

Le quitó a Jane la botella y se la llevó a la boca. Bebió a tragos largos y continuos, casi sin saborear el vino áspero. Como un jeque mendicante que contempla la árida extensión de su reino, se puso en cuclillas sobre la cama, a la entrada del enmohecido pabellón. Ahora había pasado más allá del agotamiento y el hambre, a un estado en el que las leyes de la fisiología, el sistema corporal de necesidades y respuestas, habían sido suspendidas. Escuchó el tránsito, la mirada fija en el disco rojo del sol que se hundía detrás de los bloques de apartamentos. La luz enjoyaba los paneles de vidrio. El rugido de los coches parecía venir desde el sol.

Maitland se inclinó hacia adelante alcanzándole el vino a Jane mientras observaba el extremo de la isla. Durante un fugaz instante había visto la figura familiar del viejo de pelo blanco, avanzando por el carril del este en la pequeña motocicleta. La luz del sol poniente había alumbrado la cabeza blanca cuando el hombre y la moto

aparecieron en una brecha entre las dos corrientes de tránsito. Maitland intentó volver a verlo, pero los vehículos se apretaban en todos los carriles de la autopista. Recordó el terror con que había mirado al viejo la primera vez. Ahora en cambio la visión lo había tranquilizado.

—Proctor sigue esperando el vino.

La muchacha estaba erguida frente a él, contoneándose agresivamente mientras aferraba la botella por el cuello. La mayor parte del vino había desaparecido y Maitland se dio cuenta de que en los últimos diez minutos ella había estado bebiendo con él. Desagradablemente eufórica, el silencio de Maitland sólo conseguía irritarla.

—Eres una mierda. ¿Te estás muriendo? No te mueras aquí.

Maitland la observaba mientras ella fumaba el cigarrillo. Sacudió el cabello con un floreo de la cabeza, desafiando a Maitland que miraba fascinado el sol poniente.

—Crees que te irás de aquí. Pues déjame que te diga que no. Te imaginas que puedes pasarte el día ahí, tendido, pensando. A nadie le importa un rábano lo que pienses. Tú... no eres nadie.

Maitland dejó de escuchar, oyendo apenas la voz de Jane, que resonaba en el aire cada vez más oscuro. Estaba convencido de que ya no absorbía nada de lo que comía o bebía; el vino se le había estancado como un charco frío en el estómago.

La muchacha le abofeteó la cara con la mano, tratando de que le prestara atención.

—¿A quién odiarás ahora? —le preguntó con agresividad—. ¿No te estás poniendo demasiado exigente? Me humillas con esta conversación. Te aseguro que de camas entiendo más que tú. Creo que eres un viejo piojoso y repugnante y no me haré cargo de ti, maldito seas. Por Dios... qué lunático. Estás completamente loco.

Maitland volvió la cabeza, siguiéndola con la mirada, mientras Jane se paseaba fuera del pabellón, vociferando sola. Se mecía como al compás de alguna música interior, y él supo que ella estaba hablando con algún otro.

—No estoy bailando en este apartamento, arrastro los pies. Pero no importa, hace bien. Mantengamos una calma elegante y mañana por la tarde ya estaremos separados. Hermosa música, de verdad. Escucha, yo no necesito gustarle a nadie. No seas niño. Es estupendo que tú y yo hayamos terminado. No quiero verte nunca más. Haz el favor de no llamarme por teléfono. Y de no interferir en mis relaciones profesionales. Este disco es hermoso. Muy bueno para la cama. Tendrías que intentarlo alguna vez.

En un momento de lucidez, Jane miró fijamente a Maitland a través del resplandor purpúreo, reconociéndolo antes que la cólera le nublara otra vez la mente.

—Te harás atropellar, chico. A Dios gracias, pronto estarás fuera de mi vida. Tendrías que vivir en un mercado oriental. Yo te amaba tiernamente y tú lo estropeaste todo. Doce horas más, y te habrás ido. ¿A quién le interesa estar con

alguien? Me aburres a muerte. De niño nunca tuviste amor ni afecto. No hagas ninguna barbaridad esta noche. Por aquí hay montones de gente simpática. Tú, ¿por qué eres tan mierda? Esa condenada muchacha americana. Es una puta. Tan conceptual. Tan brillante. Ya sé...

La voz se le apagó. Jane buscó a tientas la botella de vino que había dejado caer, la recogió, y con un grito se la arrojó a Proctor, agazapado junto a la taquilla en penumbras. La botella se estrelló contra los postigos de madera. Los fragmentos de cristal brillaron como ojos enloquecidos.

Proctor iba de un trozo a otro, lamiéndolos con los labios llenos de cicatrices. Maitland escuchó pasivamente a la muchacha mientras ella insistía en hablarle de su promiscuidad, como si creyese que él era el padre de su hijo muerto.

Maitland se levantó y se acercó a ella. Sujetándole los brazos, la estrechó contra el pecho, la tranquilizó y la consoló, apartándole de la cara el pelo húmedo. Luego la llevó hacia la entrada del sótano. Se sentaron juntos, sobre la cama, en la habitación calurosa. Ella ahogó un sollozo breve y los ojos se le despejaron. Recobrándose, se volvió hacia Maitland.

—Mira, no puedes quedarte aquí más tiempo. Eres un saco de huesos. Y mentalmente... necesitas un médico. Telefonaré ahora mismo a tu mujer, para que vengan a buscarte esta noche...

—No —Maitland le tomó con calma las manos—. No llames a nadie, ¿me entiendes?

—Está bien —asintió Jane, de mala gana—. Escucha, descansa aquí dentro esta noche. Mañana te ayudaré a subir al camino y te llevaremos a un hospital.

—Muy bien, Jane. Seguiremos juntos —Maitland le rodeó los hombros con un brazo—No quiero que nadie se entere de que estoy en la isla.

Ella se le apoyó cansadamente contra el pecho.

—Proctor quiere irse. Me pidió que lo llevara conmigo.

23. El trapecio

Poco después del amanecer, los primeros rayos del sol brillaban sobre la isla pasando entre los pilares de cemento del paso elevado. Apoyado en la muleta, Maitland recorría el valle central. Mientras se desplazaba por el terreno desparejado, escudriñaba los altos terraplenes con los ojos atentos de un guardabosque que busca a un cazador furtivo.

Hacía una hora que patrullaba la isla, y el rocío de la hierba le empapaba los pantalones andrajosos. Cuando el último de los camiones nocturnos avanzaba trabajosamente por la autopista, se recostó contra la puerta cerrada del refugio de Proctor. Observó las complejas sombras y geometrías que formaban los postes de señales y los cables, las luces de la autopista y las murallas de cemento. Un coche solitario venía por el carril del oeste, y Maitland levantó la muleta para saludar al conductor. Pese a todas las decepciones sufridas durante su larga pugna por escapar de la isla, todavía se aferraba a la esperanza de que alguno se detuviera súbitamente a recogerlo.

Maitland se apartó del refugio y echó a andar hacia la luz del sol que salía por debajo del paso elevado. A cincuenta metros de la cerca de malla de alambre, la sorpresa le cortó el aliento y dejó caer la muleta entre la hierba húmeda.

Un vehículo municipal de reparaciones estaba estacionado en el centro de la rampa. Sólo alcanzaba a ver el techo de la cabina del conductor y la plataforma telescópica, por encima de la balaustrada de hormigón, pero Maitland comprendió que los obreros no tardarían en subir a reparar la base de la rampa, donde el cemento se había desprendido en partes. De la balaustrada colgaba un andamio, con unas cuerdas suspendidas del borde. Una de ellas llegaba a poco menos de dos metros del suelo.

Confundido por la presencia del vehículo, Maitland tanteó el aire, buscando la muleta. Susurró roncamente, en un espontáneo grito de socorro. Por encima de la balaustrada asomaron brevemente las cabezas del conductor y de otros dos obreros, que iban hacia un segundo vehículo, detenido a unos trescientos metros.

Tembloroso de excitación, Maitland recogió la muleta y siguió avanzando. Tres metros por detrás de él, una figura vestida de negro se lanzó hacia adelante, saliendo de entre la maleza. Cuando Maitland se volvió, tropezando con una chapa oxidada de hierro galvanizado, reconoció a Proctor. El vagabundo corrió con los brazos extendidos. Debajo del esmoquin llevaba la malla raída. Saltando por encima de los neumáticos amontonados en la hierba, se precipitó hacia la cuerda que colgaba cerca del suelo.

—Proctor, ¡déjala!

Maitland empuñó la muleta y se lanzó hacia adelante, golpeando el suelo, intentando que Proctor se asustara y se fuera. Pero el viejo acróbata ya había saltado. Aferró la cuerda, se meció en el aire, y trepó. Los brazos poderosos se le movían como pistones, y los pies se enroscaban apoyándose en el cabo suelto.

Casi mudo de miedo, Maitland golpeó la cuerda con la muleta. Si Proctor conseguía escapar, la muchacha no tardaría en abandonarlo. Estaba seguro de que el ofrecimiento de Jane de la noche anterior, telefonar pidiendo ayuda, sólo había sido una treta. En el momento en que ella llegase al terraplén, habría desaparecido para siempre, y detrás de ella se iría el vagabundo. Si se quedaba solo en la isla, Maitland no sobreviviría mucho tiempo.

Proctor se encaramó a la balaustrada. Confirmando los temores de Maitland, lo miró con una mueca de astucia.

—¡Proctor, baja!

Proctor se apoyó y pasó las piernas por encima de la balaustrada. Luego escudriñó el camino vacío. Tras hacer una seña a Maitland, desató las cuerdas, y la plataforma de madera descendió en el armazón de acero. Proctor recogió las cuerdas sujetas al cabestrante del camión, pasó otra vez por encima de la balaustrada, y de un salto se subió a la plataforma.

Al ver que Proctor hacía descender el andamio, Maitland comprendió que el vagabundo, lejos de huir de él, procuraba en realidad ayudarlo a escapar. Aún empeñado en impresionar a Maitland con su pericia de ex trapecista, Proctor hamacó el andamio de un lado a otro.

—Muy bien, Proctor... —murmuró Maitland—Estoy muy impresionado. Ahora, baja.

Pero Proctor ya no prestaba atención a Maitland. A seis metros por encima del suelo, moviendo confiadamente el cuerpo poderoso, hamacó el andamio en arcos cada vez más amplios. Se quitó el esmoquin y lo arrojó al suelo que oscilaba debajo. Rápido y hábil saltó del andamio en el momento en que estaba más alto, y se aferró con ambas manos al armazón de metal. Doblando el cuerpo como una navaja, impulsó el andamio y en el extremo del arco dio media vuelta en el aire, invirtió la posición de las manos, e impulsó el andamio hacia atrás. Una sonrisa infantil le iluminaba el rostro arrugado.

Una voz gritó en la carretera. La puerta de la cabina se cerró de golpe. Un momento después, el motor del camión se encendió, rugiendo. Colgado del andamio oscilante, Proctor miró hacia arriba con incertidumbre. Los cabos de la cuerda atados al cabestrante ya empezaban a estirarse, y los lazos se le iban cerrando sobre los hombros. Maitland agitó la muleta, indicándole que saltara. El vehículo se puso en marcha sin que el conductor advirtiera que Proctor estaba enredado en los cabos del

cabestrante.

El conductor aceleró, cambiando de velocidad. Antes que Proctor pudiera soltarse, el impulso lo echó hacia atrás, arrancándolo del andamio. Las cuerdas se apretaron ciñéndole la cintura y el cuello. Inmovilizado como una res en el matadero, quedó colgado encima de la plataforma. Pataleando mientras intentaba librarse de las cuerdas, fue llevado de espaldas por el aire.

El vehículo aceleró, y el motor ahogó los gritos de Maitland. Proctor seguía colgado mientras el camión se movía por encima de él, llevándolo hacia el pilar de cemento más próximo. Al fin el cuerpo golpeó sordamente el pilar como un saco de arena. Inconsciente, Proctor quedó flojamente colgado de la cuerda que le ceñía el cuello, transportado por el aire debajo del paso elevado, hasta que las cuerdas se enredaron en la armazón angulosa de un poste de señales.

Las cuerdas se partieron con un chasquido de latigazo. El camión continuó alejándose.

24. La evasión

El tránsito apretado se movía a lo largo de los carriles. El rugido de los motores retumbaba sobre la isla. Protegidos por la hierba, Maitland y Jane Sheppard estaban sentados junto al cuerpo de Proctor. Los techos de los refugios antiaéreos se elevaban alrededor como los lomos de unos animales que dormían enterrados en el suelo.

Proctor yacía boca arriba, con la cara y los hombros cubiertos por una manta floreada que Jane había traído de la guarida del vagabundo. La brisa levantaba el borde de la manta descubriendo parte del rostro de Proctor. Maitland se inclinó a acomodar la tela deshilachada.

Jane se enjugó las manos en la hierba, jadeando luego de haber ayudado a Maitland a arrastrar el cadáver por la isla. Todavía estaba pálida, y los huesos afilados de las mejillas y la frente le sobresalían como cuchillos debajo de la piel. Tendió una mano y tocó tímidamente con ella a Maitland.

—Me voy —le dijo—. Pronto llegará la policía.

Maitland asintió.

—Sí, tienes que irte.

—Yo no tengo nada que ver en esto... es cosa tuya y de Proctor.

—Por cierto.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Enterrarlo... En alguna parte encontraré una pala.

Jane le sacudió el hombro, intentando despabilarlo.

—¿Necesitas ayuda? Si no te importa... a mí los funerales me ponen la piel de gallina.

—No... —los ojos hundidos de Maitland miraban fijamente por entre el polvo que le cubría la cara—. Déjame aquí, nada más.

—¿Qué vas a hacer? No puedes quedarte.

—Jane, lo que quiero es irme a mi manera.

Ella se encogió de hombros, incorporándose.

—Pero como hablamos de irnos juntos... Haz como quieras —miró con disgusto a Proctor—. Probablemente fue un ataque al corazón. Qué pena... a su modo era un buen acróbata. ¿Y la comida? Yo podría traerte algo.

—No es necesario. Aquí hay comida.

—¿Dónde? —Jane siguió la mirada de Maitland, y observó la cerca de alambre—. No puedes seguir aquí. Te ayudaré a trepar el terraplén y tomaremos un taxi — como Maitland no contestaba, lo sacudió por los hombros—: ¡Escucha! ¡Iré a pedir ayuda! ¡En media hora estarán aquí!

Con voz clara, Maitland le habló por última vez.

—Jane, no. Me iré de la isla, pero cuando sea la hora —sacó la billetera y le entregó el fajo de billetes grasientos—. Llévatelos, no los necesito. Pero prométeme que no le dirás a nadie que estoy aquí.

Con una mueca de tristeza, ella guardó el dinero. Se sacudió el polvo de las rodillas, y caminó entre los refugios antiaéreos, hacia el sótano del cine.

Diez minutos después se había ido. Maitland la miró mientras ella subía por el terraplén del camino de acceso. Se dio cuenta de que la senda secreta no existía. Jane trepaba directamente por el terraplén, pisando una tras otra una serie de concavidades ya conocidas, cargando la maleta con mano firme. Pasó por encima de la valla, y un minuto más tarde un coche se había detenido a recogerla. Jane desapareció entre los camiones y los autocares.

Al cabo de una hora, al ver que la policía no había aparecido, Maitland dio por sentado que Jane había mantenido su promesa. Alzó la pala que la muchacha le había tirado a los pies antes de irse. Dejó la muleta y se arrastró entre la hierba, abriéndose paso a tientas con las manos extendidas, palpando las vibraciones más intensas de la hierba alta que crecía en el camposanto.

Era casi mediodía cuando Maitland se tendió sobre la cama del pabellón de puertas, y observó el tránsito. Había enterrado a Proctor en el piso de la cripta, poniendo alrededor de la tumba los objetos metálicos tomados del Jaguar, y con los zapatos de goma, y los otros presentes que él había ofrecido al vagabundo.

A pesar del ejercicio, y de lo poco que había comido, Maitland tenía una sensación de creciente fortaleza física, como si unos insospechados poderes corporales hubieran empezado a descargar la energía acumulada durante mucho tiempo. Las heridas de la pierna no habían sido tan graves como él creyera en un principio. La articulación de la cadera se le movía a veces, y no tardaría en poder caminar sin la ayuda de la muleta. Se alegraba de que se hubieran ido los dos, tanto Proctor como la muchacha. La presencia de ellos le había sacado a la superficie unos rasgos de carácter desagradables, cualidades que de nada le servían en la tarea de llegar a un acuerdo con la isla.

Junto con esta nueva confianza en su propio cuerpo, Maitland advertía una especie de tranquila euforia. Se tendió tranquilamente a la entrada del pabellón, dándose cuenta de que estaba realmente solo en la isla. Se quedaría allí hasta que pudiera evadirse por su propio esfuerzo. Se desprendió de los restos de la camisa harapienta, y se quedó con el pecho desnudo al aire cálido; la luz brillante del sol le dibujaba las líneas de las costillas. En ciertos sentidos, la tarea que él se había impuesto era un disparate. Ya no sentía ninguna necesidad real de irse de la isla, y eso bastaba para confirmar que había conseguido dominarla.

Un coche de la policía pasó por la autopista; el acompañante del conductor iba

observando la hierba espesa. Oculto en el pabellón, Maitland esperó a que el coche pasara. Cuando desapareció, se puso de pie y miró confiado la isla. Se sentía mareado de hambre, pero tranquilo y reposado. Ya encontraría comida en la cerca de alambre... y tal vez, como una ofrenda al viejo vagabundo, depositaría una ración simbólica junto a la tumba.

En unas pocas horas más sería de noche. Maitland pensó en Catherine y en su hijo. Pronto volvería a verlos. Cuando hubiera comido, sería el momento de descansar, y de planear cómo escaparía de la isla.